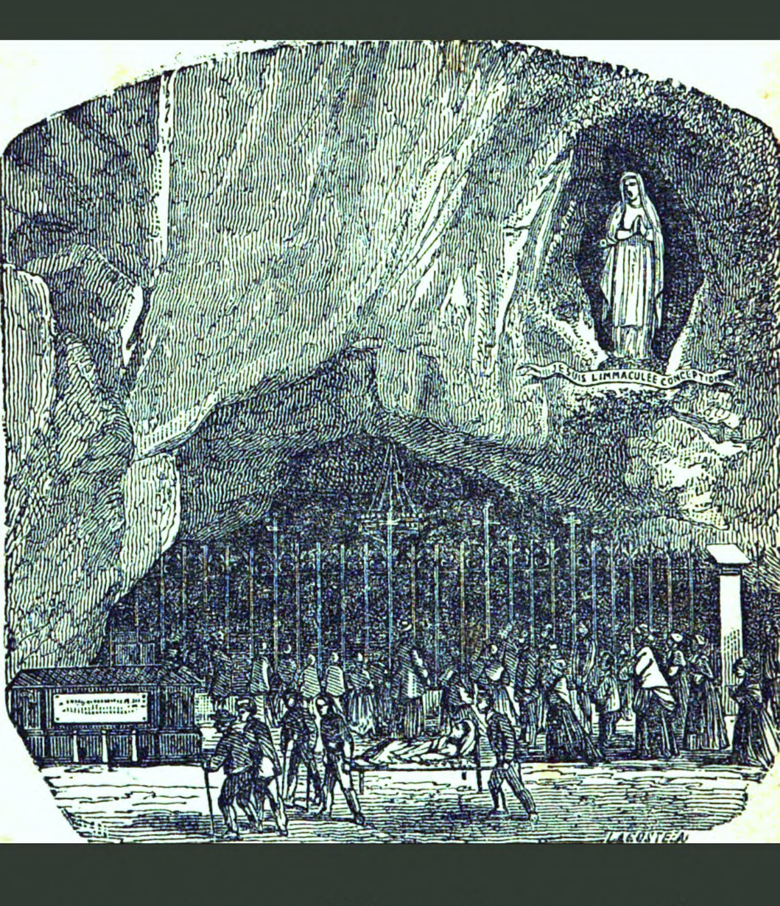
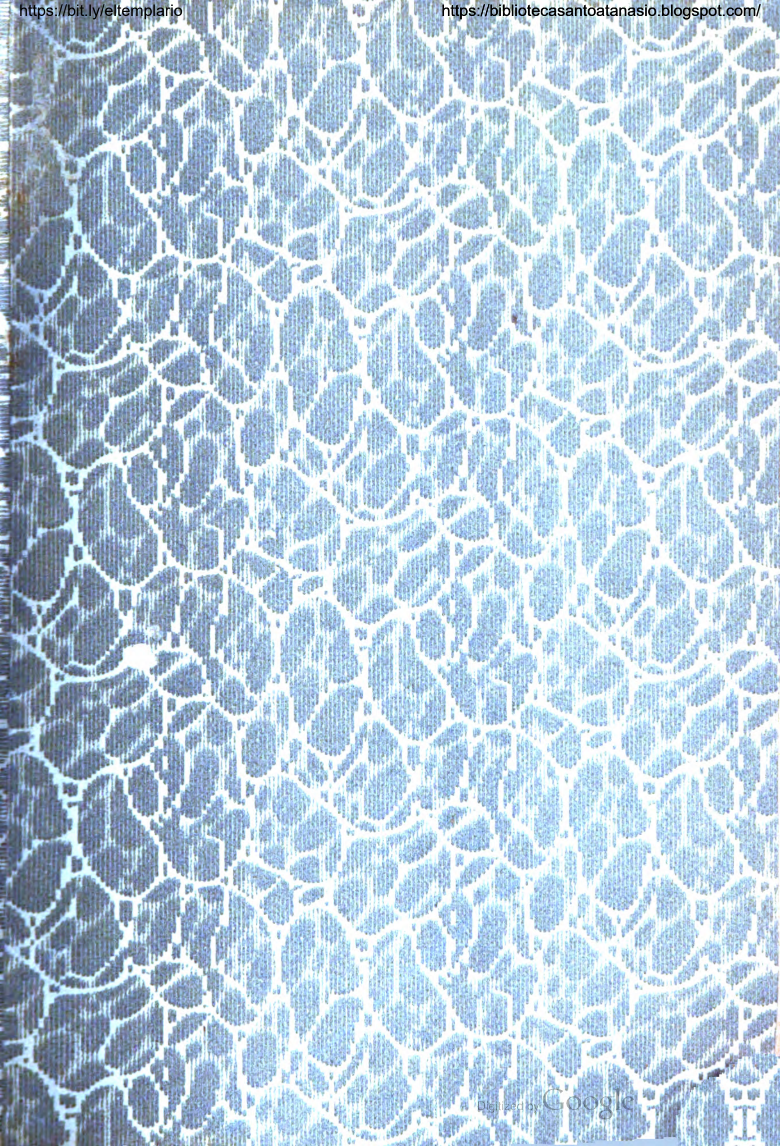


Las maravillas de Lourdes

Louis Gaston de Ségur







BIBLIOTECA POPULAR.
NÚM. 3 DE 1874.

LAS MARAVILLAS DE LOURDES,

POR

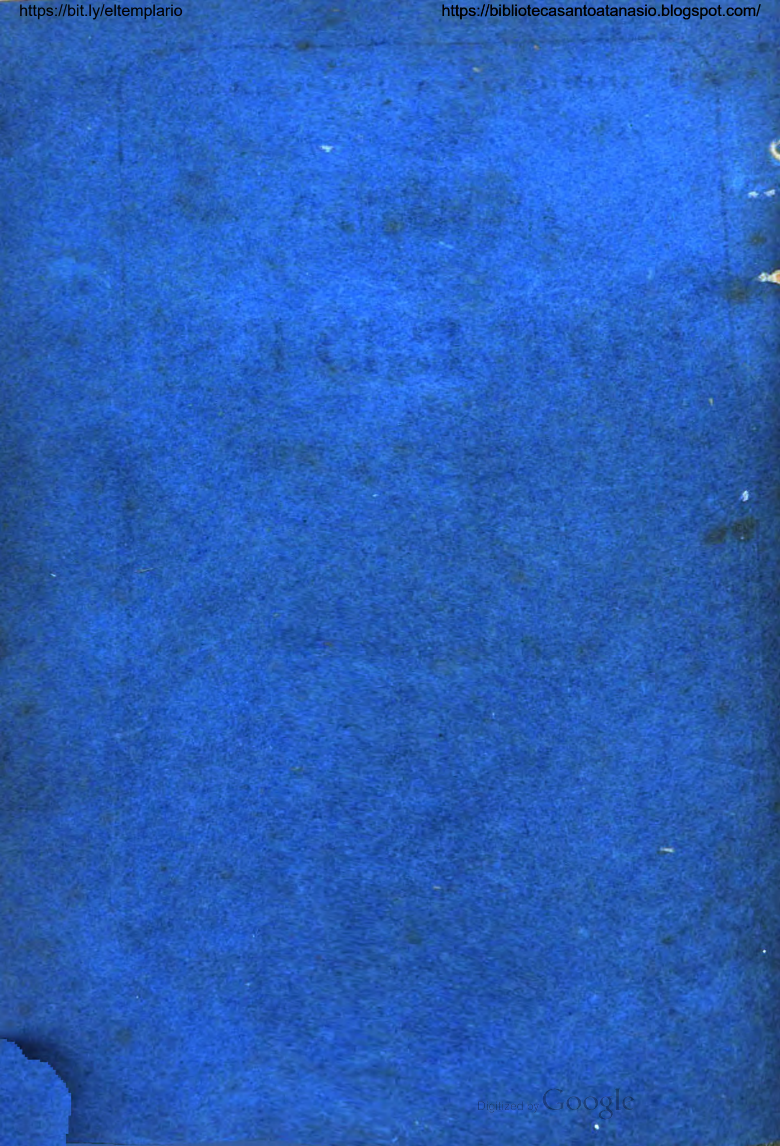
MONSEÑOR DE SEGUR.

TRADUCCION
POR
D. José Sardá, abogado.

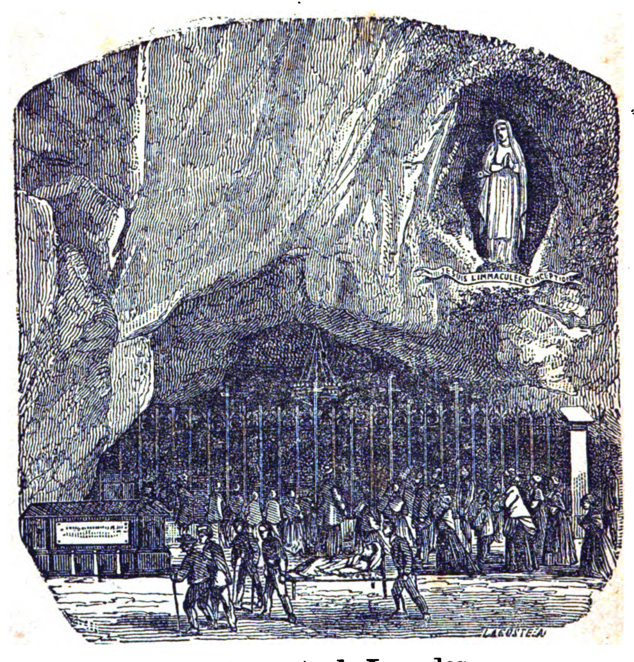
Precio: 3 reales.

BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, n.° 5, bajos.
1874.





LAS
MARAVILLAS DE LOURDES.



Santa gruta de Lourdes.

LAS MARAVILLAS

DE

LOURDES,

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

TRADUCCION

DE

D. José Sardá, abogado.





BARCELONA.
Tipografía católica, Pino, n.º 5, bajos.
1874.

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE TARBES.

Nos, el infrascrito Obispo de Tarbes, hemos hecho examinar con minuciosidad por hombres sábios y *bien informados de todo desde su principio* el libro LAS MARAVILLAS DE LOURDES publicado por Mons. Segur. Nos han asegurado, y de ello nos hemos convencido por nosotros mismos, que nada de inexacto se halla en la obra.

No vacilamos, pues, en aprobarla y recomendarla. Esta lectura, llena de vida, atractivo é interés, puede hacer gran bien á las almas, aun despues de la obra admirable que sobre lo mismo ha escrito Mr. Enrique Lasserre.

Tarbes, 19 octubre de 1871.

† P. A., *obispo de Tarbes.*



INTRODUCCION.

Los minuciosos pormenores del relato que vas á leer, amigo lector, son sacados de fuentes las mas auténticas, y por de pronto, del excelente y admirable libro de Enrique Lasserre, conocido ya en toda la Francia y aun fuera de ella. Verídico, hasta rayar en escrupuloso, Mr. Lasserre quiso verlo, oirlo y juzgarlo todo por sí propio; para eso pasó meses enteros en Lourdes y su comarca, no perdonando gasto ni fatiga para preguntar personalmente á los curados milagrosamente, de suerte que su testimonio viene á ser el mismo de los que han intervenido como actores y testigos en las escenas que refiere, y de las cuales su fe viva le ha hecho narrador fidelísimo y de toda confianza.

Despues he tomado prestadas estas narraciones del periódico *Anales de Nuestra Señora de Lourdes*, redactadas sobre el mismo teatro de los sucesos por los piadosos misioneros que publican en ellos, bajo aprobacion del Ordinario, lo que ven con sus propios ojos y oyen con sus propios oidos. Dichos misioneros son, por decirlo así, espectadores colocados en primera fila; esta circunstancia da á su testimonio un valor incontestable. Pueden repetir, pues, los que me prestan los datos, lo que en otros tiempos decia el apóstol

san Juan: «Lo que aquí anunciais, lo hemos oido nosotros, lo hemos visto con nuestros propios ojos, somos de ello testigos presenciales, y lo hemos tocado con nuestras manos. Para vosotros lo hemos escrito, á fin de que con nosotros os regocijeis y sea cumplido vuestro gozo.»

No se extrañará, pues, que recomiende con toda mi alma la lectura de dichos *Anales* y del bello libro de Mr. Lasserre.

En este bello compendio de las maravillas de Lourdes no he hecho otra cosa que condensar y modificar ligeramente en su forma relatos que no son mios. He dejado intacto el fondo; la exactitud en ellos es rigurosa; el mérito, si alguno tienen, pertenece todo entero á los misioneros redactores de los *Anales,* y al ilustre historiador de Nuestra Señora de Lourdes.

Tampoco tengo necesidad de declarar aquí que, al referir ciertos hechos prodigiosos, en nada pretendo anticiparme al juicio que sobre ellos forme la autoridad de nuestra santa Madre la Iglesia. Solo ella es competente para resolver en última instancia sobre puntos tan importantes y delicados.

EX-VOTO.

En 17 de octubre de 1869 mi madre estuvo á punto de ser arrebatada al cariño de los suyos por un terrible ataque que en pocas horas la redujo á los mayores apuros. Un hábil médico me hizo observar con toda franqueza el inminente peligro, añadiéndome que ciertos síntomas alarmantes no le permitian esperar cambio favorable. Su rostro estaba ya desencajado, y su pulso daba apenas cuarenta pulsaciones.

Despues de haber recibido con humildad y fervor los santos Sacramentos, la moribunda, cuya presencia de espíritu era todavía cabal, permaneció en el mismo estado durante algunas horas. «Será, me dijo aludiendo á su muerte, esta tarde al caer el sol.»

Una amiga de la familia, señora piadosa, que habia acudido á darle el postrer adios y á besar por vez postrera su mano, tuvo la inspiracion feliz de recurrir á Nuestra Señora de Lourdes. Acogimos todos con entusiasmo este pensamiento; por una coincidencia providencial el último libro que mi madre y nosotros habíamos tenido entre manos era el bellísimo de Mr. Enrique Lasserre sobre el prodigio de Lourdes.

Dos horas despues, nuestra buena amiga trájonos una botellita de agua de la gruta milagrosa; pusimos algunas gotas de ella en el lienzo que cubria la cabeza de la enferma, é hice voto, si la Vírgen salvaba á nuestra madre, de ir á celebrar en su santuario de Lourdes una misa en accion de gracias.

Pocos minutos despues que el agua de la Vírgen hubo tocado la cabeza de mi madre, durmióse esta con un sueño apacible que le duró hasta al anochecer. Púsose el sol, y estaba aun viva á pesar de su pronóstico. «Será por la madrugada, me dijo entonces, á menos que Nuestra Señora de Lourdes... Tales ataques suelen sobrevenir principalmente al salir y al ponerse el sol.»

Amaneció el dia siguiente, y no ocurrió novedad. Lo mismo aconteció al anochecer de aquel dia, y lo mismo al siguiente, y lo mismo el dia despues. La gravedad íbase alejando de dia en dia, y á los diez ó doce habia principiado ya el período de convalecencia.

El médico, cristiano de veras, contemplaba con alegría y admiracion los progresos de un restablecimiento tan sorprendente. Sin querer presentar este suceso como verdadero milagro, no puedo menos, sin embargo, de mirarlo como un favor sobrenatural debido á la Vírgen de Lourdes.

Lleno de gratitud dí cumplimiento á mi voto. Tuve la dicha de visitar y venerar la sagrada gruta, embalsamada aun con el aroma de la Madre de Dios. Y queriendo dejar á este santuario un pequeño *ex-voto*, recuerdo de mi agradecimiento y de mi amor, prometí á Nuestra Señora de Lourdes compendiar en un opusculito popular al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas, las maravillas que Dios, por medio de su santísima Madre, se ha dignado realizar en este lugar santo.

Tal es el librito que pongo hoy á los piés de María en su gruta de Lourdes, y que ofrezco, querido lector, á tu fervorosa piedad.

LAS MARAVILLAS
DE
LOURDES.

I.

Una palabra sobre los santuarios.

Hay en la tierra lugares privilegiados donde la misericordia de Dios quiso manifestarse en cierto modo con mayor prodigalidad. Tales lugares se llamaron *santuarios*, es decir, lugares especialmente santificados y santificantes. Llámaseles tambien lugares de peregrinacion, á causa de los muchos peregrinos que á ellos acuden en demanda de gracias y beneficios.

Son, en efecto, los santuarios unas como fuentes, mejor diria, volcanes, de toda suerte de gracias. Un volcan es una montaña de donde salen, si no siempre, á lo menos muy á menudo, bocanadas del fuego misterioso que llena las entrañas de la tierra. Este fuego, cuya fuerza es inconcebible, revienta aquí y allí por mil aberturas que forma en la

tierra, lanzando por ellas á veces un humo densísimo, otras grandes llamaradas que se conocen con el nombre de *erupciones*, y derramando por todas partes torrentes de ardiente lava.

Así nos parecen en sentido espiritual los mil y mil santuarios esparcidos por la faz de la tierra. *La tierra está llena de la misericordia del Señor*, dice la Escritura: esta misericordia vivifica y fecundiza nuestras almas, como el fuego central vivifica y fecundiza la tierra manteniéndola en un cierto grado de calor, sin el cual todo pereceria. Mas de vez en cuando, á fin de satisfacer una como necesidad amorosa de su corazon y reanimar nuestra confianza y nuestra fe, se digna Dios dar salida de un modo extraordinario á los excesos de su amor. Para eso elige determinados lugares que vienen á ser de este modo puntos de cita universal para la oracion, para la piedad, para el culto; fraguas constantemente encendidas, donde adquieren nuevo temple los corazones de los buenos, y donde se limpian y purifican los pecadores. De allí, como del cráter de los volcanes, sale á borbotones la gracia divina, y muy á menudo para consuelo de los buenos y terror de los malvados se manifiesta el poder de Dios con admirables prodigios.

A cada uno de estos lugares benditos, de donde brota como de fuente abundante la misericordia divina, puede aplicarse la hermosa invitacion de la epístola de san Pablo á los hebreos: *Acerquémonos con confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia.* Sí, acudamos con fe sencilla y humil-

dosa seguridad á esos archivos de gracias. Allí nos aguarda Dios, desde allí dulcemente nos llama; ¿por qué hacerse del sordo á invitacion tan amorosa?

Cuando del modo debido se quiere hacer una peregrinacion, debe á velas desplegadas confiarse el corazon á la corriente de la voluntad divina, penetrarse del verdadero espíritu de la Iglesia, y seguir en todo la huella de los santos, quienes han sido en todos tiempos devotos de las peregrinaciones.

Mas preguntarás acaso, ¿por qué Dios hubo de escoger tal lugar con preferencia á tal otro para hacer brillar en él su gloria, la de su Madre ó la de los Santos? Secreto es este que nos ha dejado escondido su providencia: lo mas cristiano es decir que lo ignoramos completamente. En toda cuestion forzoso es llegar á un *por qué* sin respuesta. Dueño es Dios de sus obras y de sus dones; cuando se digna favorecernos, contentémonos con adorar humildemente su mano bienhechora, sin exigirle inútiles explicaciones para satisfacer nuestra curiosidad. Para no hablar aquí mas que de santuarios de la Vírgen, tengo un gusto en hacer observar que en este punto la Francia es una nacion privilegiada (1). Apenas hay diócesis en que no haya uno de

(1) No podemos quejarnos los españoles de que haya sido escasa con nosotros en este punto la mano de la Providencia. España es el país clásico de los santuarios célebres. El Pilar, Covadonga, Montserrat, Atocha y cien otros son conocidos en todo el mundo. Apenas hay en nuestro suelo comarca sin santuario y sin romería.—*N. del T.*

esos santuarios, donde el Corazon amoroso de María se goza en consolar y santificar á sus hijos. La historia de estos piadosos santuarios ha sido piadosamente recogida, y bajo el título de *Nuestra Señora de Francia* forma una obra llena de santas enseñanzas y de preciosos recuerdos. ¿Quién no ha oido hablar siquiera de Nuestra Señora de las Victorias, de Chartres, de Fourvieres, de la Saleta, de la Guarda, del Buen Socorro, de Boloña, de la Treille, de Liesse, de Séez, de Delivrande, etc.?

El de Lourdes es el postrero que entre nosotros ha aparecido. Sin querer menoscabar en poco ni en mucho la legítima reputacion de los demás, forzoso es confesar que este irradia ya con tan maravillosos resplandores, que parece haber sido escogido particularmente en nuestros tristes dias por la santísima Vírgen para multiplicar allí de un modo asombroso los testimonios de su poderío.

A fin de excitar y fomentar la piedad y devocion de los peregrinos, me he decidido á reunir en este breve opúsculo los mas interesantes recuerdos del santuario de la Inmaculada Concepcion.

II.

La gruta predestinada de Lourdes.

Lourdes es una hermosa aldeita de los Pirineos, diócesis de Tarbes. Antes de los prodigios de que vamos á dar cuenta, Lourdes no era conocida mas que por su excelente fabricacion de chocolate. Es-

tá situada al pié de las gargantas montañosas por donde se va á los mas frecuentados establecimientos termales, tales como Cauterets, Saint-Sauveur, Bareges, Bagneres de Bigorres, Bagneres de Luchon.

Algo distante de la poblacion, al Oeste, álzase una colina peñascosa, conocida en el país con el nombre de *Roches Massabieille*, es decir, viejas rocas. Corre al pié de ella un arroyuelo ó torrente, formado de todas las aguas que bajan de los montes del rededor. Actualmente se han aprovechado por medio de una acequia ó canal para motor de un molino y una máquina de aserrar maderas.

En este muro de rocas negruzcas abrió la naturaleza una gruta de unos doce piés de elevacion por otros tantos de profundidad. La bóveda, compacta y lisa, forma una curva, y va á unirse en el fondo y por la izquierda con el suelo, formando un ángulo agudo. El lado derecho es casi perpendicular.

Al interior á la derecha del espectador, á unos seis ó siete piés del suelo, vese una excavacion en forma de nicho de unos seis piés y en forma de O prolongada. Esta excavacion es natural, como la misma gruta. Mano humana no se sabe que haya tocado jamás la piedra de esta gruta. El nicho es poco profundo, y por su misma conformacion la gruta ni es húmeda ni oscura. Dos arbustos silvestres adornan graciosamente su entrada con festones de ramaje.

Tal era el lugar predestinado por la Providencia

divina para manifestacion de la gloria y bondad de la santísima Vírgen María. En el mes de febrero de 1858 un rosal silvestre era el único adorno de la indicada gruta. Subia caprichosamente al pié del nicho, y con sus ramas formábale como una orla al rededor. Nadie venia á ese lugar solitario, mas que algunos guardianes de ganado que buscaban en la gruta un abrigo cuando se veian sorprendidos por la tempestad. El suelo ó pavimento de esta caverna silvestre estaba del todo seco.

III.

La niña Bernardica.

María Bernarda Soubirous, natural de Lourdes, á quien en adelante llamarémos únicamente con su nombre familiar de Bernardica, era en 1858 una muchachuela de catorce años, oscura y desconocida entre lo mas oscuro y desconocido de todo el mundo. Su familia vivia de su trabajo y pobres ahorrillos, en un estado de escasez que mejor pudiera llamarse miseria.

Bernardica nació raquítica; á los catorce años estaba todavía pálida, desmedrada, enfermiza; un asma penosísima hacia fatigoso su hablar ya desde la cuna. Criada por una nodriza en la vecina parroquia de Bartrés, parte de su infancia la pasó sosegada bajo la arboleda de esta aldea guardando un reducido hatillo de ovejas. Nada la distinguia de las demás niñas de su edad. La opresion crónica

de su pecho parecia hasta ahogar en ella la vivacidad y ligereza propias de la edad.

Pero esta infeliz muchacha guardaba un tesoro que Dios mira con ojos siempre amorosos: su corazon, su inocencia. Sencilla, afable, dócil en alto grado, cariñosa, todo era en ella puro y candoroso: la mirada, el hablar, la fisonomía. Los rasgos de ella eran vulgares, pero su conjunto dulce, agradable y simpático. Sus cabellos eran de un azabache hermoso, y sus ojos negros estaban llenos de suavidad y ternura.

A los catorce años Bernardica no habia hecho todavía su primera Comunion. Su alma permanecia aun en la integridad de la inocencia bautismal.

Sentia verdadero horror hácia la maldad, y la hacian sufrir dolorosamente las faltas que veia cometerse en su presencia. Su hermana, de tres años mas de edad que ella, cuenta con emocion que Bernardica la reprendia muy á menudo por su poca aficion á rezar, atolondramiento y maneras desenvueltas.

Durante el rezo, que se hacia cada noche en su casa en comun y en voz alta, la niña Bernardica conservábase siempre en actitud la mas respetuosa; jamás se la vió apoyarse perezosamente en mueble alguno, ni perder su recogimiento.

Rezaba mucho á pesar de su falta completa de instruccion. Amaba la oracion, sin embargo de no saber otra cosa que el santo Rosario. Con su rosario de cuentas groseras y pobres se dirigia muchas veces al dia á la Madre de Dios, á la cual apenas

conocia. Mas la humilde Vírgen de Nazaret tenia ya desde entonces fijos los ojos en su devota Bernarda, y la amaba y veíala crecer de cada dia mas santa y mas piadosa.

El sacerdote encargado de la parroquia de Bartrés, cuando Bernardica iba á dejar su aldea para volver á su casa á disponerse para la primera Comunion, encontróla un dia con su ganado. Encantóle el aire de candor é inocencia de la muchacha. Saludóla con cierto respeto, y volviéndose otra vez á mirarla á cierta distancia, iba diciendo para sí: «Los pastorcillos á quienes la Vírgen se dignó aparecer en las montañas de la Saleta debian ser por el estilo de esta rapazuela.»

No creia por entonces el buen cura que fuesen tan puntualmente proféticas estas sus palabras.

IV.

El jueves 11 de febrero de 1858.

El jueves 11 de febrero de 1858, la madre de Bernardica permitió que esta acompañase á su hermanita menor María y á otra muchacha de su edad á recoger un poco de leña seca á orillas del torrente, por la parte de las rocas de Massabieille.

Bernardica vestia una saya grosera de lana negra, muy remendada, y llevaba en la cabeza la airosa capucha de lana blanca de las montañesas del Pirineo, que le cubria las espaldas.

Las tres muchachas pusiéronse alegremente en

camino hácia las once y media de la mañana. Media hora despues ocupábanse en su faena de recoger leñaza en el terreno comunal que rodeaba el torrente, frente la gruta que conocen ya nuestros lectores. Hacia frio, y el dia estaba nebuloso, pero tranquilo.

Habíase quedado Bernardica un poco atrás. Menos afortunada que sus dos compañeras, no habia encontrado aun leñaza seca con que componer su haz. Ellas acababan de atravesar el fondo del arroyo, á la sazon casi seco, á pié desnudo, y al volverse á poner sus pobres zapaticos, estaban contándole á Bernardica como el agua estaba tan fria.

Débil, fatigada por su asma habitual, la pobre Bernardica vacilaba en atravesar el arroyo, temiendo mojarse los piés. «No me atrevo á meterme en el agua, les gritaba, enferma como estoy.» Decidióse por fin, y comenzó á descalzarse apoyándose en una piedra. Un rüido sordo, parecido á un soplo impetuoso, le obligó á levantar la cabeza y á mirar en torno de sí. ¡Cosa rara! Los altos álamos que orlaban la ribera estaban inmóviles, sin que se moviese hoja de ellos. «Me habré equivocado,» dijo para sí la niña toda pasmada, y volvió á bajarse de nuevo para descalzar su pié. Pero el ruido misterioso empieza de nuevo al instante y parece oirse mas fuerte en direccion de la gruta. Bernardica alza otra vez su cabeza, mira hácia allá... quiere lanzar un grito, pero la emocion embarga su voz; atónita de lo que está presenciando, póstrase y cae de rodillas.

Maravillosa aparicion se destacaba delante de ella sobre el fondo de la gruta, en el nicho ó excavacion que hemos descrito. En aquel mismo instante oyéronse de todas las campanas de la comarca las solemnes vibraciones del *Angelus Domini* del medio dia.

V.

Primera aparicion.

En medio de una luz deslumbradora, esplendorosa como la del sol, pero dulce y apacible como todo lo que viene del cielo, una Señora prodigiosamente bella dejóse ver á los ojos de la muchacha.

Parecia de estatura regular, y en todo el vigor y lozanía de la juventud. Vestia traje blanco, tendido, resplandeciente, y de un tejido desconocido. Esta vestidura traíala ajustada al talle con un ceñidor flotante de color azul.

Largo velo blanco, liso y muy parecido á la vestidura anterior, cubríala cabeza y espaldas, y caia hasta tierra envolviendo en anchos pliegues todo el cuerpo. Los piés, de una limpieza virginal, mostrábanse desnudos, y parecian asentarse sobre el rosal silvestre de que hemos hecho mencion. Dos como rosas brillantes, de color de oro, cubrian por su parte superior los piés de la Vírgen. Juntas sus blanquísimas manos ante el pecho, ofrecian la actitud de una oracion fervorosa; tenia envuelto en ellas un largo rosario blanco como la nieve, cuyas

cuentas parecian retocadas de oro, y una hermosa cruz de oro, resplandeciente como las rosas de los piés, colgaba de su extremidad.

La fisonomía de la aparecida irradiaba inefable felicidad. Respiraba á la vez majestad, inocencia, bondad, paz y dulcedumbre. La frente lisa y serena, los ojos de un azul celestial, llenos de hechizo tal que hacian derretir de emocion el corazon de la niña Bernardica. Los labios derramaban suavidad y mansedumbre del todo divinas.

Por otra parte, nada de vago, vaporoso, indeciso ó fluctuante en esta aparicion maravillosa. No era fantasma de la imaginacion, era realidad viva lo que veia la dichosa muchacha, y aquella forma glorificada presentaba todos los caracteres de un verdadero cuerpo viviente, palpable y lleno de movimiento.

Arrebatada de admiracion la humilde niña, no acertaba á dar crédito á lo que veian sus ojos. De en medio de su resplandeciente aureola de luz la hermosa Señora parecia sonreirle deliciosamente, y con ambas manos y con la cabeza dulcemente inclinada hacia como si la saludase.

Bernardica frotábase los ojos, buscando maquinalmente en su bolsillo su rosario, y haciendo como para defenderse la señal de la cruz. Pero su mano se sintió como paralizada. Una vaga inquietud se apoderó de su corazon.. Mas en este momento la Señora tomando con la mano derecha la cruz del rosario que colgaba de su puño cerrado, hizo la señal de la cruz, y con una sonrisa de indecible dul-

zura parecía decir á la muchacha: «Haz como hago yo.» Imitóla Bernardica, y sintió expedito su brazo. La Señora junta otra vez las manos y empieza á rodear entre sus dedos las cuentas de su rosario. Bernardica empieza á rezar el suyo.

Su hermana la estaba contemplando en aquel mismo punto. Veíala pálida, los ojos en blanco, en la actitud inmóvil y recogida de la oracion.

—¡Caramba! dijo á su compañera, mira á Bernardica como reza!

—¡Qué ocurrencia, repuso esta, venir á rezar aquí! Bastante hay con rezar en la iglesia.

—¡Bah! dejémosla: esta no sabe mas que rezar á Dios.

No cuidaron mas de Bernardica, y buscando el fresco fueron á sentarse bajo el ramaje de unos pequeños arbustos. Así pasaron todo el rato que cumplió Bernardica en rezar su rosario.

Bernardica continuaba entre tanto siempre inmóvil, clavados los ojos en la misteriosa Señora, tan hermosa, tan dulce.

La Señora con ademan bondadoso hízole con el dedo señal de que se acercase, sin otra voz que ese gesto y su repetida sonrisa. Bernardica no osaba moverse. Al fin la Señora extiende el brazo, se inclina dulcemente, sonrie como por despedida...

Bernardica echa de ver entonces la roca desnuda, el rosal silvestre solo, y oye y mira á sus compañeras que jugueteaban. La celestial vision habia desaparecido.

La Inmaculada Vírgen María (pues ella era la

aparecida) habia vuelto otra vez al secreto impenetrable de los cielos, cuya gloria no pueden vislumbrar siquiera nuestros sentidos, á no ser por un especial prodigio.

Bernardica se levanta, se descalza precipitadamente, atraviesa el arroyo, y llegándose á sus dos amigas, les dice con voz aun toda alterada: «¿Y vosotras nada habeis visto?» Y respondiendo las muchachas tranquilamente que no, calla ella, y las tres juntitas emprenden de nuevo el camino de Lourdes.

Preguntada entre tanto con empeño por su hermanita, acabó por referirle minuciosamente lo que acababa de ver, haciéndole empero prometer repetidas veces que le guardaria secreto. Sabido luego por la madre, no quiso dar crédito á la relacion, y dijo á Bernardica que se dejase de tonterías y de imaginaciones, y que en adelante le prohibia volver á la gruta. La buena madre temia que su hija no fuese víctima de algun lazo de Satanás. Callóse Bernardica, pero sintió oprimírsele el corazon, y al llegar la hora del rezo de la noche, rompió en sollozos, repitiendo su invocacion favorita: *O María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á Vos.* Entre tanto ninguna duda le cabia á la muchacha de que realmente fuese la Vírgen quien se le habia aparecido en la gruta; desde entonces apoderóse de ella un deseo irresistible de volver á ella con la esperanza de ver otra vez á la hermosa Señora.

VI.

Segunda aparicion.

El domingo siguiente, 14 de febrero, la hermana de Bernardica, Juana la niña vecina suya y otras niñas, pidieron con tanta instancia á la madre de la primera que le permitiese volver á la gruta, que ella condescendió. El tiempo era magnífico.

Un pensamiento traia entre tanto ocupadas á aquellas tiernas cabezuelas: ¿quizá esta aparicion extraordinaria sea una jugarreta del demonio? «¿Tal vez sea cosa del enemigo malo? decian las chicas á Bernardica. En este caso es preciso echarle agua bendita. Si es el maligno huirá, y tú le dirás: Si vienes de parte de Dios, acércate; si eres cosa del diablo, aléjate de ahí.» En el fondo de su corazon estaba Bernardica muy segura de que la aparicion no era cosa de Satanás. Prometió, no obstante, obrar como le aconsejaban sus previsoras compañeras. Púsose en marcha, y al pasar por la iglesia tomaron agua bendita en un pequeño frasco: al fin llegaron á la gruta.

Nada ofrecia de particular. «Arrodillémonos, dijo para sí la muchacha, y recemos el Rosario.» Comenzábalo apenas, cuando la fisonomía de la devota niña se iluminó de repente, resplandeció de júbilo, fijáronse sus ojos en la excavacion de la gruta con una expresion indecible de felicidad: otra vez estaba allí presente la hermosísima Seño-

ra, esplendorosa como la primera vez, rodeada de luz, sonriente, silenciosa, con su rosario blanco y dorado entre los dedos.

«¡Miradla! exclamó arrebatada Bernardica. ¡Miradla! ¡allí está!» Mas las muchachas compañeras de Bernardica nada vieron. Y al mismo tiempo mostrábase de tal suerte transfigurado el semblante de Bernardica, que las demás no pudieron dudar ni un instante de la realidad de la aparicion sobrenatural. «¡Ah! ¿no la veis? proseguia ella, ¿no la veis? ahora sonrie, ahora saluda.»

Entonces una de las niñas puso en manos de Bernardica la botellita del agua bendita. Levantóse esta echando repetidas veces y á chorro el agua en direccion á la imágen aparecida, diciendo á la vez en alta voz: «¡Si venís de parte de Dios, acercaos!» ¡Cosa singular! Sus compañeras no oyeron estas palabras, ni advirtieron que Bernardica hablase.

El agua bendita llegó hasta el rosal silvestre, junto á los piés de la Vírgen que, sonriendo todavía con mas dulzura, adelantóse hasta el borde mismo de la excavacion, inclinándose con sumo cariño hácia la niña. Bernarda dijo segunda vez: «Si venís de parte de Dios, acercaos.» Sin atreverse, empero, á añadir lo restante, tan segura estaba de que lo que veia no procedia del enemigo infernal.

«Con que, ya lo veis, decia entre tanto á sus amigas la niña feliz; cuando le echo agua bendita, alza los ojos al cielo y se dirige hácia mí.» Y luego añadió: «¿No la veis vosotras? Allí está... nos mira..,

sonrie... de vez en cuando mueve la cabeza... Mirad sus piés... su ceñidor anda revoloteando. ¿Veis? tiene el rosario rodeado al brazo... ¡Oh! ¡Cuán hermosa!... Ahora toma su rosario, y se persigna con él.»

Bernardica se puso otra vez de rodillas, hizo muy extendida la señal de la cruz, quedó inmóvil, y continuó rezando su Rosario. Arrodillada, juntas las manos, las cuentas entre sus dedos, tieso el cuerpo como si una fuerza superior se lo sostuviese, pálida, descoloridos los labios, los ojos elevados y fijos, parecia una estatua de una santa en el transporte de su éxtasis. Su rostro semejaba finísima cera. Sonreia, y lágrimas á hilo tendido se mezclaban con su dulce sonrisa.

La santa Vírgen acogia bondadosa la sencilla plegaria de la niña, y le mostraba de contínuo las cuentas del rosario, deslizándose suavemente entre sus blancos dedos.

Sonrióle por la vez postrera, como tierno adios, y desapareció.

Al anochecer toda la poblacion habia oido hablar de las maravillas acaecidas en la gruta de Massabieille ya por dos veces seguidas.

VII.

Tercera aparicion y primeras palabras de la Vírgen.

Volvió Bernardica á su casa, henchido de gozo el corazon, poseida únicamente de la idea de los prodigios que habia visto. No sabia aun quién podia ser su celestial aparecida. Las demás niñas estaban llenas de miedo; el ser sobrenatural á quien no veian, pero de quien oian hablar con tanta seguridad, les causaba profundo pavor. «Tenemos miedo, Bernardica, dijeron á la niña; no queremos volver mas á la gruta. Lo que tú has visto puede tal vez acabar por causarnos algun daño.»

Los padres de Bernardica no dudaron de la sinceridad de su piadosa hija; pero no por eso podian resolverse á creer la realidad de la aparicion. «Es muy niña, decian, ha creido ver algo, pero en realidad nada. Son imaginaciones de muchacha.»

Sin embargo, las afirmaciones de la niña eran tan seguras, y sobre todo tan ingénuas; los pormenores tan precisos; estaban tan acostumbrados á no oir nunca de Bernardica mas que la verdad, que los buenos padres en definitiva no sabian á qué atenerse. Así es que no se atrevieron á renovarle su prohibicion de ir á la gruta.

Muchos acudieron á casa Soubirous para interrogar á la niña; su relacion iba acompañada de tanto candor y sencillez, que los mas prevenidos

en contra se volvian convencidos de la realidad del prodigio..

El jueves, 18, una señora llamada Millet, y una jóven individua de la Congregacion de María, llamada Antonia Peyret, fueron muy de mañana á casa de Bernardica para acompañarla á la gruta. Oyeron la primera misa á las cinco y media en la parroquia del pueblo, y partieron de allí á las rocas de Massabieille. «Será alguna alma del purgatorio que pide sufragios,» decian para sí. En esta suposicion previniéronse de un cirio, y temiendo que Bernardica no comprendiese bien lo que se le diria, se habian llévado papel y tintero para apuntarlo ellas.

Una fuerza superior parecia animar á la privilegiada muchacha; sus compañeras apenas podian seguirla; de suerte que llegó algo antes que ellas á la dichosa gruta. Arrodillóse en el sitio acostumbrado, un poco hácia fuera de la entrada; empezó su Rosario, mirando á la excavacion ó nicho de siempre, vacío aun. De repente lanza un grito de júbilo... resplandor celestial ilumina el fondo de la cueva; óyese de en medio de la luz una voz que llama á la niña, y aparécele al instante á poca distancia de ella la admirable Señora. Como siempre, sonreíale dulcemente y estaba encantadora. Inclinóse en actitud benévola hácia Bernardica, y con la mano le hizo seña de que se acercase.

Antonia y la Sra. Millet llegaron entonces, y advirtieron el semblante de la niña transfigurado. Detuviéronse por un sentimiento instintivo de res-

peto, hasta que, conociéndolo Bernardica, les dijo con dulzura:

—Allí está, y me ha hecho seña de que me acercase.

—Pregúntale, repusieron, pregúntale si es gustosa de que nosotras estemos aquí contigo. De lo contrario nos retirarémos.

Miró un instante al nicho la niña Bernardica, como consultando á la invisible aparicion, y respondió:

—Podeis quedaros.

Y las dos señoras se pusieron de rodillas al lado de Bernardica, y encendieron el cirio bendito que á prevencion habian traido.

Bernardica no atendia entre tanto mas que á su dulce aparecida. «Acércate á ella, le dijeron sus compañeras, ya que te ha llamado y hecho señas. Acércate, y pregúntale quién es y á qué viene á estos lugares. ¿Es por ventura alma en pena que implora sufragios? Díle que escriba en este papel lo que desea. Estamos dispuestas á hacer todo lo que sea necesario para su reposo.»

Bernardica no tenia ya miedo. Las sonrisas con que la Señora misteriosa contestara el domingo anterior á sus exorcismos habian desvanecido toda sombra de inquietud. Tenia confianza sin límites en la hermosa aparicion, que entonces se le presentaba mas que nunca radiante y afable. Bernardica tomó, pues, el papel, el tintero y la pluma, y dirigióse con ellos hácia la aparicion en ademan de entregárselos. Las dos compañeras se habian pues-

to en pié para seguirla y escuchar lo que se le diria. Mas Bernardica, sin moverse de su lugar, les hizo seña de que no se adelantasen, y ellas se retiraron luego algo confusas.

—Señora mia, dijo entonces con ingénua sencillez la piadosa muchacha, si algo teneis que comunicarme, tened la bondad de escribirlo en este papel que os presento.

Las dos compañeras no oyeron palabra alguna de estas, ni advirtieron siquiera movimiento en los labios de la muchacha.

Un momento despues, Bernardica bajó lentamente sus brazos, escuchó un instante y volvióse con su papel en la mano.

—Y bien, veamos, ¿qué te ha contestado? le preguntaron sus compañeras.

—¡Ah! respondió la niña feliz; ha sonreido y luego me ha dicho: *Lo que tengo que comunicarte no hay necesidad alguna de escribirlo. Hazme únicamente el obsequio de venirte aquí durante unos quince dias seguidos.* Yo se lo he prometido, y ella me ha dicho: *Yo tambien te prometo hacerte dichosa, no ciertamente en este mundo, sino en el otro.*

Entonces Bernardica fué á reunirse con sus compañeras: la santa Vírgen la iba siguiendo con sus ojos, fijándolos un momento con ternura en la jóven Antonia, que era individua de la Congregacion de Hijas de María.

—Ahora os está mirando, dijo Bernardica á Antonia, que quedó estupefacta.

—Pregúntale, dijeron las dos, si le disgustará

que durante estos quince dias vengamos tambien nosotras contigo á esta gruta.

Bernardica cumplió el encargo, y la santa Vírgen, verdadera Madre de misericordia, le respondió: *Pueden venir contigo ellas y las que gusten.*

Y desapareció, y tras ella desvanecióse igualmente el resplandor que habia iluminado la gruta.

VIII.

Los tres primeros dias de la quincena milagrosa.

Las dos compañeras de Bernardica llevaron á sus parientes y conocidos la nueva de todo lo que habian visto y oido. Estos, vivamente impresionados, empezaron á darles algun crédito y resolvieron acompañarlas á su vez en otra expedicion. Bernardica les contó con su acostumbrada sencillez lo que le habia dicho la Señora de la gruta, y como le habia hecho prometer que iria cada dia, durante una quincena seguida.

Era cabalmente aquel dia en Lourdes dia de mercado. El rumor de las apariciones de la gruta de Massabieille se esparció entre la multitud, y desde el dia siguiente la gran noticia conmovió, no solamente la poblacion de Lourdes, sino toda su comarca, el llano y la montaña. «Si la aparicion es real, decian aquellas buenas gentes, sin duda es María santísima quien se aparece á Bernardica.»

El viernes, 19, á la madrugada, llegó otra vez Bernardica á su querida gruta, acompañada de su padre, madre y de un centenar de personas que la aguardaban ya de antemano en aquel sitio. La multitud de concurrentes fué creciendo sucesivamente. El dia 20 eran cuatrocientos ó quinientos; el domingo, 21, algunos miles. Llenaban todos los alrededores de la gruta, y cubrian por completo el terreno comunal al otro lado del arroyo.

La madre de Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el éxtasis de su hija al presentársele la aparicion: vió, como todos los demás, su tierna fisonomía, tan modesta y vulgar en su estado natural, iluminarse de repente y como transfigurarse. Su frente estaba radiante. Todos sus rasgos parecian animarse y adquirir no sé qué de celestial y divino; su boca entreabierta expresaba la admiracion, la felicidad y la aspiracion al cielo; sus ojuelos fijos y brillantes revelaban la dicha de una contemplacion deliciosísima, reflejando el gozo inefable de su corazon.

Cuantos han visto á Bernardica en estos momentos de éxtasis aseguran que nada hay parecido á aquello sobre la tierra, y que la impresion que les causó les dura aun despues de muchos años viva como el primer dia.

En cuanto á la dichosa niña, la *vidente*, como desde entonces empezaron á llamarla, conservaba, en medio de esta admiracion de que era objeto, todo su candor y nativa ingenuidad. Vestidita siempre con su ordinario traje negro, envuelta la cabe-

za y espaldas en su capuchita de lana blanca, adelantóse tambien esta vez tranquilamente con un cirio en la mano, arrodillóse delante de la gruta, tomó su rosario y empezó á rezar como de costumbre. Todo respiraba en ella inocencia, verdad y ausencia de pretensiones. La celestial aparicion se presentó al momento que la niña privilegiada hubo terminado su rosario.

La multitud continuaba callada y respetuosa; al pasar Bernardica todos la abrian paso con veneracion, como si el soplo invisible de la gracia pasase por encima de aquella piadosa concurrencia.

El domingo, 21, la santísima Virgen mostróse como de costumbre á su amiga, siempre con su mismo traje blanco y luminoso, su ceñidor azul, su rosario blanco y dorado. Sonrió como otras veces á Bernardica, y la saludó con un gracioso movimiento de la cabeza y de la mano.

Hubo un momento en que la aparicion pareció hacerse hácia atrás, y como hundirse en el interior de la roca. Para no perderla de vista, la pobre niña fué acercándose sobre sus rodillas hácia el fondo de la gruta, y observando que la fisonomía de la Señora se habia puesto de repente triste y compungida: «¿Qué teneis? se atrevió á preguntar, ¿qué debo hacer?» *Rogar por los pecadores*, respondió la Madre de misericordia. Y los circunstantes vieron dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas de Bernardica, cuyos ojos permanecian desmesuradamente abiertos y clavados en María. Pronto, empero, resplandeció otra vez el júbilo en el rostro de

la muchacha, pues la Vírgen á su vez habia tambien recobrado su alegre aspecto de costumbre. Despues de lo cual todo otra vez desapareció.

IX.

Contrariedades y persecuciones que se le suscitaron á la pobre Bernardica.

Las obras de Dios son siempre contrariadas por la malignidad del demonio y por las pasiones é ignorancia de los hombres. Las maravillas que para gloria de Dios y salud de las almas estaban realizándose y debian multiplicarse en la gruta de Lourdes, fueron desde luego atacadas y desnaturalizadas.

Unos gritaron: ¡Supersticion! ¡ilusiones! ¡bobería! «La muchacha está loca, decian: que se la encierre.» Otros empezaron á hablar de trampa y superchería. «Es un petardo; todo acabará por sacarles dinero á los bausanes. La niña está representando una farsa indigna. Preciso es que tome cartas en el asunto la justicia.» Otros, finalmente, mas templados ó algo mas enterados de los hechos, viendo que no se podia sospechar de la ingenuidad, ni de la honradez de la muchacha, «eso serán, decian, meros fenómenos naturales que son del dominio de la fisiología. La ciencia sabe perfectamente los varios fenómenos que ofrecen la catalepsia, el histérico y la alucinacion. Que un buen médico examine de cerca las cosas, y de fijo las

pretendidas visiones desaparecerán como la nieve al ardor del sol.»

La poblacion de Lourdes estaba literalmente fuera de sí. El comisario de policía, ya que al parecer un buen comisario de policía no está obligado á creer en milagros, creyó haber hallado excelente ocasion de acreditar su celo. La tarde, pues, del mismo domingo, despues de Vísperas, uno de sus agentes, viendo la multitud que asediaba á Bernardica con sus preguntas, quiso detenerla « en nombre de la ley,» á pesar de la justa indignacion de todos. «Seguidme á casa del comisario de policía,» dijo á la muchacha.

El milano fué esta vez cogido por la paloma. De todo se valió el astuto comisario: buen modo, caricias paternales, burlas, amenazas, promesas, todo lo empleó para desorientar á la pobrecita lugareña. Como esta decia la verdad, no le bastaba mas que seguir afirmándose en ella, y esta misma verdad, cándida y sencillamente expuesta, traia mohino y desconcertado al comisario. Resistia tenazmente á ella el buen señor, pero de cualquier lado que se volviese se la encontraba firme, luminosa, incontestable. Bernardica continuaba tranquila é inmóvil; la Vírgen María protegia evidentemente á su devota hija. « ¡Qué firmeza en todo lo que expone!» decia al comisario un testigo del interrogatorio. « ¡Qué acento de verdad! Indudablemente ella cree haber visto algo. Es incapaz de mentir.»

Una hora larga duró el exámen. El comisario estaba furioso; por añadidura la multitud empezaba á

indignarse y á ponerse en actitud amenazadora. El padre de Bernardica presentóse á reclamar á su hija, pero fué materialmente amenazado por el empleado, que le prometió prohibir formalmente á Bernardica sus visitas á la gruta. «La perdono por esta vez, dijo en alta voz el celoso funcionario, pero en caso de reincidencia irá sin remedio á la cárcel. Sabeis que el procurador imperial no admite en estos asuntos contemporizacion alguna.» Y despedidos con un gesto brutal, padre é hija volvieron á su casa con gran satisfaccion de la multitud.

En cuanto á la honradez de Bernardica y de sus padres, fué tentada aun por otros medios menos delicados, pero siempre con igual resultado. Se les ofreció plata y oro; se les hicieron seductoras promesas. Todo lo rehusaron, y no obstante... ¡sabe muy bien Dios cuán pobres eran!

Los médicos, y muchos de los que á sí propios se llaman modestamente «los hombres de la ciencia,» no quisieron ser menos. Desde el domingo, 21, uno de los principales médicos de Lourdes, el Dr. Dozous, quiso darse cuenta á sí mismo por propia experiencia de los fenómenos «catalépticos é histéricos» que, segun él, podian dar satisfactoria explicacion de todo el caso. Presentóse, pues, muy de madrugada á la gruta, colocóse junto á Bernardica al llegar allí la niña, resuelto á examinarlo todo muy de cerca con sus propios ojos.

Quedó pasmado. Ninguno de los caracteres de las enfermedades hasta la sazon conocidas se manifestaba allí. Absorta en la contemplacion de la

santísima Vírgen, la niña conservaba perfecto conocimiento de todo lo que pasaba á su rededor; un cirio estaba á punto de apagarse, y ella extendia su mano luego para avivarlo; y cuando álguien con un baston pretendia tocar el rosal silvestre en quien tenia fijos sus ojos, ella hacia inmediatamente señal de que se abstuviesen de tocarlo, manifestando al mismo tiempo en su rostro la mayor ansiedad. «Aquí no hay la catalepsia con su rigidez, decia el médico, ni la alucinacion con su inconsciencia; es un hecho extraordinario, de un órden totalmente desconocido á la medicina.»

Tocóle el brazo á Bernardica, y hallóselo flexible. Tomóle el pulso: las pulsaciones eran tranquilas, regulares y perfectamente normales. Ningun síntoma de enfermedad. Decididamente «la ciencia» habia perdido el pleito.

Sin embargo, continuaron las contradicciones y acabaron por verdaderas persecuciones. El comisario de policía se portó indignamente, llevando el asunto hasta el despacho del procurador imperial, hasta la prefectura de Tarbes. Dictóse contra la inocente niña una órden de comparecencia, por «medida administrativa» (es decir, por el derecho del mas fuerte, que no permite discusion); Bernarda, declarada loca por parte del prefecto, estuvo á punto de ser arrancada á su padre y á su madre y encerrada en una casa de dementes. Sin la energía verdaderamente sacerdotal del venerable párroco de Lourdes, se habria consumado el crímen. «Esta niña es inocente, exclamó indignado cuando el

procurador imperial y el alcalde de Lourdes fueron á denunciarle la decision del prefecto; esa niña es inocente, y no habeis podido hallar pretexto alguno para perseguirla. Semejante medida seria la mas odiosa de las persecuciones, tanto mas odiosa cuanto que se trata de vejar á un pobre ser indefenso. El prefecto no puede por ningun título decretar la detencion de Bernardica. Clérigo y cura de esta parroquia, me debo á todos y en particular á los débiles. Comprendo mi deber de pastor. Id, pues, á decir al prefecto que los gendarmes me han encontrado en casa de esta pobre familia, y que tendrán que pasar por encima de mi cuerpo antes que toquen un solo pelo de la cabeza de esta pobre niña. Haced averiguaciones, libres sois; mas si quereis vejar á personas inocentes, sabed que antes de tocar á la última y á la menor de mis ovejas, tendréis que empezar por mí.» No se atrevieron á pasar adelante, y la inocente niña fué salvada por la Vírgen santísima primero, y despues por el valor y la fe del abate Peyramale.

Este excelente sacerdote tenia mas derecho que cualquier otro á tomar á su cuidado la causa de Bernardica, puesto que desde el principio de las apariciones habia guardado la mas prudente y completa reserva relativamente á los hechos de la gruta. Habia exigido la misma actitud por parte de sus vicarios, dejando primero al tiempo y luego á su Obispo el cuidado de determinar de una manera definitiva el carácter verdadero de las misteriosas apariciones.

Tocante á Bernardica, mucho tuvo que sufrir hasta que la evidencia de la verdad y el inmenso poder de la inmaculada Vírgen hubiesen triunfado de todos los obstáculos.

Un dia, durante la aparicion, el comisario de policía y el brigadier de los gendarmes llevaron su insolencia hasta el punto de querer meterse, por decirlo así, entre Bernardica y la Madre de Dios. Se colocaron delante de la niña arrebatada en éxtasis y trataron de perturbarla; pero su madrina indignada defendió enérgicamente la libertad de la niña, que no hacia mal alguno, y á quien nadie tenia derecho de mortificar.

Muchas veces fueron amenazados los padres de Bernardica, lo mismo que ella; pero nada pudo doblegar la tranquila firmeza de la pobre niña, antes bien animaba á su familia, diciéndoles repetidamente: «No harán todo lo que dicen, y Dios es mas fuerte que ellos. No temais: haced como yo, que no tengo miedo. Si me meten en la cárcel, tendrán el trabajo de sacarme de allí.»

Estas contradicciones y persecuciones duraron muchos meses. Pero volvamos á la relacion de las maravillosas apariciones.

X.

Dia quinto de la quincena.

Al volver á su casa, despues de la violenta escena del comisario de policía, el padre Soubirous prohibió á la pobre Bernardica el volver en adelante

á la gruta. La niña de esforzado corazón estaba sumisa. No sabia desobedecer, como no sabia mentir.

El lunes, 22 de febrero, fué enviada temprano á la escuela, donde la esperaban otras penas. A mas de la privacion que se acababa de imponerle, privacion que su amante corazon sentia profundamente, tuvo el disgusto de verse puesta en ridículo por algunas niñas de la escuela y, lo que es peor, por las Religiosas, que no creian en la realidad de las apariciones, permitiéndolo Dios así para probar á la privilegiada niña. No tenian tiempo aun para conocer bien á Bernardica, y se creyeron en el deber de prohibirle ellas tambien que fuese á la gruta.

La pobre niña no sabia qué hacer; no queria desobedecer á su padre ni á las Hermanas; y sin embargo creia obrar mal faltando á la promesa que habia hecho á la misteriosa Señora, tan hermosa, tan buena, tan amada. Dios bondadoso se encargó de resolver la dificultad. En el momento en que Bernardica salia de la escuela para regresar á su casa, una fuerza extraña, irresistible, se apoderó de ella y la trasladó, como llevada por el viento, al pié de la gruta, donde se encontró sin saber cómo.

Toda la mañana hubo una multitud considerable esperando en vano á la pequeña *vidente*. Cuando esta llegó, á eso de las doce y media, habia aun mucha gente.

Mas ¡ay! Los dias se suceden, y no se parecen: por mas que Bernardica oraba, miraba, rezaba y volvia á rezar el Rosario, no se le aparecia nada. Pa-

sóse así muy largo espacio. Desconsolada la niña se volvió llorando. Asediada por mil preguntas, respondia con dulzura, anegados en lágrimas los ojos: «Hoy no se me ha aparecido la Señora; nada he visto.» Muchos se burlaban de ella. «Los otros dias, añadia Bernardica, la he visto como os veo á vosotros, y nos hablamos ella y yo; pero hoy no está, no sé por qué.»

Regresó á su casa llorando y orando. «¿Habré cometido alguna falta?» se preguntaba. Mas su conciencia de nada la acusaba: á pesar de su disgusto, estaba llena de esperanza.

—¿De dónde vienes? le preguntó su padre al verla entrar.

Bernardica refirió lo que le habia pasado.

—¿Y dices que una fuerza te llevó á pesar tuyo?

—Sí, respondió ella.

«Es verdad, pensó, pues esta niña nunca ha mentido.»

Y despues de reflexionar un momento, tomando su resolucion, dijo á su hija:

—Pues bien, toda vez que es así, pues que te ha arrastrado una fuerza superior, no te prohibo que vayas á la gruta, y te dejo libre.

Este permiso inesperado llenó de júbilo á la pobre muchacha.

XI.

Bernardica á los piés de la santísima Vírgen.

En la primera parte de la milagrosa quincena Bernardica no recibió órden alguna de la Vírgen. Permanecia ordinariamente arrodillada á la entrada de la gruta mientras duraba su arrobamiento. Pasaba el tiempo de la aparicion contemplando plácidamente á la gloriosa é inmaculada Vírgen, Reina del Rosario; á Aquella que es la dulzura del cielo y de la tierra.

Bernardica estaba allí tranquila y libre, con la vista fija en la abertura de la roca, rezando con el rosario un corto número de *Ave Marías*.

De repente una ligera sorpresa anunciaba la augusta visita; sus dos manos se levantaban un poco con un movimiento rápido y suave; parecia que todo en ella se enaltecia, la actitud y las maneras; su semblante, poniéndose blanco, aspiraba hácia lo que veia en lo alto.

La multitud se agitaba de rechazo. «¡Ahora!... ¡La ve! ¡la ve!» Estas palabras circulaban entre la multitud atenta, y comunicaban la emocion. Apiñábanse todos por un nuevo esfuerzo de la curiosidad, y era preciso proteger á la niña contra las oleadas de la muchedumbre. El silencio era mas profundo, apoderábase de la reunion un recogimiento religioso, y hubiérase creido hallarse dentro de un santuario. Las miradas de todos devoraban á Bernardica.

La niña, arrebatada, hacia con gracia y dulzura inclinaciones con las que demostraba un profundo respeto. Su semblante se animaba lentamente con un sonrís sostenido, pero dichoso y sereno. Volvia á inclinarse, pareciendo contestar á misteriosos saludos que la encantaban; luego, fija siempre la vista, hacia sobre su pecho con el crucifijo de su rosario la señal de la cruz, llena de fe y de gracia, señal tan bella, tan noble, que decian los que á su alrededor estaban: «Solo los Santos del cielo saben hacerlo así, delante de la gloria del Señor.»

En las manos de Bernardica el rosario tan pronto circulaba rápidamente como con lentitud, ó bien se quedaba parado; y ¡cosa maravillosa! mientras ella rezaba las *Ave Marías*, los circunstantes, que escudriñaban los menores movimientos de su rostro, notaban que sus labios permanecian inmóviles. Los mas inmediatos á ella oian en el fondo de su garganta pequeños sonidos argentinos, apenas perceptibles.

En ciertos momentos parecia mas arrimada á la vision, como si la escuchase. Muchas veces debió dirigir la palabra á la benigna Señora, sin que ningun oido lo percibiese. Un dia dijo á una persona con claras muestras de sorpresa: «¡Cómo! ¿no me habeis oido? Pues hablaba bien alto.» Ni un ruido, ni un movimiento se notaba en su boca. A intervalos repetia la encantadora señal de la cruz.

Muchos dias tenia en su mano izquierda un cirio encendido, y entonces con la derecha movia el ro-

sario. Cuando no sostenia una vela, juntaba las manos, y con el dedo pulgar hacia rodar las cuentas del rosario sobre sus dedos cruzados.

Una mañana, un airecillo frio y vivo agitaba la llama de su vela y amenazaba apagarla. La niña extendió instintivamente la mano para protegerla: de repente el viento, invadiendo la roca, se arremolinó é inclinó la llama por el lado de la mano que Bernardica tenia abierta. La llama lamia sus dedos rodeándolos, y se la vió pasar por entre ellos un buen rato. «¡Se quema! exclamaban con ansiedad los presentes; ¡pobre niña!... ¡se quema!...» No se notó sin embargo contraccion alguna en su rostro, ni el mas leve movimiento en su mano, y el fuego no dejó la menor huella.

Inmóvil y como dominada por una deliciosa atraccion, estaba embelesante, y se la veia en un prolongado arrobamiento. Estaba hermosa, no con la frescura sonrosada y viva que nos encanta en el rostro de un niño, sino con una belleza superior y desconocida.

Sus mejillas eran en extremo pálidas, pero con cierto matiz suave como si estuviesen transparentes por la luz; un ligero color rosado le daba la blancura del alabastro. Los ojos fijos y muy abiertos se consumian en miradas brillantes, ávidas, embriagadas, sin que pestañease una vez siquiera. Aquellos dos ojos fascinados y dichosos parecian clavados por un rayo de luz. Veíase alguna vez que sus labios se movian, pero débilmente, permaneciendo casi siempre cerrados sin esfuerzo. Un

reflejo de gozo bañaba todo su rostro de un ligero sonrís, suspendido al ir á producirse, pero infinitamente dulce, que revelaba un respeto y una admiracion inmensa, mezclados de un inmenso amor, y que denotaba la presencia de un Ser muy grande y muy bueno.

De cuando en cuando caian de sus párpados, siempre inmóviles, lágrimas que rodaban como gotas de rocío, sin extenderse y sin mojar la cara, y permanecian largo tiempo brillantes sobre la blancura de las mejillas.

Continuando arrodillada, Bernardica parecia dirigirse á lo alto, y al ver el encanto de su apostura, habríase dicho que iba á elevarse.

Todo el mundo comprendia que era dichosa con una felicidad desconocida; y era que en aquel momento la tierra no era nada para su alma. No parecia de este mundo, y todos hablaban en voz baja, á fin de no estorbarla. «Ve, decian; sí, ella ve!»

La niña estaba absorta, todas las potencias de su ser pertenecian á la vision; nada de lo que pasaba en derredor suyo podia distraer un instante su atencion. Y ese estado sobrehumano que la tenia arrobada, duraba á lo menos una hora.

La multitud, admirada del maravilloso espectáculo, del cual veia solo la mitad, comprendia que la niña asistia á otras comunicaciones y que el cielo estaba cerca de ella. Hacíase violencia para guardar silencio y respeto. Bernardica parecia que no oia nada: su madre y sus tias la defendian de las oleadas de la muchedumbre.

En cuanto á los espectadores, se afanaban por descubrir lo invisible en el rostro de la niña Bernardica, en el cual ponian sus ojos como en un espejo para encontrar la imágen de lo que la hacia tan encantadora. Despues, convencidos de que nada percibirian, miraban con envidia el fondo de la roca, que para ellos estaba vacía, fria y oscura.

Por fin, despues de este prolongado éxtasis, empleado en dichosas sonrisas y lágrimas, en coloquios misteriosos, imperceptibles para todos, bajo las infatigables miradas de una reunion estremecida por la presencia manifiesta de un ser sobrenatural, invisible y maravilloso, Bernardica, siempre arrodillada, se inclinaba muchas veces con gracia y nobleza, saludaba respetuosamente, dejando ver en la expresion de su rostro el dolor de la separacion; volvia á saludar, luego exhalaba un profundo suspiro... y parecia que todo lo perdia: se extinguia el reflejo celeste, veíase acabar su sonrisa, sus ojos ya no brillaban, asomaba á su semblante una vaga melancolía y una apariencia de cansancio, y desaparecia su admirable palidez debajo de sus colores ordinarios.

La radiante Señora se habia desvanecido, retrocediendo hácia el interior del nicho. Su magnífica luz resplandecia aun un instante despues de ella, huia y se apagaba poco á poco, y cuando se extinguian estos últimos destellos, Bernardica volvia á ver la roca, su madre, sus tias y la multitud; habia vuelto á la vida ordinaria.

Crecia el ruido, la gente se iba dispersando, se

apiñaba al rededor de Bernardica; pero su madre y su tia, que la acompañaban, la defendian cuanto podian contra los curiosos importunos. La niña andaba, sostenida por ellas, siguiéndola un grupo considerable hácia su casa.

Sorprendida de ver á una pastorcita saludar con tanta gracia y dignidad al concluirse el éxtasis, una señora le decia un dia:

—¿Díme, Bernardica, quién te ha enseñado á hacer tan graciosos saludos?

—Nadie, contestó ella muy admirada, no sé de qué modo he saludado; pero comprendo que debo hacerlo todo como lo hace la Vision, y ella me saluda así cuando quiere marcharse.

Hé aquí cómo ha podido representarse á Bernardica en su éxtasis con una exactitud á la que la imaginacion no podria añadir un solo rasgo.

¿Qué veia la dichosa niña? Ella ha repetido mil veces que le era imposible explicarlo del todo. Sin embargo, hé aquí lo que la curiosidad mas ardiente, mas ingeniosa y mas legítima ha podido obtener de la pequeña *vidente* por medio de largas y minuciosas preguntas.

XII.

Bellezas celestiales de la Vision.

En medio de un resplandor siempre en aumento, en medio de una suave luz que doraba el nicho y la roca, se aparecia la misteriosa Señora, cuyos piés se posaban sobre el rosal silvestre.

Era admirablemente bella; de dulcísimo semblante, jóven como de quince á veinte años, y de una gracia infinita; miradas arrebatadoras, sonrisas de sin par benignidad, una ternura de madre; y en esta indecible benevolencia, en esta frescura de divina juventud, una grandeza, una majestad de la que la niña no sabia cómo dar una idea.

Cuando Bernardica habia respondido en estos términos á las mil preguntas que le hacian detallar lo visto, añadia con penetrante acento: «¡Era tan bella!... ¡hermosa... mas que todo! »

Un dia se le preguntaba delante de distinguidas mujeres del mundo:

—¿Era hermosa como estas señoras?

—¡Oh! dijo la niña paseando sobre ellas una desdeñosa mirada; ¡mucho mas!

La Vírgen llevaba un ropaje de extraordinaria blancura, que caia en graciosos pliegues desde el cuello, y cuyas mangas eran estrechas. Solo un velo cubria su cabeza llegándole hasta la frente, la cual rodeaba, cayendo luego sobre las espàldas, blanco como copos de nieve, y que envolviéndole apenas los brazos con sus ondulantes pliegues, bajaba por ambos lados hasta los piés. Ceñia su talle un cinturon azul, cuyos cabos, pasados uno dentro de otro, sin formar doble nudo, flotaban por delante, largos y sin ningun adorno, llegando hasta cerca de las rodillas. Los piés asomaban desnudos, y en cada uno llevaba una rosa abierta de color de oro. De uno de sus brazos pendia un largo rosario, cuyas cuentas eran blancas y brillantes, y cuya cadena y crucifijo relucian como el oro.

Todas estas bellezas aparecian en medio de una luz vivísima y maravillosamente dulce. Envolvia á la Vírgen este esplendor de otro mundo como con un vestido de gloria, y brillaba sin centelleo alguno.

Bernardica fijaba embriagada su vista en la aureola resplandeciente y penetraba hasta la Señora, á quien contemplaba con entera libertad y á su sabor con fácil y clara mirada. Fijábala en los rasgos del rostro celestial y en los pliegues del vestido, y admiraba las finas y blancas manos. Nunca empero pudo ver los cabellos de la Vírgen.

Mas cuando se le pedia que diese por medio de comparaciones una idea de aquellas cosas tan bellas, no sabia hacerlo.

—¿Cómo era la luz? ¿era como la de las estrellas? ¿como el resplandor de la luna? ¿como los rayos del sol abrasador del medio dia?

—¡No! la aureola no se parecia á los resplandores de la tierra; era mas hermosa, ¡mucho mas hermosa!

¿Y el vestido virginal?— Se han enseñado á Bernardica las mas ricas telas blancas, los mas delicados tejidos, sin que en ellos reconociese ni el color ni la clase del maravilloso ropaje; todo color era pálido, todo tejido grosero. Aquel era otra cosa mas hermosa, siempre mas hermosa.

Se le han enseñado todos los matices de color azul, y en ninguno ha encontrado el del cinturon de la admirable Señora, diciendo que el azul del cielo no es tan azul. Ha visto nácar, cristal y pe-

drería; pero las cuentas del rosario eran mas transparentes y mas ricas. Y el oro de la cadena del crucifijo no se parecia al oro que admiran los hombres; era muy distinto y mas precioso.

Nunca se acostumbró la niña á aquellos celestiales resplandores. A la contemplacion décimaoctava quedó tan fuertemente, tan deliciosamente sorprendida como la vez primera.

La Vírgen se aparecia de pié y descansando sobre el rosal silvestre. Saludaba con la cabeza á la niña, se sonreia graciosamente, se inclinaba; despues, con la cruz de su rosario extendido se santiguaba con una nobleza, con una piedad indecibles; y entrelazando sus dedos hacia pasar una á una las cuentas. Nunca, mientras rezaba el Rosario, se movieron sus labios.

Casi siempre la Vírgen tenia fijos sus ojos en los de Bernardica; de cuando en cuando los levantaba esta para extasiarse en aquel cúmulo de dichosas miradas y sonrisas. La niña ha dicho que la Aparicion parecia complacerse mucho en ver al pueblo religioso reunido en su presencia.

Tal se mostró la Inmaculada Vírgen á los ojos atónitos de Bernardica en las *diez y ocho* veces que se dignó aparecerse en la gruta predestinada de Lourdes.

XIII.

Aparicion del martes 23 de febrero.—Primer secreto y demanda de un santuario.

Al aparecer así contínuamente á la niña Bernardica, la Vírgen santísima se enseñoreaba cada vez con mas fuerza de la bendita niña, la preparaba para su mision y disponia al pueblo con la multiplicada maravilla del tranquilo éxtasis á recibir á la pobre y oscura hija de Soubirous como la mensajera de su voluntad.

La Madre de Dios iba al fin á revelar por el ministerio de aquella niña los designios misericordiosos que la hacian descender á la gruta; y los actos exteriores, exigidos de Bernardica para el cumplimiento de su mision, empezaron el martes 23 de febrero, sexto dia de la milagrosa quincena.

La santísima Vírgen, á quien no conocia aun Bernardica, le habia ya hablado, es verdad, en las anteriores apariciones, y la niña tambien habia hablado con ella; pero en esos misteriosos coloquios la Reina del cielo no habia formulado todavía ninguna órden concreta: empezó á hacerlo el martes 23 de febrero.

En medio de una compacta multitud de ocho á diez mil personas, Bernardica llegó á la gruta, como tenia de costumbre, al rayar el alba. Estaba arrodillada en su habitual sitio, fuera de la gruta, con la

mano izquierda apoyada en una vela bendecida, teniendo en la otra el rosario.

De repente oye la querida voz de la Soberana del Paraíso, que la llama por su nombre:

—*¡Bernardica!*

—Héme aquí, responde luego la niña.

— *Tengo que decirte, á tí sola, un secreto que concierne á tí únicamente,* le dice entonces la Madre de Dios. *¿Me prometes no revelarlo á nadie?*

—Os lo prometo.

El diálogo continuaba, y aunque la santísima Vírgen y la niña hablaban en alta voz, nadie las oia. «¿Cómo no lo habeis oido? decia al salir la niña de su éxtasis. Pues la Señora bien alto hablaba: ¡tiene una voz tan fina, tan dulce!»

La soberana Vírgen le enseñó en seguida una oracion, que le hacia repetir palabra por palabra con maternal complacencia. La niña la rezaba en todas las apariciones; pero no ha querido darla á conocer nunca á nadie.

—*Y ahora, hija mia,* añadió la santísima Vírgen, *vé á decir á los sacerdotes que aquí debe levantarse un santuario, y que á él debe venirse en procesion.*

Con estas palabras terminó la aparicion de aquel dia.

Dejando las Rocas de Massabieille, Bernardica se fué inmediatamente á casa del párroco de Lourdes, quien no le habia hablado hasta entonces.

—¿Eres tú, Bernardica? le dijo con gravedad casi severa, luego que la vió venir.

—Sí, señor Cura, yo soy, respondió con dulzura la humilde mensajera de la Vírgen santísima.

—Y bien, Bernardica, ¿qué me quieres? ¿qué vienes á hacer aquí?

—Señor Cura, vengo de parte de *la Señora* que se me aparece en la gruta de Massabieille.

El Párroco hizo ademan de tratar la cosa muy ligeramenté, y de no creer en ella. La niña repetia con candidez y gran confianza las palabras de la Aparicion.

—¿Y no sabes el nombre de esa Señora? replicó el digno Párroco.

—No, respondió Bernardica; no me ha dicho quién era.

—Los que te creen se imaginan que es la Vírgen María; pero ten cuidado; únicamente tú dices que la ves: si pretendes falsamente verla en la gruta, tomas el camino para no verla en el cielo.

—Yo no sé si es la Vírgen santísima, señor Cura, responde la niña; pero veo la Vision como os veo á vos, y ella me habla tan ciertamente como vos me hablais. Y de parte suya vengo á deciros que quiere se le edifique un santuario en las Rocas de Massabieille, en que se me aparece.

Bastante conmovido, el buen Peyramale se hizo repetir las palabras mismas que habia empleado la Señora de la gruta. « Despues de haberme confiado un secreto que me concierne, y que no puedo revelar, dijo la niña, la Señora añadió: *Y ahora vé á decir á los sacerdotes que debe levantarse aquí un santuario, y que á él debe venirse en procesion.* »

Despues de un momento de reflexion, el Párroco replica: « Ya comprendes que no puede bastarme

tu solo testimonio: dí á esa Señora que conviene se dé á conocer. Si es la Vírgen santísima, que lo manifieste por algun milagro. ¿No dices que se te aparece encima de un rosal silvestre? Estamos en febrero: dile de mi parte que si quiere un santuario, que haga florecer el rosal.» Y dicho esto, la despidió.

Súpose luego en la poblacion lo que acababa de pasar entre el Párroco y la niña. La curiosidad y la emocion eran generales; y muchos libre-pensadores de la comarca resolvieron presentarse en adelante en la gruta, á fin de asistir al entierro de la *superstición*.

XIV.

Aparicion del miércoles 24 de febrero.—Secreto segundo y exhortacion á la penitencia.

Una persona distinguida de Lourdes, corazon recto, pero entonces poco creyente, refirió á Mr. Enrique Lasserre cómo fué vencido aquel dia por la evidencia de lo sobrenatural. No vió florecer el rosal, pero vió á Bernardica en éxtasis, el reflejo del cielo sobre la figura de la humilde niña, y su buena fe se rindió. ¿Cómo no creer en la existencia del sol, cuando sin verlo se descubre la cumbre de las montañas doradas por sus rayos?

«Llegué á la gruta, decia, dispuesto á examinar, y por toda conclusion, á reirme grandemente, asistiendo á una comedia ó á alguna cosa grotesca.

Pude colocarme en primera línea, á pesar de que la concurrencia era inmensa. A la salida del sol llegó Bernardica, cerca de la cual estuve. Arrodillóse sin preocuparse de la multitud que la rodeaba, como si estuviese sola. Pronto su mirada pareció que recibia y reflejaba una luz desconocida. Delante de esta transfiguracion de la niña todas mis negaciones preconcebidas se desvanecieron de repente, é hicieron lugar á un sentimiento extraordinario que á mi pesar se apoderó de mí. Tuve la certeza de que se hallaba allí un ser misterioso. Súbita y completamente transfigurada, Bernardica ya no era la misma. Su actitud, sus menores gestos tenian una nobleza sobrehumana: sonreia contemplando al ser invisible.

«No estaba yo menos conmovido que los demás espectadores. Como ellos, retenia mi aliento para procurar oir el coloquio que se habia entablado entre la Vision y la niña.

«En un momento dado Bernardica se adelantó arrodillada desde el punto en que oraba, esto es, desde la orilla del torrente hasta el fondo de la gruta, cuya distancia era de unos quince metros. Mientras subia aquella pendiente algo rápida, las personas que se hallaban al paso oyeron distintamente estas palabras: «¡Penitencia!... ¡penitencia!... «¡penitencia!!!...»

El testigo, mas que imparcial, que referia esta conmovedora escena, vió á Bernardica salir de su transporte y quedar como antes una pobre niña, casi andrajosa, que en nada se distinguia de las

otras muchachas del pueblo. Era recaudador de hacienda en Lourdes, y el mismo que el domingo anterior habia asistido al interrogatorio de Bernardica en casa del comisario de policía.

¿Qué habia pasado durante la sexta aparicion de la quincena? ¿Habia la niña cumplido el encargo del Párroco? El rosal no habia florecido.

Cuando al salir de la gruta Bernardica se presentó en la rectoría, Mr. Peyramale, siempre dueño de sí mismo, le preguntó:

—Y bien, ¿la has visto tambien hoy? ¿qué te ha dicho?

—He visto la Vision, respondió la niña, y le he dicho: «El señor Cura os pide algunas pruebas: por ejemplo, hacer florecer el rosal que está bajo vuestros piés; pues que á los sacerdotes no les basta mi palabra, y no quieren creerme.» Entonces se ha sonreido, pero sin hablar. Despues me ha dicho que rogase por los pecadores, me ha mandado que fuese hasta el fondo de la gruta, y por tres veces ha exclamado: *¡Penitencia!... ¡penitencia!... ¡penitencia!!!...* Yo he repetido estas palabras, arrastrándome arrodillada hasta el fondo de la gruta. Allí me ha revelado un secreto, que es personal mio, y ha desaparecido.

—¿Y qué has encontrado en el fondo de la gruta?

—He mirado, despues de haber ella desaparecido (pues mientras está presente absorbe toda mi atencion), y no he visto mas que la roca, y por el suelo algunos tallos de yerba que estaban en medio del polvo.

«Esperemos,» pensó el párroco.

Pero en esta relacion de Bernardica faltan preciosos detalles de que no podemos privar á la piedad de nuestros lectores.

Mientras la niña estaba absorta en su arrobamiento, se la vió besar la tierra á intervalos, subiendo de rodillas la cuesta bastante rápida que tenia delante, hasta el fondo de la gruta, á la izquierda. La Vírgen le habia dicho: *Rogarás á Dios por los pecadores... Besarás la tierra por la conversion de los pecadores.* Y le hacia seña de que avanzase arrodillada.

Bernardica, levantándose despues de haber besado la tierra, buscaba la Aparicion; la veia retroceder lentamente y la seguia, multiplicando sus besos de humilde penitencia. En este momento veia á la Vírgen tan cerca, que le parecia que levantándose y alargando el brazo habria tocado sus piés.

Volviéndose hácia los concurrentes, les hacia con insistencia señas con las que parecia decir á la multitud que se inclinase, pero no la comprendieron. Entonces puso un dedo sobre sus labios, y luego se dirigió rápida y resueltamente hácia el suelo con una autoridad y una energía notables. El gesto y la mirada decian á todos: «¡Vosotros tambien, besad la tierra!»

Muchas personas se inclinaron al instante, dominadas por la sobrenatural grandeza de aquella pobre niña, y creyendo obedecer á la Vision, besaron la tierra.

Bernardica bajó tambien de rodillas, besando

siempre el suelo, y volvió á su contemplacion delante del nicho.

Al salir de este espectáculo, que habia de abatir el orgullo humano, eran varios los sentimientos de los concurrentes. Todos, empero, estaban profundamente pasmados; muchos se retiraban con la impresion religiosa que dejan los acontecimientos misteriosos, detrás de los cuales se siente que Dios se oculta; pensaban que en la gruta se preparaba un gran porvenir. La Vírgen les hacia presentir sus misericordias.

Desde entonces fué recomendada á Bernardica la penitencia por los pecadores. Subia y bajaba una sola vez durante la aparicion, y siempre en silencio; únicamente esta vez se la oyó pronunciar estas palabras: «¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia!»

Un dia hizo varias de esas gloriosas ascensiones. Su semblante manifestaba siempre un constante sentimiento de dicha; pero un tinte de tristeza lo cubrió por momentos, y aunque continuaba el sonrís, era melancólico, pero dichoso. A los ojos de Bernardica la Vírgen se sonreia tambien y coronaba su penitencia con un brillante testimonio de gozo divino.

Recuérdase aun con admiracion la ligereza con que la niña andaba de rodillas. «He creido muchas veces, escribe un testigo ocular, que manos invisibles la sostenian para subir y bajar tan precipitadamente.»

Se le preguntó el primer dia:

—¿Por qué has andado de rodillas y besado la tierra?

—La Vision me lo ha mandado en penitencia por mí y por los demás.

—¿Por qué nos has hecho seña de que besásemos la tierra?

—Porque la Vision queria decir que vosotros debíais hacer tambien penitencia por los pecadores.

Mas de un año despues, dos eclesiásticos que la interrogaban con mucha sagacidad, le dijeron á propósito de esta penitencia: «Pero es bien extraño que la Vírgen santísima te haya ordenado todo esto! Son cosas extraordinarias y que no parecen razonables.» A lo cual la niña bajando los ojos y con penetrante acento que los admiró, respondió: «¡Ah! para la conversion de los pecadores!...»

El corazon de María se manifestaba. ¡Los pecadores! Hé aquí á los que llama por la humillacion y la oracion de Bernardica. ¡Los pecadores! Hé aquí á los que ella busca tambien por medio de los milagros que á centenares van á obrarse en la privilegiada gruta.

XV.

Aparicion del jueves 25 de febrero. — Tercer secreto y la fuente milagrosa.

Era el octavo dia de la quincena. Una multitud increible, animada, conmovida, llenaba todas las cercanías. Cuando apareció Bernardica, todo el mun-

do se descubrió instintivamente, así los escépticos como los creyentes. La bondadosa, la misericordiosísima, la admirable Vírgen María se dignó aquel dia, como en los demás, ser fiel á la cita de la gruta. Tal vez en ningun santuario la Madre de Dios ha multiplicado así sus celestiales visitas.

Empezó ella el coloquio de esta aparicion, confiando á su querida Bernardica su tercer secreto:

—*Hija mia*, le dice, *quiero confiarte, solamente para tí, el último secreto; igualmente que los otros dos, no lo revelarás á nadie del mundo.*

Bernardica escuchaba con alegre corazon la inefable armonía de aquella voz tan dulce, tan maternal, tan tierna, que en otro tiempo encantaba en Nazaret los oidos y el corazon del Niño Jesús.

—*Y ahora,* le dijo la Vírgen santísima despues de un momento de silencio, *anda á beber y lavarte los piés á la fuente, y come de la hierba que hay allí.*

Atónita Bernardica, mira á su alrededor. No habia ni habia habido nunca ninguna fuente en la gruta. Obstruia entonces el interior de la misma una masa arenisca y árida, mezclada con fragmentos de piedra, y llegaba hasta la actual bóveda á una altura de cerca de dos metros. Sin perder de vista á la Aparicion, Bernardica iba á dirigirse hácia el torrente, cuando con la vista y con la mano le indicó la Vírgen el punto á donde debia dirigirse. *No vayas allá,* le dice, *no te he dicho que bebieses en el torrente; anda á la fuente, que está aquí.* Y extendiendo la mano, señaló con el dedo á la niña el mismo rincon seco, por donde el dia anterior la

habia hecho subir. Era el fondo de la gruta, á la izquierda del espectador.

Bernardica subió, y cuando estuvo cerca de la roca, buscó con la vista la fuente. No encontrándola, y queriendo obedecer, expresó con una mirada á la celestial Señora su embarazo. A una nueva seña, la niña se inclinó, y escarbando la tierra con las manos, se puso á hacer en ella un hueco.

De repente se humedeció el fondo de aquella pequeña cavidad; y viniendo de profundidades desconocidas á través de las rocas y capas de tierra, apareció debajo de la mano de la hija de María un agua misteriosa, que pronto llenó el pequeño hueco que podia contener un vaso de agua. Mezclándose con la tierra, era cenagosa, de modo que la pobre Bernardica la acercó tres veces á sus labios y no se resolvió á beberla. La Aparicion radiante dominaba aquella extraña escena, y miraba atentamente á la niña, la cual venció al fin su repugnancia, bebió aquella agua turbia y se mojó con ella la cara.

Los concurrentes nada comprendian: «¡Oh! ved, exclamaron algunos, ved como se ensucia la pobre niña!» Otros decian: «Pierde la cabeza: esto no es muy conforme.» En aquel momento Bernardica con sus dedos mojados cogia y comia algunas briznas de hierba que allí habia.

Pronto el agua del naciente manantial salvó los bordes del pequeño receptáculo hecho por la niña, y empezó á discurrir á manera de delgado hilo, humedeciendo apenas aquel dia la arena. La cinta húmeda que trazaba en el suelo se prolongaba lenta é insensiblemente hácia el umbral.

Con su débil mano Bernardica acababa de abrir, sin saberlo, el manantial de las curaciones y de los milagros.

La bienaventurada Vírgen recompensó con una sonrisa á su pequeña obrera, desapareciendo radiante, y la obediente, la fiel Bernardica regresó como de costumbre á su casa.

Maravillados los concurrentes, quisieron ver la fuente milagrosa y mojar en ella sus pañuelos. El dia siguiente el manantial de la Vírgen, creciendo á ojos vistos, discurria ya del grosor de un dedo. Al cabo de algunos dias saltaba de tierra, pura y limpia, con un caudal como el brazo de un niño; cesando entonces de crecer.

Despues ha sido medida con matemática exactitud, dando desde las primeras semanas *ochenta y cinco litros por minuto; cinco mil cien litros por hora*, es decir, *ciento veinte y dos mil, cuatrocientos litros por dia*.

Y antes, debemos repetirlo, á vista y ciencia de todos los habitantes del país, aquella roca y aquellas arenas estaban áridas y secas. Los incrédulos de la comarca dijeron é imprimieron que la cosa era muy natural, que no habia manantial; que Bernardica, la loca, la alucinada, habia metido bonitamente la mano en un depósito de agua, proveniente *sin duda* de la destilacion de la roca!

El agua milagrosa de Lourdes ha sido analizada por hábiles químicos: es un agua vírgen, muy pura, un agua natural que carece de toda propiedad termal.



XVI.

El viernes 26 de febrero. — Primera curacion milagrosa.

Este dia la inmaculada Vírgen no se apareció á su querida niña. Todo el mundo colmaba á Bernardica de homenajes de respeto que llegaban hasta la veneracion; cuando pasaba, decian y ella podia oirlo: ¡Hé aquí la Santa!

María, madre de la humildad y dulzura, quiso sin duda prevenir á su hija contra el peligro de la vanagloria: la dejaba consumirse en deseos, en lágrimas y súplicas, y no quiso manifestarse. Humillada, desolada, Bernardica tuvo que volverse á su casa, llorando todo el camino.

En lugar de la acostumbrada Aparicion, la multitud pudo ver el manantial, testimonio vivo del inmenso poder de la misteriosa Señora. El buen párroco de Lourdes habia pedido una señal; y en vez de la muy pequeña que habia indicado, la Vírgen santa acababa de darle una muy grande, y no solo á él, sino tambien á todos, así á los malos como á los buenos. El rosal florido no hubiera sido mas que un simple milagro, un milagro de recreo, muy pasajero: la fuente sobrenatural era, no solo un milagro y muy grande, sino además un milagro permanente, un manantial inagotable de milagros. ¡Oh! ¡cómo la bondadosa Vírgen lo entiende mejor que nosotros!

En dicho dia 26 el agua milagrosa obró el primer prodigio: milagro de primer órden, justificado, proclamado desde luego por la ciencia, y despues por la autoridad eclesiástica.

Habia en Lourdes un pobre obrero cantero, llamado Bourriette, quien veinte años antes habia tenido el ojo horriblemente mutilado por la explosion de una mina. Habia consentido en morir; á pesar de los inteligentes y asiduos cuidados del doctor Dozous, el mismo que habia examinado á Bernardica en su éxtasis, la vista del pobre cantero habia disminuido de año en año, en términos que en la época á que nos referimos, su ojo derecho no distinguia á un hombre de un árbol. Conocido y estimado en toda la poblacion, Bourriette era un hombre de fe, un digno cristiano. Era casado y padre de familia.

Habia oido hablar de las cosas maravillosas que pasaban en la gruta, y particularmente de la fuente que empezaba á manar. «Anda á buscarme de esa agua, dijo á su hija. La santísima Vírgen, si es ella, no tiene mas que querer para curarme.» Media hora despues la hija traia un poco de aquella agua, turbia todavía. «Padre, le dijo, no tiene mas sino que es un poco cenagosa.—No importa,» contesta el bueno de Bourriette, poniéndose á orar. Con el agua frota su ojo perdido... Da un fuerte grito, un grito de alegría y felicidad. Pónese á temblar, ¡ tanta es su emocion! las negras tinieblas que por espacio de veinte años le privaban de la vista habian desaparecido; no le quedaba mas que una

ligera nubecilla, semejante á la neblina de la mañana.

Continuó orando mientras lavaba su ojo, y las nubecillas se iban disipando y distinguia ya perfectamente los objetos. ¡Estaba curado!

—¡Estoy curado! exclama dirigiéndose el dia siguiente al doctor Dozous en la plaza de Lourdes.

—¡Es imposible! le dijo el médico: teneis una lesion orgánica que hace imposible vuestra curacion. El tratamiento que os hago seguir tiene por objeto calmar vuestros dolores, pero no puede devolveros la vista.

—No sois vos quien me ha curado, responde conmovido aun el cantero: es la Vírgen de la gruta.

—Que Bernardica tiene éxtasis inexplicables, es cosa cierta, dijo el doctor levantando los hombros; lo he comprobado yo mismo y de cerca. Mas que el agua que sale de la gruta, no sé por qué causa desconocida, cure repentinamente los males incurables, esto no es posible.

Al decir esto, saca su agenda y escribe con lápiz algunas palabras.

—Tomad, dice á Bourriette, poniéndole la mano encima del ojo izquierdo; si podeis leer esto, os creeré.

Los transeuntes se agruparon en derredor suyo, y Bourriette leyó sin la menor vacilacion: «*Bourriette padece una amaurosis incurable, y no curará jamás.*»

El doctor quedó petrificado, estupefacto. «No puedo negarlo, exclamó; es un milagro, un verda-

dero milagro, pese á mí y á mis colegas de la facultad. Esto me trastorna, pero el hecho es evidente, está fuera de todo lo que alcanza la pobre ciencia humana.»

La curacion de Luis Bourriette era tanto mas maravillosa, cuanto que el milagro habia dejado subsistentes las cicatrices y las lesiones profundas de la herida. El cantero, casi loco de alegría, referia los detalles á quien queria oirle.

Desde entonces el entusiasmo, la fe viva, las acciones de gracias ocuparon mas y mas á la multitud. La evidencia del milagro se manifestaba mas y mas. Por la tarde los obreros canteros, á cuyo gremio pertenecia el feliz Bourriette, fueron en gran número á las Rocas de Massabieille, y construyeron á través de las escarpaduras un camino mas cómodo para los peregrinos. Debajo del orificio de la milagrosa fuente, colocaron una canal de madera, y debajo de la misma hicieron una excavacion y formaron un receptáculo de las dimensiones y forma de una cuna de niño.

El nombre de la Vírgen santísima andaba en todos los labios. Nadie lo sabia, y sin embargo, todos aseguraban que era ella, indudablemente ella. Despues de la puesta del sol y sin que hubiese mediado acuerdo alguno ni hubiese intervenido ningun eclesiástico, centenares de cirios iluminaron en breves momentos el improvisado santuario, y millares de voces entonaron con fervor y emocion indescriptibles las Letanías de la Vírgen. La gruta permaneció iluminada toda la noche.

XVII.

Apariciones de los últimos dias de la quincena.

La sagrada quincena tocaba casi á su término. La santísima Vírgen continuaba mostrándose cada mañana á su querida niña Bernardica, y la multitud que acudia de veinte á treinta leguas á la redonda, presenciaba siempre el mismo prodigio, mas y mas conmovedor, mas y mas fecundo en gracias y enseñanzas: la transfiguracion de la humilde niña y el pasmo de un pueblo inmenso.

Todo continuaba pasando con el mayor órden. Se bebia en la fuente, se cantaban cánticos, se oraba. Ninguna nueva particularidad señaló á estas últimas apariciones; únicamente la fuente milagrosa crecia visiblemente, como ya lo hemos dicho, y las curaciones repentinas, sobrenaturales, se multiplicaban con una evidencia tal, que el partido del libre pensamiento estaba aterrado.

En cada una de las apariciones Bernardica renovaba los actos de penitencia y obediencia que ya tenemos referidos. En virtud de órden de la Vírgen iba á beber á la fuente, y muchas veces se la vió hacerlo á repetidos sorbos.

En una de las ondulaciones que imprimian á la multitud los esfuerzos de los que pugnaban por verlo mejor, el rosal fué violentamente sacudido. Bernardica, vivamente alarmada, alargó la mano,

y se dirigió á aquel lado. Sus ojos estaban bañados de lágrimas. «¿Quién ha movido el rosal? exclamó. ¡Oh! no lo toqueis!» Y miraba con viva inquietud á la excavacion. Habiendo quedado inmóvil el arbusto, serenóse el rostro de Bernardica, y reapareció en él la alegría. Causó general admiracion el oir aquel grito en medio del éxtasis tan profundamente silencioso.

Aquel mismo dia la persona que habia tocado el rosal fué á encontrar á Bernardica, y le pidió perdon por el susto que le habia causado. «¡Oh! me habeis causado mucha pena, le dijo la niña: cuando he visto el *espino* agitado, he temido que la Señora no cayese, pues estaba encima del mismo, y con la mano me hacia seña de que no lo tocasen.»

Esa persona quedó admirada del sentimiento que entrañaban las palabras de Bernardica. No creia aun, y al instante puso toda su fe en la celestial Vision. La idea de haber faltado, aunque sin saberlo, al respeto debido á la santísima Vírgen, agitando las ramas en que posaba sus piés, le causó un vivo dolor, dejándole profundos recuerdos; ama á Bernardica, y asiste con religiosa atencion á todas las apariciones.

Desde la cuarta Bernardica encendia al llegar un cirio bendecido, y lo sostenia con la mano izquierda, mientras estaba presente la Vírgen. El primer dia se lo prestó una señora de la poblacion; pero luego sus tias le dieron sucesivamente sus velas de congregantas.

Un dia, al final de su éxtasis, Bernardica se le-

vantó, pálida y radiante todávía, se colgó del cuello de su tia mas jóven que la acompañaba, y le dijo:

—¿Quereis darme vuestro cirio, y permitirme que lo deje en la gruta?

—Sí, sí, te lo doy; anda á ponerlo si quieres.

La niña se dirigió al fondo de la gruta, metió en la tierra la extremidad del cirio, y apoyándolo en la roca, lo dejó encendido, y se volvió á su sitio acostumbrado.

Despues de la aparicion su tia le preguntó por el camino:

—¿Por qué me has pedido el cirio y lo has puesto allí?

—Queria dejarlo arder en la gruta al marcharme, y como era vuestro, no podia hacerlo sin vuestro permiso.

Conforme hemos dicho, algunas personas habian depositado cirios: homenaje notable, primicias de los millares de luces que ahora iluminan incesantemente la roca de la Aparicion, para glorificar y dar gracias á la Madre de Dios.

La devocion de los cirios es tan antigua como la Iglesia. El cirio encendido es un hermoso símbolo: la cera blanca y vírgen de que está formado significa la purísima humanidad que el Salvador tomó en el seno de María, y que, unida á la divinidad, es la luz del mundo. Como la cera del cirio, esta humanidad sagrada se consumia delante de Dios en adoracion, en súplicas, en acciones de gracias, en penitencias y sacrificios de todo género. La luz

del cirio, resplandeciente y ardiente, significa la divinidad del Hijo de María.

El cirio encendido representa igualmente al cristiano, que iluminado, abrasado con los ardores de la fe y del amor de Jesucristo, debe tambien consumirse delante de Dios bondadoso, como una víctima de penitencia y de amor.

El martes, 2 de marzo, Bernardica fué de nuevo á ver al Párroco de Lourdes, y le recordó la peticion que habia hecho *la Señora*. «Quiere, repitió la niña, que se le edifique un santuario en la gruta, y que se vaya á él en procesion.»

Los hechos se habian cumplido: habia manado la fuente milagrosa; los milagros ciertos, reconocidos, habian venido á acreditar la veracidad de Bernardica y la realidad de las apariciones; así es que, á pesar de su prudencia, el digno Párroco se habia convencido. Tenia, como todo el mundo, el sentimiento íntimo de que era la Vírgen santísima la que obraba todas estas maravillas.

—Te creo, dijo á Bernardica; pero lo que me pides en nombre de la Aparicion no depende de mí, sino del señor Obispo, quien está ya enterado de lo que pasa. Voy á verle, y á participarle lo que me pides: á él únicamente toca obrar.

Mr. Peyramale pasó en efecto á Tarbes: expuso los hechos al venerable Sr. Laurence, quien resolvió excederse, si era posible, en prudencia, dejar madurar el fruto y contentarse por de pronto con echar las bases de una informacion judicial, en la que fuesen examinados con la mas escrupulosa

imparcialidad todos los hechos pasados, presentes y futuros, instruyéndose un juicio en debida forma.

Al siguiente dia, miércoles 3 de marzo, era inmensa la afluencia á la gruta, á pesar de los cordones de tropa y pelotones de gendarmes que la autoridad civil habia escalonado por el camino de las Rocas de Massabieille, como si semejantes reuniones amenazasen degenerar en motin. Los temores, dirémos mejor, las esperanzas de esos hombres cortos de vista salieron fallidas: no dejó de reinar todo el dia en aquella muchedumbre el órden mas perfecto.

XVIII.

Maravillosa conclusion de la quincena.—Resurreccion del niño Justino.

El último de los quince dias, durante los cuales Bernardica *hacia* á la Reina del cielo *la gracia* de ir á la gruta, el dia que habia de cerrar esa série de numerosas maravillas era objeto de universales conjeturas. Aquellos que no habian asistido al espectáculo sobrehumano de Massabieille y los que lo habian ya visto querian presenciar la escena final.

Era jueves, dia de mercado en Lourdes. Toda la madrugada, mucho tiempo antes del alba, el camino de la gruta estuvo concurrido; y al rayar el alba esperaban ya mas de veinte mil personas, llegando continuamente otras muchas.

Jamás, antes ni despues, ni aun quizás en aque-

Una caritativa vecina preparaba ya la pequeña mortaja, y se esforzaba en sostener el ánimo de la desdichada madre.

Habíase puesto ya vidriosa la vista del niño, y sus miembros estaban rígidos é inertes, y no se percibia ya su respiracion.

—Está muerto, decia el padre.

—Si no es muerto, decia la vecina, va á morir. Id á llorar mas lejos; yo lo envolveré al momento con este paño.

Pero la madre no lloraba. Habíase apoderado de ella una esperanza.

—No ha muerto, exclama, y la Vírgen santísima de la gruta me lo curará.

—El dolor la vuelve loca, dice tristemente el padre.

En cuanto á ella, toma el cuerpo ya inmóvil de su hijo, lo envuelve con su delantal, y á pesar de los esfuerzos de su marido y de la amiga, se marcha corriendo como una loca, rogando en alta voz. «Acudo á la Vírgen,» dijo al salir.

Eran cerca de las cinco, y conforme hemos dicho, algunos centenares de personas se encontraban aun al rededor de la gruta y de la fuente. La pobre madre se arrodilló delante de la gruta, oró con todo su corazon; luego, arrastrándose de rodillas hasta el receptáculo, toma el cuerpo desnudo de su hijo muerto, ó moribundo, y lo sumerge todo en el agua milagrosa. Hacia un frio extremado, y el agua estaba helada.

Resonaron á su alrededor un grito de espanto y

murmullos de indignacion. «Esa mujer está loca, exclamaban por todas partes; va á matar á su hijo.» Quieren impedirlo, y ella permanece inmóvil teniendo á su hijo sumergido en el agua. «¡Dejadme, dejadme! responde con voz enérgica y suplicante á un tiempo. Quiero hacer cuanto de mí dependa; Dios y la santísima Vírgen harán lo demás.» El tierno niño estaba lívido, no se movia ni daba señal alguno de vida. «El niño está muerto, decian: dejémosla hacer, es una pobre madre traspasada de dolor.» Por espacio de un cuarto de hora la pretendida loca tuvo á su hijo en aquella agua glacial que lo habria muerto en menos de cinco minutos aunque hubiese gozado de perfecta salud. Nada pudieron con ella los gritos, las súplicas, ni las amenazas. El cuerpo del niño estaba helado, sin movimiento. Sin embargo, llena de fe su madre, lo sacó del agua, lo envolvió con su delantal y se lo llevó á su casa, sin cesar de rogar á la Vírgen.

«Tú ves bien que está muerto, decia el padre. —No, respondia ella, no está muerto. La Vírgen santísima nos lo devolverá,» y puso al niño en la cuna. Un instante despues se inclina hácia él: «Respira,» exclama. Precipítase el padre; su hijo, en efecto, respiraba. Tenia los ojos cerrados, pero no era aquello la muerte, ni era la agonía; sino un placentero, un profundo sueño. La Vírgen decia entonces desde el cielo á esa madre cristiana lo que Jesús decia en otro tiempo á la humilde y fiel cananea: «Anda en paz; tu fe te ha salvado.»

Durante la noche continuó la respiracion, fuerte

y regular, bajo las escudriñadoras miradas de la madre, que por cierto no dormia. A la mañana siguiente Justino se dispertó; su tez estaba fresca y viva, aunque la flaqueza no habia desaparecido aun. Sus ojuelos llenos de vida sonreian á su dichosa madre. Pide de mamar y se sacia abundantemente. No habia podido andar nunca, y sin embargo quiere saltar de la cuna; pero su madre, atónita, no pudiendo creer en una curacion tan completa y tan repentina, no se atrevia á ponerlo en el suelo. Así se pasó el dia, mamando el niño con avidez y con frecuencia, como si quisiese recobrar el tiempo perdido. La noche se pasó perfectamente.

El dia siguiente, 6 de marzo, por la mañana, el padre y la madre salieron temprano para ir al trabajo. El pequeñuelo dormia tranquilamente en su cuna. Cuando entró su madre al cabo de algunas horas, estuvo á punto de desmayarse al ver á su hijito, hasta entonces paralítico, moribundo, por no decir muerto la antevíspera, que se habia levantado solo, que andaba, corria, iba de mueble en mueble, alegre y lleno de vigor. Vióse obligada, para no caer, á apoyarse en la puerta. ¡Oh! ¡qué grito de amor y reconocimiento debió escaparse entonces de aquel maternal corazon y subir hasta el corazon de la Vírgen Madre!

El tierno Justino fué á echarse gozoso en brazos de su madre, que le abrazó sollozando. «Anteayer estaba ya curado, pues que queria levantarse y andar, y con una impía falta de fe se lo

impedí.» Y cuando entró su marido, le dijo: «Tú ves bien que no está muerto; la Vírgen santa le ha salvado.»

La buena vecina que la antevíspera habia preparado la mostaza de Justino no podia dar crédito á sus ojos. Le miraba y volvia á mirarle, creyendo soñar. «¡Es él, él en verdad! exclamaba. ¡Pobre Justino!» Arrodilláronse todos, y la madre juntó las manecitas de su hijo, á fin de que diese tambien gracias á la Madre de Dios.

Actualmente Justino es un muchacho de trece años, alto y robusto, sin que desde su curacion haya recaido. «Es un buen mozo, me decia en el mes de abril de 1870 el venerable párroco de Lourdes; es un buen muchacho, algo atolondrado, pero de buen corazon y que ama mucho á la Vírgen.»

Este milagro produjo en Lourdes y toda su comarca un efecto prodigioso. Tres médicos de fama certificaron su realidad. En su concepto tres circunstancias calificaban esta curacion de milagro propiamente dicho, milagro de primer órden: primeramente la duracion de la inmersion del niño moribundo en el agua helada; despues su efecto inmediato y que no tiene relacion alguna con las reacciones causadas por las lociones ordinarias de agua fria; y por último la facultad de andar manifestada desde que el niño hubo salido de la cuna.

«La madre, decia la relacion de uno de los médicos, ha tenido á su hijo durante mas de un cuarto de hora en el agua de la fuente; y por consiguiente ha buscado la curacion de su hijo en procedi-

mientos absolutamente condenados por la experiencia y por la razon médica, habiéndola sin embargo obtenido inmediatamente. La curacion del niño ha tenido lugar sin convalecencia y de una manera sobrenatural.»

Así es como la santísima Vírgen quiso coronar «su quincena.» Desde entonces quedó establecida la peregrinacion, y un manantial de gracias, salido del corazon de María, mas bien que de las grietas de la roca, manó fecundo y consolador, para no agotarse jamás.

XIX.

Ridículos esfuerzos de la policía para «ahogar el fanatismo y la supersticion.»

La policía y la administracion rivalizaron en celo contra la obra de Dios, contra la Vírgen santísima y contra la nueva peregrinacion que tantos prodigios acababan de inaugurar.

A la milagrosa curacion de Luis Bourriette, á la mas conmovedora aun del niño Justino, venian á unirse cada dia, por decirlo así, un número considerable de otras curaciones repentinas y evidentemente sobrenaturales. En Lourdes mismo el restaurador Blas Maumus habia visto desaparecer instantáneamente y disolverse un enorme lobanillo que tenia en la articulacion del puño. La viuda Crozat, hacia veinte años sorda como una tapia, habia recobrado repentinamente el oido haciendo

uso del agua milagrosa. Augusto Bordes, cojo desde mucho tiempo de resultas de un accidente, habia visto enderezarse instantáneamente su pierna y recobrar su vigor y forma natural. Estas personas y otras muchas eran de la poblacion y conocidas de todo el mundo, y cada uno podia tocar con el dedo la evidencia del milagro.

El diablo, la policía, la administracion no podian tolerar semejante órden de cosas. Dirigiéronse en primer lugar, y esto es muy sencillo, contra la inocente niña que la Vírgen habia elegido para dar orígen á la peregrinacion. Merced á la proteccion divina y gracias tambien al buen párroco Peyramale, Bernardica habia escapado á la tempestad. No era posible emprenderlas contra el poder invisible que obraba en la gruta y causaba «el escándalo.» Se resolvió, pues, dirigirse contra la misma gruta, contra la roca de Massabieille, contra la fuente; y no pudiendo cojer al pájaro, se quiso á lo menos herir á la jaula. Para tan hermosa hazaña el diablo escogió al prefecto con su burocracia y su administracion (1).

El prefecto de Tarbes era entonces un hombre de honradas intenciones, cristiano práctico, pero cristiano de agua dulce; como los hay en todas las regiones gubernamentales. Estos hombres, sin negar en teoría el milagro, lo rechazan absolutamente en la práctica. Para ellos todo lo que semeja á lo sobrenatural es quimera ó superchería; su pe-

(1) El prefecto es en Francia lo que en España el gobernador civil de la provincia. *(N. del E.)*.

queño nivel religioso es la regla perfecta encima de la cual no puede haber mas que fanatismo y superstición; para ellos un milagro, y en el siglo XIX es un escándalo.

Con tales sentimientos piadosos, fortalecidos por las relaciones de la inteligente policía, de que hemos hablado mas arriba, el entendido prefecto queria á toda costa hacer cesar las afluencias populares, que consideraba como «un peligro para el órden,» como capaces «de turbar las conciencias» y de perjudicar «los verdaderos intereses de la Religion.»

Corroboró su prudencia con la eminente del ministro de Cultos entonces reinante, el ilustre y devoto Mr. Rouland, y alumbrada por esta luz superior, su luz obró con todas las apariencias de infalible. Decidió que los milagros de Lourdes no eran una realidad, y obró en consecuencia. ¡Pobres espíritus estos! Llenos de sí mismos, soberbios, combaten á Dios con una buena fe trastornadora, y cometen verdaderos crímenes con sus honradas intenciones de que está empedrado el infierno. Son todos de la raza de Pilatos.

El prefecto quiso emplear un remedio radical para impedir que afluyese á la gruta la muchedumbre. Algunas semanas despues de la quincena milagrosa, reunió todos los alcaldes del país, y en un sermon administrativo, lleno de fuerza y de uncion, les hizo comprender que todo lo que en la gruta pasaba era ridículo, que esta supersticion deshonraba al país, que lo blanco era negro, y que

de buen grado ó á la fuerza era necesario que todo esto acabase. En su consecuencia y desde las alturas de su infalible autoridad excomulgó á la gruta, ordenó á su comisario de policía que quitase todos los objetos de piedad que la «superstición» habia depositado en ella, y que persiguiese como alienados ó propagadores de falsas noticias á cuantos hablasen de milagros, apariciones, etc.

Esta órden nada detuvo. Indignó y contristó á la multitud de peregrinos que continuó afluyendo piadosamente á las Rocas de Massabieille. El comisario de policía, á quien hemos visto ya ocupado en el asunto, se creyó en el deber de consumar el despojo de la gruta; pero en vista de la gran cantidad de objetos que debian quitarse, necesitaba una carreta ó una acémila. Acompañado de algunos guardias municipales, se dirigió á un maestro de postas. «No presto mis caballos para semejantes cosas, respondió este enérgicamente. No quiero sonar para nada en lo que va á hacerse. Instruid diligencias contra mí, si os conviene: yo no presto mis caballos.»

El comisario fué sucesivamente á llamar á la puerta de todas las posadas, de todos los alquiladores de carruajes: en todas partes obtuvo la misma negativa, la misma indignacion no disimulada. Veíasele ir y venir por las calles, seguido de sus agentes, confuso y conteniendo su cólera. En vano ofrecia hasta treinta francos por una carrera de menos de un cuarto de legua. Una mujer codiciosa le alquiló al fin un caballo y carruaje, con gran indignacion de todos los habitantes.

No paró aquí la cosa: una vez en la gruta, era preciso efectuar el despojo; pero la sacrílega operacion tropezaba con las dificultades del terreno, y mas aun, con la actitud mas y mas amenazadora de la poblacion entera que habia acudido á las Rocas de Massabieille.

El ejecutor de las altas órdenes del prefecto empezó por la plata y alhajas ofrecidas á la Vírgen santísima y que el mas resuelto bandido no se habia atrevido á tocar hasta entonces. Despues arrebató los ramilletes é hizo ademan de echarlos al torrente; pero le detuvo un significativo murmullo de la muchedumbre. Sus movimientos tenian algo de convulsivos; y á fin de apresurar la tarea llamó en su ayuda á un muchacho que allí se encontraba. «Toma, le dijo, presentándole un cuadro, lleva esto á la carreta.» El niño alargó maquinalmente las manos, pero un camarada le gritó en seguida: «¡Desgraciado! ¿qué vas á hacer? Dios te castigará.» El muchacho retrocedió, y ninguna insistencia del comisario pudo hacerlo mover. Los pobres guardias municipales desempeñaban su oficio con una repugnancia que no podian disimular.

Cuando estuvo despojada la gruta, el comisario quiso aun quitar una balaustrada de madera que se habia colocado á la entrada de la gruta por un sentimiento de religioso respeto. Necesitaba un hacha, y fué á pedirla á la carpintería del molino. Todos los obreros uno tras otro se negaron. Un poco mas lejos, un obrero que trabajaba solo, no se atrevió á resistir y dejó que le tomase el hacha.

El comisario tuvo que ejecutar por sí mismo el trabajo, pues nadie quiso ayudarle. Cuando resonaron los primeros golpes del hacha, la indignacion popular llegó á su colmo. Estaba cerca de allí el torrente, y solo un minuto faltó para que no sucediese una desgracia. Comprendiólo así el culpable y se detuvo. Pálido, todo aturdido, se dirigió á la multitud, y con voz alterada por el miedo, quizás tambien por el remordimiento, dijo que no hacia mas que obedecer, y pidió, por decirlo así, perdon por los actos innobles que ejecutaba. Despues, consumado ya todo, regresó á Lourdes con los despojos de la santísima Vírgen.

Aquella misma tarde la multitud, para protestar contra aquella impiedad, acudió en mayor número que nunca á la santa peregrinacion, y en un instante quedó la gruta llena de flores é iluminada con mil velas.

El dia siguiente, por una coincidencia que á nadie pasó desapercibida, y que consoló á los buenos é hizo reflexionar á los malos, la mujer que no se avergonzó de prestar al comisario el caballo y la carreta, se cayó de un desvan y se rompió una costilla, y al obrero que no se atrevió á negar el hacha, le aplastó los piés la caida de una viga.

Las ridículas é inícuas medidas de la policía no hicieron mas que acrecentar el ardor de la gente que cada dia iba á orar á la gruta. Durante el mes de mayo fueron allí á celebrar el mes de María muchas personas piadosas; pero con gran descré-

dito de la policía no ocurrió el menor desórden, ni el mas leve delito.

Entonces la administracion prefectoral tomó un partido violento y que creyó decisivo. El 8 de junio, en virtud de un decreto que invocaba el interés de la Religion y de la salud pública, amenazada por el uso libre é imprudente del agua que se afectaba creer mineralizada en alto grado, la policía quitó de nuevo en medio de la general indignacion todos los objetos depositados en la gruta y la cerró con tablas de madera. Se privó el acercarse á ella y prohibióse formalmente el sacar agua. En lo alto de la roca, donde ahora está el ábside de la capilla, se fijó un poste con estas palabras: *Se prohibe entrar en esta propiedad.*

Los municipales y los gendarmes daban la guardia, y sin embargo se burlaba la prohibicion, descendiendo furtivamente á riesgo de ser sorprendidos. A menudo se reunian varias personas, y quedando una de ellas de centinela encima de la roca vigilando la llegada de los empleados, las demás oraban en la gruta. Instruyéronse una porcion de diligencias criminales, y tuvieron que comparecer ante el juez de paz pobres mujeres y obreros, por haber quebrantado la prohibicion.

Estas medidas vejatorias encendieron en el pueblo una ardiente irritacion, corriendo rumores amenazadores. Con todo, los mas exasperados supieron contenerse sin apelar á la menor violencia. Debe contarse entre los sucesos memorables de aquel tiempo la calma con que la poblacion obrera

de Lourdes atravesó aquel período de absurda persecucion. Debióse, despues de la Vírgen santísima, á algunos hombres de influencia con los obreros, que supieron mantenerlos dentro de la legalidad y la paciencia; pero el honor corresponde principalmente al digno párroco de la poblacion, cuya enérgica palabra ejerció en su pueblo el mas saludable imperio.

Cuando los peregrinos querian orar con libertad delante de la gruta bendita, tanto mas amada, cuanto que la disputaba á su fe una oposicion injusta y arbitraria, iban á la otra orilla á arrodillarse sobre el césped de los prados ó sobre la arena que habia quedado en seco en el cauce mismo del torrente. Como el nicho de la aparicion dominaba las tablas que cerraban la entrada, dirigian desde lejos sus miradas á la excavacion santificada por la santísima Vírgen, y se retiraban con el consuelo de haber podido dirigir allí sus oraciones.

Pronto el número de personas sorprendidas fué muy considerable, y en las listas de la policía figuraron nombres de extranjeros muy embarazosos. Los autores de estos procedimientos comprendieron que incurrian en ridículo y se hacian odiosos con su severidad, por otra parte impotente; por lo cual depusieron su rigor y dejaron hacer.

La prefectura dirigió tambien sus tiros contra el agua de la gruta. Durante la lucha entre los hombres, la Vírgen no dejó de continuar sus curaciones. Aquella fuente, proclamada siempre y con mayor fuerza de voz como milagrosa, favorecia «la

supersticion,» y era preciso destruir tal creencia.

No pudiendo negar la realidad de las curaciones repentinas é imposibles segun los recursos conocidos de la medicina, se pretendió que la fuente era una riqueza mineral, superior á la de todas las aguas de los Pirineos. Por una débil complacencia un oscuro químico del país le encontró, en efecto, propiedades curativas muy poderosas; y se publicó que Lourdes poseia una fuente termal sin igual. Poco crédito mereció la noticia y por corto tiempo; recurriéndose mas adelante á otros químicos para averiguar la verdad, quienes estuvieron contestes en afirmar que el líquido que se les presentaba no contenia sustancia alguna mineral. Mr. Filhol, profesor de química en la facultad de Tolosa, despues de haber analizado el agua de Massabieille por todos los medios conocidos, declaró en 7 de agosto en un brillante informe que era simplemente agua ordinaria, potable, pero sin la menor propiedad terapéutica.

Contra el infierno y contra los hombres, la causa de las apariciones fué difundida tan solo por ella misma y por la creencia pacífica del pueblo. El clero nada hizo contra ella; mas tampoco la sostuvo: obró como incrédulo en un principio. Los curas que pudieron estar bien enterados, viendo el carácter de santidad que presentaban las visiones, entraron en una respetuosa duda; un poco mas adelante prestaron dichosamente la adhesion de su alma. Un gran número empero continuaron vacilando largo tiempo.

Mas por una prudencia inexplicable actualmente para los testigos de este entusiasmo popular, que arrastraba hasta á los mismos impíos, y gracias á una disposicion de la Providencia que no quiso tuviese apariencias de accion humana una obra de la Vírgen Inmaculada, no se presentó jamás un solo clérigo entre la muchedumbre en todo el tiempo que duraron las apariciones.

La peregrinacion de Lourdes fué, pues, obra exclusiva de la Vírgen; ella sola lo hizo todo. La policía fué vencida, vencidos fueron la administracion y el prefecto. Una órden formal, emanada de la autoridad soberana, restituyó á la piedad de los peregrinos el libre acceso á la gruta bendita; y desde entonces no ha venido á perturbar su paz y dulzura ninguna tentativa de los humanos poderes.

Inhabilitado ya para el país el malhadado prefecto, fué nombrado para la primera prefectura vacante, y por una notable terquedad de la Providencia, fué expulsado por Nuestra Señora de Lourdes, para caer bajo la dependencia de Nuestra Señora de la Saleta: de Tarbes pasó á Grenoble. Incorregibles como son todos los católico-liberales, gubernamentales y semiracionalistas, decia con frescura que si hubiese sido prefecto de Grenoble en 1846, hubiera puesto órden á la aparicion y «á las supersticiones» de la Saleta. Algunos años despues murió allí de un ataque de apoplegía. ¡Dios se haya apiadado de su alma!

El procurador imperial de Lourdes, igualmente inhabilitado, fué trasladado, lo mismo que el ilus-

tre comisario, el cual, segun dicen, ha llegado á ser uno de los sabuesos mas distinguidos de la alta policía.

XX.

Aparicion del 25 de marzo.—«Yo soy la Inmaculada Concepcion.»

Pasada la quincena, la jóven Bernardica iba todos los dias á la gruta. Rezaba allí el Rosario, como los demás peregrinos; sus ojos permanecian largo tiempo fijos en el fondo de la peña; pero la dulce Vision no aparecia, y sus transfiguraciones habian cesado.

El plazo de las promesas habia espirado. Con todo, el pueblo esperaba siempre volver á ver el maravilloso éxtasis, y cada vez que la jóven se dirigia á Massabieille, se precipitaba á su paso. Creia ir con ella al encuentro de la Vírgen. Bernardica no esperaba ya volver á verla. La voz que advertia á su alma, cuando María habia de aparecer durante los quince dias, estaba muda desde entonces.

El 25 de marzo, festividad de la Anunciacion, Bernardica se siente fuertemente *empujada* hácia la gruta; obedece dichosa al interior impulso, y se traslada á Massabieille. La solemnidad del dia, la esperanza incierta, pero general, de que apareceria la Vision, atrajo una concurrencia extraordinaria. Sorprendióse Bernardica al hallarla. Púsose en oracion, con el rosario en la mano, y pronto un sú-



bito estremecimiento y la alteracion de su rostro anunciaron que se aparecia la Vírgen.

Fué aquel un gran dia en la historia de las apariciones.

Bernardica habia pedido muchas veces á la misteriosa Señora que le revelase su nombre, y no habia obtenido mas que sonrisas. En este momento de éxtasis, recordando que el señor párroco le habia recomendado especialmente que se lo pidiese cuando volviese á verla, dijo: «¡Oh Señora mia! ¿quereis tener la bondad de decirme quién sois, y cuál es vuestro nombre?»

Pareció que la Vision resplandecia mas; sonriendo siempre, sonrió con mas benignidad, y esta fué su única respuesta.—«Señora mia, replicó la niña, ¿quereis decirme quién sois?» Los mudos labios de la celeste Aparicion brillaron con un prolongado y divino sonrís.

«O Señora mia, os suplico me digais vuestro nombre; debeis manifestarme quién sois.» Desde el centro de la aureola el virginal rostro envia á la querida niña una nueva sonrisa, la mas arrebatadora sin duda... Despues la Señora aparta su vista de Bernardica, separa sus manos, hace deslizar en su brazo el rosario que tenia en sus dedos unidos á la altura de la cintura, levanta á un tiempo sus manos y su cabeza radiante; en tanto que sus manos se juntan delante del pecho, su cabeza se afirma, y mas radiante que nunca, dirigida la vista á la gloria del cielo, dice: «Yo soy la Inmaculada Concepcion.»

Sin otra mirada á la niña, ni otra sonrisa, ni el

adios acostumbrado, desapareció en la misma actitud, dejando en el alma de Bernardica esta imágen y este nombre.

Bernardica, extremadamente gozosa, tenia prisa por ir á revelar al señor párroco el nombre, por fin conocido, de la Señora. Mas ella no comprendia del todo estas palabras: *Inmaculada Concepcion;* en aquel momento, en el esplendor de la aparicion, las habia oido por la vez primera.. Y estas palabras ignoradas no le descubrian quién era la Señora. Tenia miedo de olvidarlas, y las repetia en todo el camino: « Yo soy la Inmaculada Concepcion. »

Comprendiólo el párroco; el pueblo cristiano lo comprendió; no se habia engañado. Era Ella, la Vírgen María, la Madre de Dios.

Esta aparicion, divulgándose con nueva magnificencia y dulzura, cuando nada la hacia esperar y al parecer se habian concluido las celestes apariciones, parecia el coronamiento de la obra de María en la gruta. Ella aclara el misterio por tanto tiempo velado de sus quince primeras visitas. La Señora habia hecho presentir su nombre, y el pueblo, á la narracion de la atónita niña, decia: ¡María!— pero queria oirse de sus labios. Dignóse descender una vez mas y decirlo: «Yo soy la Inmaculada Concepcion.»

En parte alguna del mundo y en ninguna de sus apariciones se habia llamado con este nombre. María por su propia boca da á la gruta de Lourdes una gloria única, la de ser el solo santuario, señalado por el cielo, de la Inmaculada Concepcion.

Ella revela el pensamiento divino sobre la naciente peregrinacion. La Inmaculada Concepcion es su objeto y será su riqueza.

En esta palabra tienen los peregrinos toda su oracion; ella encierra el secreto de sus esperanzas. En las maravillas de Lourdes prepara Dios una nueva glorificacion á la Concepcion Inmaculada. En honor de la Inmaculada Concepcion y por virtud de la Inmaculada Concepcion brotarán de la fuente las curaciones; y en la gracia de la Inmaculada Concepcion hallarán los pecadores las alegrías de la misericordia. Los cirios encendidos debajo del peñasco honrarán con sus luces la pureza sin mancha de María; los pueblos vendrán á celebrar la Inmaculada Concepcion con sus magníficas é innumerables procesiones, y las piedras todas de la buscada capilla alabarán á la Inmaculada Concepcion.

Bernardica conservó vivo el recuerdo de la Vírgen glorificándose delante de ella por su Inmaculada Concepcion. Es este quizás el recuerdo que mas vivo ha conservado en su memoria. Hásele pedido muchas veces que reprodujese aquella augusta escena.

La jóven se recogia y decia: «Hizo así...» Y sus manos, su cabeza, su mirada imitaban los movimientos de la Vírgen. En el simple hecho de levantar las manos y de juntarlas extendidas sobre el pecho, habia tanta dignidad y tanta gracia; era tan grave y dulce su rostro; y su mirada, dirigiéndose al cielo, tomaba tal expresion, que al verla se experimentaba una admiracion involuntaria

niña transfigurada, mostrando el poderío de su belleza en el éxtasis de esa alma elevada por un irresistible arrobamiento. Quiso aquel dia tributarse á sí misma un triunfante testimonio.

Vino otra vez para poner á su obra el sello divino, y asegurar la fe y la gloria de su nombre por el sello inimitable del milagro.

¡Espectáculo admirable y bello! la niña contempla á la Señora, ora y sonrie; presenta sus tiernas manos á la llama, y esta las toca, las acaricia y no las quema. Ese cirio bendecido, que se consume como una oracion, respeta á la jóven, mientras está con la *Inmaculada Concepcion*. Vese por mas de un cuarto de hora como el fuego lame sus manecitas y la niña sonrie.

Así es como la multitud vió á Bernardica en la última aparicion pública; y tal es el divino, el último recuerdo que de su presencia deja la blanca Señora del rosal, la Vírgen de la gruta, de la fuente de los milagros, del rosario, de la luz, de las rosas, de las sonrisas, *la Inmaculada Concepcion*.

Bernardica pudo verla una vez mas, pero casi sola y mucho tiempo despues, para ser fortalecida y consolada.

XXII.

Curacion milagrosa del jóven Enrique Busquet.

Los milagros se multiplicaban bajo la accion del agua de la gruta, como las flores bajo la accion del rocio de la primavera. Ya se perdia, por decirlo así, la cuenta de ellos. Hé aquí, entre cien otros, uno cuya autenticidad ha sido proclamada por los médicos, al mismo tiempo que por la autoridad eclesiástica.

Existia entonces en Nay, en los Bajos Pirineos, un jóven de quince años, llamado Enrique Busquet, cuya salud estaba perdida y su sangre profundamente viciada á consecuencia de una fiebre tifoidea que padeciera dos años antes. En la parte derecha del cuello se le habia formado un enorme absceso, de carácter escrofuloso maligno, que insensiblemente habia invadido la parte alta del pecho y la inferior del carrillo. Al cabo de cuatro meses y de resultas de una operacion que se creyó necesaria, una llaga horrible, grande, que daba una abundante supuracion, se extendia por toda la parte enferma. Además, en derredor de la úlcera habíanse formado dos nuevas hinchazones de las glándulas.

Habian sido inútiles todos los tratamientos empleados: las aguas de Cauterets habian producido antes mal que bien, y el estado del pobre enfermo empeoraba de dia en dia.

Enrique era muy piadoso. Oyó hablar de las maravillas de Lourdes y del manantial milagroso. No pudiendo ir allí, pidió á una buena vecina que iba á hacer la peregrinacion, que le trajese un poco de aquella agua. Estaba convencido de que la santísima Vírgen lo curaría: presentimiento habitual en aquellos á quienes se dispone á visitar la gracia de un milagro.

El 28 de abril por la tarde, se le trajo la tan deseada agua. Arrodillóse en union de sus padres, hermanos y hermanas, todos cristianos fieles, sencillos, confiados. Enrique se inclinó para proceder mas cómodamente á las lociones. El doctor habia recomendado mucho que el agua fria no tocase nunca su llaga, de lo contrario se seguirian, segun decia, infaliblemente complicaciones muy graves. Mas para el piadoso jóven la bondadosa Vírgen era antes que el médico, y el agua de la gruta no era «agua fria.»

Quitóse, pues, los vendajes é hilas que encubrian su úlcera y tumores, y con un lienzo empapado en la milagrosa agua, bañó sus horribles llagas. « Es imposible, pensaba, que la santísima Vírgen no me cure.» Y allí mismo se durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente, al dispertarse, estaba curado, completamente curado. Nada de llaga, nada de tumores, nada de sufrimientos; como recuerdo, la bondadosa Vírgen le habia dejado la cicatriz de su extensa úlcera; pero esta cicatriz era completa y blanca, tan sólida como si la mano del tiem-

po la hubiese lentamente formado. La curacion habia sido radical, súbita y sin convalecencia.

Mas aun, el temperamento del jóven Enrique, hasta entonces escrofuloso y sustancialmente alterado, volvió al mismo tiempo á su estado normal. En efecto, desde aquel dia Enrique Busquet quedó completamente curado; creció lleno de vigor y de salud. «Actualmente, dice un testigo ocular, es un guapo y robusto jóven de veinte y ocho años de edad, que ejerce como su padre el oficio de yesero, cantando todo el dia, no canciones obscenas ó picarescas, sino honestas y alegres canzonetas, ó bien cánticos en honor de su inmaculada Bienhechora.»

La relacion de los médicos ha atestiguado sin rodeos el carácter sobrenatural de esta curacion. «Colocamos este hecho, se dice en ella, entre aquellos que tienen plenamente y de una manera evidente el carácter sobrenatural.»

El médico que hasta entonces habia asistido al jóven privilegiado de María declara con no menor franqueza que «esta súbita curacion era maravillosa y divina.»

XXIII.

Décimaoctava y última aparicion de la santísima Vírgen á Bernardica.

Hemos dicho que Bernardica pudo ver otra vez á la Vírgen y recibir un supremo consuelo de Aquella que la habia hecho sufrir para la nueva obra de su amor. La pobre niña habia en efecto sufrido persecuciones, como antes hemos dicho, y las habia suportado con una gran constancia, dulzura y sencilla humildad.

Era la tarde del 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Bernardica sentia el misterioso atractivo que otras veces la habia llamado á la gruta. Participólo á su familia, y la mas jóven de sus tias se ofreció á acompañarla. Se avisó á otras dos personas de Lourdes, que habian manifestado vivos deseos de seguir un dia á Bernardica confiando ver el éxtasis, y partieron juntas las cuatro.

La gruta estaba entonces cerrada de órden del prefecto; y Bernardica, menos que ningun otro, podia pisar aquel lugar prohibido. Bajaron todos por las praderas contiguas á la ribera opuesta del torrente. Frente de la gruta se arrodillaron á cierta distancia de un grupo de personas que oraban sin apercibirse de los recien llegados, y rezaron *Ave Marías* con el rosario en la mano. Era al anochecer.

Las manos juntas de Bernardica se separan y

caen repentinamente como por un movimiento de sorpresa. Sus compañeras suponen llegado el éxtasis. A los últimos resplandores del dia ven ponerse pálido su rostro y brillar sus ojos. En aquel momento una mujer se acerca con una vela encendida y se arrodilla no lejos de Bernardica, sin dudar de la maravilla. La claridad se refleja en el rostro transfigurado de la niña. Por vez última la tia de Bernardica contempla á su sobrina con su radiante palidez, con la beatitud de su mirada, perdida en el seno de las bellezas y de la gloria de la Vírgen María. Admiradas las dos compañeras, miran silenciosas; y la dichosa niña, olvidando á la tierra, se embriaga con las delicias que María le trae del Paraíso por la vez décimaoctava.

Despues casi de un cuarto de hora, el éxtasis cesa. Bernardica habia recibido el último adios...

Habló de la vision con una profunda impresion de felicidad. A los primeros rayos que la anunciaron, todo lo perdió de vista, el torrente, la barrera; solamente veia á la Vírgen y su blanco ropaje, y su velo, y su cinturon azul, y su aureola, y su dulce mirada, y sus sonrisas... Nunca la Madre de Dios se habia aparecido tan gloriosa. Su rostro semejaba al niño mas bello y mas radiante; la luz era mas magnífica que nunca.

Esta aparicion casi solitaria fué toda para la niña. Ha sido poco conocida, y no ha ejercido influencia alguna sobre las creencias del pueblo.

La pobre niña Bernardica habia llenado su mision con una sencillez llena de valor, con un fervor

mas fuerte que todas las pruebas. Habia sufrido, habia combatido por la Señora de las Rocas; debia sufrir, debia combatir aun mas. La vuelta inesperada de la santísima Vírgen acreditó que estaba contenta de su niña; y en los inefables gozos de ese cuarto de hora del cielo, le dió la recompensa del pasado con la fuerza del porvenir.

XXIV.

Bernardica desde las apariciones.

La humilde y dichosa jóven, que la santísima Vírgen habia elegido para obrar por ella tan grandes cosas, permaneció despues de las celestes visiones tal como antes era; la Vírgen santísima la conservó con toda su sencillez, modestia y candor. Nada extraordinario se notó despues en ella, como no fuese aquella tranquila y dulce humildad, con la cual despreciaba, por decirlo así, la vanagloria y las incesantes curiosidades.

En la escuela jugaba, saltaba, se entretenia, paseaba como las demás niñas. Su inteligencia habia continuado siendo no mas que comun; y se pasó largo tiempo antes que supiese leer y escribir. Era piadosa, edificante; pero nada la distinguia de las otras niñas piadosas. Hablaba poco, su lenguaje era bastante frio; todo su mérito se resumia en lo que habia agradado á la Reina de los Angeles: la inocencia de una vida pobre y oscura, el candor del espíritu, la rectitud de su conciencia.

Bernardica hizo su primera Comunion en este mismo año 1858, el 3 de junio, jueves de *Corpus*. Esperábase para este dia algo extraordinario; pero nada ocurrió, nada sino que una buena jovencita hizo piadosamente su primera Comunion.

Por espacio de dos años mas concurrió á la escuela. Algunos meses despues de su primera Comunion, fué admitida en la congregacion de la Vírgen santísima, en la que continuó edificando á todo el mundo, sin admirar á nadie. En 1860 las Hermanas de la Caridad de Nevers, que servian en el hospicio de Lourdes, dirigiendo al propio tiempo la escuela, le ofrecieron un abrigo tutelar, y desde aquel dia permaneció bajo su techo. Era siempre la misma; su salud era delicada, fatigada por el asma, y puede añadirse que por las contínuas visitas de los peregrinos y curiosos.

Esta afluencia aumentaba de dia en dia. Fiel á la gracia de publicidad que habia sido el carácter de los milagros de la sagrada gruta, Bernardica no se ocultaba á las miradas, á las preguntas, hasta á las indiscreciones de nadie. Espontáneamente no hablaba nunca de los favores sobrenaturales de que habia sido objeto; preguntada, respondia lacónicamente, con mucha claridad, y, cosa admirable, sin dejar percibir la menor emocion. Era simplemente un testigo, sencillo y sincero, que decia lo que habia visto, que repetia lo que habia oido; ni mas, ni menos.

Cuando comprendia que las personas que la interrogaban habian tomado el partido de no creer-

la, evitaba toda contestacion. « Hé aquí lo que he visto y lo que sé, decia sin pesar y casi con indiferencia; ¿si no quereis creerlo, qué haré?» Y se callaba.

En un principio, cuando se la amenazaba y se probaba el hacerle decir que mentia, contestaba con una entereza impropia de su edad: « Haced lo que querais; primero iré á la cárcel antes que decir que mis palabras no son verdaderas.»

Sin embargo, Dios bondadoso hacia brillar de una manera inexplicable la pura verdad de las palabras de Bernardica; él le daba un poderío irresistible, y esta niña que naturalmente no tenia nada de lo que es necesario para convencer y conmover, conmovia y convencia casi siempre. Un magistrado protestante, sábio jurisconsulto, fué un dia á visitar á Bernardica con un eclesiástico conocido suyo. Entrambos la interrogaron. El protestante escuchaba con profundo interés; poco á poco lo dominó la emocion, y prorumpió en llanto. «Señor Cura, le dijo al salir, se puede disputar, se puede tratar de explicar los prodigios de la gruta: en cuanto á mí, la fuerza de la conviccion está en que esa niña me admira y me conmueve. Algo hay en esto.»

Ante las contradicciones sinceras, Bernardica hallaba siempre con extraña felicidad la respuesta necesaria. Enojábase un poco únicamente cuando se trataba de defender el honor de la verdad, y por consiguiente el honor de la santísima Vírgen. Un excelente cristiano, aparentando no creer que esta se hubiese expresado en patués de Bearne, decia á

Bernardica: « Te engañas, hija mia. Dios y la santísima Vírgen no comprenden tu patués; no conocen este miserable lenguaje. —Si no lo supiesen, caballero, respondió con blandura la niña, ¿cómo lo sabríamos nosotros? ¿Y si ellos no lo comprendiesen, quién nos haria capaces de comprenderlo?...»

«¿Cómo la Vírgen santísima ha podido mandarte que comieses hierba? le dijo otra vez un *espíritu fuerte*. ¿Es que te tomaba, pues, como una bestia? —¿Pensais esto de vos cuando comeis ensalada?» replicó al punto la niña con una ligera sonrisa.

Lo hemos dicho ya, ni Bernardica, ni sus pobres padres quisieron nunca aceptar nada de los innumerables visitantes que, sea por bondad de corazon, sea para tentarlos, les hicieron mil veces ofertas las mas seductoras. Las negativas de la niña fueron siempre tan firmes, tan acentuadas, que muchos han creido que esta era una de las tres recomendaciones secretas dirigidas por la Vírgen á su privilegiada niña.

Una señora, conociendo el rigor de su delicadeza y al mismo tiempo la miseria en que vivian sus padres, deslizó furtivamente un dia dos piezas de oro en su bolsillo. Bernardica se apercibió, su mano retiró con viveza las dos monedas, y con un sentimiento de dignidad ofendida, le dijo:

—Señora, os doy gracias, pero no guardaré vuestro oro.

—Pero, hija mia, tus padres son pobres, replicó con ternura la señora; te lo doy con todo mi cora-

zon. ¡Pobre niña! quizás no tengas siempre pan.

—¡Oh! señora, no siempre, pero necesito tan poco!

La generosa señora tuvo que recoger su dinero.

Otro dia, un buen sacerdote, muy conmovido, le ofrece una moneda de plata. Ella rehusa, él insiste, vuelve ella á rehusar.

—Tomad por favor; no será para vos, será para los pobres. Tendréis el placer de hacer limosna.

—Hacedla vos mismo á mi intencion, señor Cura, contestó la niña; valdrá así mas que si yo la hiciese.

Sin embargo, Bernardica crecia en edad. A medida que adelantaba en la vida, se sentia mas y mas disgustada del mundo y del ruido, y resolvió consagrarse á Dios en la vida religiosa. Despues de haber sido la mensajera y el apóstol de la Vírgen Inmaculada durante los primeros años de la peregrinacion de Lourdes, despues de haber hecho así un bien inmenso, incalculable, entró en julio de 1866 en el noviciado de las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde hizo sus votos el 30 de octubre de 1867, bajo el nombre de sor María Bernarda. Tenia entonces poco mas de veinte y tres años.

Era siempre la misma Bernardica, sencilla, humilde, afable, siempre sufrida, siempre digna de las miradas inmaculadas de la santísima Vírgen. «Su fisonomía, dice una persona que ha tenido la dicha de verla muy recientemente, conserva el carácter y la gracia de la infancia. Tiene un encanto incomparable, un encanto que no es de este mun-

do; su sola vista eleva el alma, y al dejarla se va uno embalsamado por el perfume de la inocencia. Por otra parte, nada presenta de extraordinario, nada que llame la atencion y haga adivinar los sublimes favores de que ha sido objeto. Dios la visita aun, no por brillantes apariciones, sino por la prueba sagrada del sufrimiento. Está á menudo enferma y tiene la dicha de sufrir mucho. Soporta sus dolores con dulce y casi regocijada paciencia. Muchas veces se ha creido verla morir: «No «moriré todavía,» decia sonriendo.»

Como en otro tiempo hacia en Lourdes, á menos que no se le pregunte, no habla nunca de los prodigios de que ha sido el instrumento. No busca mas que el retiro, el silencio y recogimiento.

«Es siempre una encantadora niña, escribia por su parte una Religiosa de la Comunidad; es piadosa como un Ángel, cariñosa como un cordero, sencilla como la paloma. ¡Que Dios se digne conservárnosla! ¡Hace tanto bien el solo verla!»

XXV.

Juicio episcopal é institucion canónica de la peregrinacion.

Desde los primeros meses el venerable y reverendísimo Laurence, entonces Obispo de Tarbes, avisado por el cura de Lourdes, estaba vivamente preocupado por los acontecimientos extraordinarios de que la gruta de Massabieille habia sido y conti-

nuaba siendo testigo. En 28 de julio de 1858 habia nombrado una comision compuesta de eclesiásticos doctos y prudentes, de médicos y de sábios tan respetados por su sabér como por su carácter.

Mucho tiempo tardó el señor Laurence en dar á conocer su decision. Quísolo así la Providencia; quiso que la peregrinacion de Lourdes se fundase por sí misma, sobrenaturalmente y sin el concurso de potestad alguna terrenal, ni aun de la mas divina de todas, la de la Iglesia. Sola, la inmaculada Vírgen habia de ser el alma de esta incomparable maravilla, desde luego por sus misteriosas apariciones á la niña Bernardica, despues por las incesantes y milagrosas efusiones de misericordia, cuyo renombre se extendia ya por toda la Francia.

El juicio del prudente y piadoso Obispo no contribuyó, pues, en nada al establecimiento y á la gloria de la peregrinacion de Nuestra Señora de Lourdes. Cuando habló el Obispo, estaba ya fundada la peregrinacion; brillaba con todo su esplendor, y el decreto de la autoridad eclesiástica no hizo mas que certificar, que confirmar lo que existia. Antes de darlo el señor Obispo quiso ver é interrogar por sí mismo á la niña Bernardica. En una solemne sesion de la comision investigadora, hízola comparecer á su presencia, y ella repitió por última vez su relato, respondiendo á todas las preguntas que dictaba á aquellos hombres la conciencia del gran acto que preparaban. Cuando al referir la aparicion del 25 de marzo, Bernardica imitó la actitud y el gesto de la «Señora» en el momento en

que decia: *Soy la Inmaculada Concepcion,* vióse correr dos gruesas lágrimas por el rostro austero del anciano Obispo. Despues de la sesion, dijo conmovido todavía: «¿Habeis observado á esa niña?» y no cuidó de disimular la profunda impresion que habia experimentado.

Por fin, hecha plenamente luz, discutidas que fueron concienzudamente las objeciones posibles, y completamente resueltas, habiendo la fe, la sana razon y la ciencia pronunciado su última palabra; el Obispo publico el dia 18 de enero de 1862, casi cuatro años despues de la primera aparicion, un decreto conteniendo el juicio sobre las apariciones de la gruta de Lourdes.

La parte dispositiva de este decreto estaba concebida en los siguientes términos:

«Despues de haber conferenciado con nuestros venerables hermanos los Dignatarios, Canónigos y Capítulo de nuestra Iglesia catedral, invocando el santo nombre de Dios;

«Fundándonos en las reglas sábiamente trazadas por Benedicto XIV para el discernimiento de las apariciones verdaderas ó falsas;

«Vista la relacion favorable que nos ha sido presentada por la comision encargada de informar sobre la aparicion en la gruta de Lourdes y los hechos que á ella se refieren;

«Visto el dictámen escrito de los doctores en medicina, á quienes hemos consultado acerca de las numerosas curaciones obtenidas á consecuencia del uso del agua de la gruta;

«Considerando primeramente que el hecho de la aparicion, ora en la niña que la ha referido, ora en los efectos extraordinarios que ha producido, no puede explicarse sino por la intervencion de una causa sobrenatural;

«Considerando en segundo lugar que esta causa no puede ser sino divina, puesto que, siendo los efectos producidos, los unos señales sensibles de la gracia (como la conversion de los pecadores) y los otros derogaciones de las leyes de la naturaleza (como las curaciones milagrosas), no pueden atribuirse mas que al Autor de la gracia y al Dueño de la naturaleza;

«Considerando finalmente que nuestra conviccion está confirmada por la concurrencia inmensa y espontánea á la gruta de los peregrinos, concurrencia que no ha cesado desde las primeras apariciones, y cuyo objeto es pedir favores ó rendir gracias por los recibidos;

«A fin de responder á la legítima impaciencia de nuestro venerable Capítulo, del clero, seglares de nuestra diócesis y de tántas almas piadosas que reclaman hace tiempo de la autoridad eclesiástica una decision que motivos de prudencia nos han hecho retardar;

«Queriendo tambien satisfacer los deseos de muchos de nuestros colegas en el episcopado y de un gran número de personajes distinguidos, extraños á la diócesis;

«Despues de haber invocado las luces del Espíritu Santo y la asistencia de la Vírgen santísima,

«Hemos declarado y declaramos lo siguiente:

«*Juzgamos que la Inmaculada* María, Madre de Dios, *ha realmente aparecido á Bernardica Soubirous en* 11 *de febrero de* 1858 *y dias siguientes, en número de diez y ocho veces, en la gruta de Massabieille, cerca de la poblacion de Lourdes: que esta aparicion reviste todos los caracteres de la verdad, y que los fieles pueden con fundamento creerla cierta.*»

El señor Laurence añadia que sometia este juicio al supremo del Romano Pontífice; autorizaba en su diócesis el culto de Nuestra Señora de Lourdes; y proseguia: «Para conformarnos á la voluntad de la santísima Vírgen, muchas veces expresada al tiempo de la aparicion, nos proponemos levantar un santuario en el sitio de la gruta, que ha pasado á ser propiedad de los Obispos de Tarbes.» Y á este efecto el piadoso Obispo hacia un llamamiento á la caridad de todos los fieles celosos de la gloria de la Inmaculada Concepcion.

Algunos años despues, el Soberano Pontífice, sin pronunciar un juicio propiamente dicho sobre las apariciones sagradas de la gruta, confirmaba indirectamente la sentencia del Obispo de Tarbes. En un Breve dirigido en 4 de setiembre de 1869 al célebre historiador de *Nuestra Señora de Lourdes,* el Papa le felicitaba porque acababa de «probar y establecer la reciente aparicion de la misericordiosísima Madre de Dios; y esto de tal manera que la misma lucha de la malicia de los hombres contra la misericordia divina sirve precisamente para ha-

cer resaltar con mas fuerza y viveza la *luminosa evidencia del hecho.*» Así, pues, de hoy mas pueden grabarse en la roca de Massabieille bajo la augusta firma de Pio IX estas palabras que el Espíritu Santo ha dictado á su corazon: «La aparicion de la Inmaculada Concepcion en la gruta de Lourdes es un hecho de verdad evidente.»

El llamamiento del venerable Obispo fué atendido. Se adoptó un magnífico plano de iglesia gótica, que debiendo costar dos millones, ofrecia inmensas dificultades. Mas el señor Laurence no consultó mas que á su fe, y no quiso preocuparse sino de la gloria de la Vírgen inmaculada. Empezaron los trabajos en el mes de octubre de 1862, y cuatro años despues, en mayo de 1866, celebróse por vez primera la santa Misa en la cripta que habia de tener el nuevo santuario.

Antes empero habíanse celebrado con otra solemnidad las glorias de Nuestra Señora de Lourdes, y realizádose el deseo de que la niña Bernardica habia sido en otro tiempo la mensajera: *Quiero que se venga aquí en procesion.* Tratábase de inaugurar y bendecir la estatua de Nuestra Señora de Lourdes en la gruta, en la excavacion oval, en el sitio mismo en que la Inmaculada se habia dignado aparecer tantas veces. En 4 de abril de 1864, seis años despues de las milagrosas apariciones, el señor Laurence, rodeado de un inmenso número de clérigos y de fieles, bendijo solemnemente la estatua de mármol que el talento y la fe de un artista de Lyon habian sabido hacer de hermoso parecido.

Esta estatua representa á la Vírgen santísima en el momento en que dijo á Bernardica el 25 de marzo: «Soy la Inmaculada Concepcion.» Está esculpida segun las precisas indicaciones de Bernardica, y representa, con la menor imperfeccion posible, la verdad de las líneas y detalles. Mas ¡ay! ¿qué puede la mano del hombre cuando tiene que reproducir con elementos materiales las cosas celestiales y divinas? Cuando Bernardica vió esa buena estatua dijo: «¡Ah! ¡es muy hermosa, pero... no es Ella! La diferencia es como de la tierra al cielo.»

El dia de la inauguracion de la cripta, Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el triunfo de su inmaculada Bienhechora. Toda la poblacion de Lourdes, toda la diócesis estaba de fiesta, y el recuerdo de aquel dia vive aun en todos los corazones.

Los terrenos contiguos, comprados por el obispado, han sido destinados á las necesidades de la peregrinacion. El suelo de la gruta ha sido nivelado, y el agua que mana en el fondo, á la izquierda, es recogida ahora en una pila de mármol blanco, desde donde se desliza por el torrente. La gruta permanece tal como estaba cuando las apariciones. La cripta y la iglesia están colocadas encima de las rocas de Massabieille, como una espléndida corona ofrecida á la Inmaculada Concepcion. La torre se eleva trescientos piés sobre la gruta.

Las necesidades de la peregrinacion han exigido la fundacion de una casa especial de misioneros,

que reciben las procesiones, acogen á los peregrinos, oyen las confesiones y distribuyen á los fieles la santa Eucaristía y la palabra de Dios.

XXVI.

Milagros de Nuestra Señora de Lourdes.

Óbranse sin interrupcion, por decirlo así, milagros de toda clase, ora en la gruta, ora lejos de ella, por el uso del agua de la santísima Vírgen, ó bien por la sola invocacion de Nuestra Señora de Lourdes. «Son tantos, que ya no los contamos,» me decia hace poco el excelente Superior de los misioneros.

Cuando el señor Laurence pronunció su juicio, hizo publicar al mismo tiempo la relacion de siete curaciones, todas del solo año 1858, y que habian sido reconocidas por *absolutamente milagrosas* por los médicos de la comision. Hemos ya referido tres: la curacion repentina del ojo del pobre Luis Bourriette; la casi resurreccion del niño Justino; la curacion instantánea de las llagas y enfermedades incurables del jóven Enrique Busquet. Hé aquí otras cuatro:

Blasita Soupenne, de Lourdes, tenia en los ojos una enfermedad inveterada, que resistia hacia tres años á los medicamentos y al uso de aguas termales. Se consideraba indispensable una operacion quirúrgica. Blasita se lavó los ojos en la gruta, y al punto sus ojos quedaron completamente sanos.



Catalina Latapie-Chouat, de Loubajac (Altos Pirineos), tenia de resultas de una luxacion el brazo derecho muy débil, y dos dedos inflexibles y cerrados. Obedeciendo á una premiosa inspiracion, sumergió su mano en el agua de la fuente. De repente se abren los dedos y quedan flexibles, y su brazo recobra el vigor.

La viuda Magdalena Rizan, de Nay, á consecuencia de un violento ataque de cólera en 1834, se hallaba enteramente estropeada, cojeaba, padecia dolores en la mano derecha, sus miembros estaban siempre helados, no comia apenas, no digeria, vomitaba habitualmente y caia en frecuentes desmayos. En 1858 se creyó que iba á morir. Púsose á arrojar sangre, sus hinchados miembros se contrajeron, y le era imposible hacer movimiento alguno en la cama.

Bebe agua de la gruta, y siente instantáneamente curada su mano; se baña las partes enfermas de su cuerpo, y el mal desaparece, sucesiva y repentinamente echado por el agua milagrosa. Levántase la enferma, come con buen apetito, y vuelve á vivir como las personas que gozan de la mejor salud.

La señorita María Moreau, de Tartas (Landes) estaba diez meses hacia atacada de mal de ojos, y el mas hábil tratamiento, como tampoco los baños de mar, no detenian su progreso. Iba bien pronto é inevitablemente á quedar ciega. Su familia, teniendo noticia de la prodigiosa curacion de la señora Rizan, empieza una novena á Nuestra Señora de Lourdes.



La primera noche la jóven enferma se acuesta con compresas de agua de Lourdes en los ojos. Al dia siguiente, al dispertarse, habia recobrado enteramente la vista.

Durante los cuatro primeros años, se hicieron constar, y se registraron *ciento cuarenta y cuatro* milagros de primer órden, sin contar centenares, millares de otros, no menos reales, aunque no tan notables.

Para gloria de la Vírgen inmaculada, para consuelo de la fe y piedad de los fieles, para animar á los pobres enfermos, impedidos, á todos los que sufren, para confusion de los incrédulos y de los médicos impíos ó tibios, referirémos algunos otros bellos prodigios de los que se han obrado desde entonces (1).

Ellos manifiestan con irresistible evidencia la verdad de la fe católica, y de una manera especial la legitimidad, la fecundidad divina del culto de la

(1) Tomo estos detalles de los *Anales* de Nuestra Señora de Lourdes. Nada mas auténtico que esas relaciones, debidas en su mayor parte á las mismas personas que han tenido la dicha de ser curadas por la santísima Vírgen, ó á testigos oculares, ó, finalmente, á los venerables misioneros que lo sabian por conductos los mas autorizados.

En el hermoso libro de Mr. Enrique Lasserre el lector hallará la relacion tan palpitante como concienzuda de otros milagros, que el autor, vuelvo á decir, ha querido averiguar por sí mismo hasta en los menores detalles, consagrando meses enteros á visitar las personas curadas, y recogiendo de su propia boca lo que él refiere con tanto encanto, con tanta fe. Asómanse las lágrimas á los ojos cuando se leen tales maravillas.

Vírgen santísima y de la devocion al misterio de la Concepcion Inmaculada.

Sin embargo, hagamos una observacion: por numerosos, por continuados que sean los milagros de Lourdes, no debe olvidarse que allí, como en los demás santuarios de María, el milagro es tal vez la excepcion. Quien dice milagro, dice intervencion *extraordinaria* de la Omnipotencia divina en las cosas humanas. Seria, pues, ridículo imaginarnos que basta beber agua de Lourdes, ó hacer una novena, ó ir en peregrinacion á la gruta milagrosa, para quedar infaliblemente libres de una enfermedad, de una dolencia.

No basta tener una confianza muy grande y completa en la Inmaculada Concepcion, sino que es necesario que esta confianza esté siempre subordinada á un profundo amor á la voluntad de Dios y á la mas absoluta sumision á las vias secretas por las cuales la Providencia nos conduce. La Madre de misericordia acoge *siempre*, entiéndase bien, *siempre* oye nuestras súplicas; pero las atiende á su modo y no al nuestro; las escucha divinamente, concediéndonos lo mejor, lo mas santificante para nosotros. ¡El sufrimiento es tan frecuentemente la gracia de las gracias y el mas real de todos los bienes! Si la Vírgen santísima no considera oportuno el curar los males de nuestro cuerpo, siempre, no lo dudeis, obtiene y concede gracias de resignacion, de fe viva, mil veces mas útiles que todas las curaciones.

Dirijámonos, pues, á la inmaculada Vírgen de

Lourdes con estos elevados sentimientos, los únicos dignos de corazones cristianos; y no porque no hayamos sido objeto de un milagro, como muchos otros, seamos tan necios que creamos inútil la novena, el uso confiado del agua de la gruta, la peregrinacion larga y penosa, que no ha coronado una curacion ardientemente pedida, con impaciencia esperada. Está fuera de duda que jamás se implora en vano á la Madre de Dios, y que nunca se recurre demasiado á su maternal corazon.

XXVII.

Curaci[illegible] repentina de un protestante [illegible]ibre-pensador.

Vamos á referir desd[illegible] luego un milagro acompañado de cierta originalid[illegible]ad, y que nos ha sido contado por uno de los pi[illegible]dosos misioneros de Lourdes, que fué testigo ocular [illegible] del mismo. Se obró en un libre-pensador protestante, [illegible]quien tan distante estaba de pedirlo, que quedó, [illegible]o solamente admirado, sino tambien mortificado.

Era un artista, Mr. Max M..., bas[illegible]tante conocido en uno de los principales establecimie[illegible]tos de aguas termales de los Pirineos. Allí dirigia co[illegible] verdadero talento, durante el verano, la orquesta de [illegible] un casino-concierto. Hállabase desde algun tiemp[illegible] no muy afectado, á causa de un lobanillo que veia c[illegible]recer en su mano derecha, y cuyo progreso no podia [illegible]detener la medicina ni la cirujía. En 1866 el lobani-

llo, comprimido en vano por una plancha de plomo, era casi del tamaño de un huevo, y privaba ya al pobre artista de cerrar la mano y manejar libremente el arco del violin.

Su mujer era católica; ¿hasta qué punto? Lo ignoro, pero no era protestante ni libre-pensadora. Habiéndole ofrecido una amiga muy piadosa acompañarla á la gruta de Lourdes, Mr. Max M... consintió en formar parte de la comitiva, que consideraba, por decirlo así, como una excursion curiosa, y no como una peregrinacion.

Cuando llegaron á la gruta, no tuvo el buen gusto de descubrirse y tirar el cigarro. De pié, cubierta la cabeza, fumando en medio de todo un pueblo de peregrinos piadosamente arrodillados, contemplaba fria y desdeñosamente los detalles de la gruta.

Acercósele la amiga de su mujer, y le dijo: «Señor Max, conviene que la santísima Virgen os cure. Venid conmigo, y bebed del agua milagrosa.» El artista se resistió, y volvió las espaldas, pero la piadosa dama insistia. «Hacedlo por mí; bebed de esta agua, está muy fresca y buena.»

«Al cabo, pensó el libre-pensador, si esta agua no me hace bien, tampoco me dañará;» y se acercó al manantial, riéndose un poco. La señora le presentó un vaso, que él se bebió de un sorbo... El lamparon habia desaparecido. «¡Ah, Dios mio!» exclamó palideciendo, y acercándose á su mujer que oraba arrodillada.

—Querida mia, le dijo muy conmovido, estoy curado.

demasiado tarde. ¿Por qué habeis esperado hasta ahora?» «¡Oh, Dios mio! no me lo figuraba,» exclamó la pobre madre. Dióle una receta, y cada dia era necesario echar sobre el mal una gota de un líquido muy activo, que habia de consumir rápidamente su carne.

La señora Estournet estaba dotada de una rara resolucion de carácter y de una fe muy viva. Tomó desde luego su partido. Dirígese á la Vírgen santísima, y le dice: «¡No hay remedio! Vos, ó María, curaréis á mi hijo con el agua de la gruta.» Y arrojó al fuego la receta del médico.

Examina nuevamente los ojos de su pobre hijo, y le parecieron mas atacados que nunca. Fuera de sí, cae de rodillas delante de una imágen de la Vírgen, repitiendo muchas veces en alta voz: «¡Curádmelo, ¡ah! curádmelo!»

En seguida, toda trémula, echó algunas gotas de la milagrosa agua en los ojos de Perico: las pupilas apenas se mueven; una especie de desesperacion se apodera de la madre, que exclama: «¡Oh! es imposible; no, no, no curará: yo no merezco un milagro.»

Algo mas tarde, no pudiendo contener su impaciencia, levanta de la cuna á su hijo, lava otra vez sus ojos con agua de la gruta, y lo toma en sus brazos para observar si miraria. Hallábanse presentes su padrastro y una mujer de la casa. Llama á Pedro, y lo acaricia para moverlo á mirar: el niño abre débilmente los párpados, y con los ojos entreabiertos vuelve lentamente la cabeza hácia el

lado por donde se le ha llamado. «¡Oh! ¡estará ciego!» dice la madre con dolorido acento. «Pero no; ved, señora, dice la vecina, él os mira!» Turbada la madre no sabia notarlo; mas su confianza en María domina sus temores, y se resigna á esperar.

Tres dias se pasaron en angustias y oraciones. «¡Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡oh Vírgen de la gruta, curad á mi hijo!» Tales eran á cada momento las palabras que salian de su corazon y de sus labios; las repitió millares de veces.

Cada dia echaba en los ojos del niño gotas del agua de la gruta, sin aplicar remedio alguno. Al tercer dia, acababa de enjugar los párpados del niño, mirándolos inquieta. Mas hé aquí que el hijo abre los ojos, los fija dulcemente en su madre, sonrie, vuelve á mirar; sus ojos eran claros y brillantes. «¡Estoy loca de alegría! decia al misionero á quien contó el hecho. Caí de rodillas delante de la Vírgen; despues, ¿qué hice? No lo sé: lo que sé es que me arrojé en brazos de la Vírgen y la cubrí de besos. ¡Ah! ¡ella me devolvia mi hijo!»

Llegó el médico. La señora Estournet le presenta su niño, diciendo:

—Estoy contenta; lo creo curado. Pero examinadlo bien, ¿qué os parece?

—Está curado, dice el doctor despues de un momento de atenta observacion; se ha encontrado felizmente el remedio, ¿no es verdad?

—Pero decidme, ¿está bien curado? ¿me lo asegurais?

—Sí.

—Pues bien, doctor, no es vuestra receta la que lo ha curado. Debo confesároslo, la arrojé al fuego.

—¡Desgraciada!

—Cuando la escribíais pensaba: No servirá; yo conozco un remedio mejor. ¿Sabeis, doctor, qué es lo que ha curado á mi hijo? El agua de la gruta, y solo ella.

No se ha referido qué respuesta dió el médico.

Hoy, en 1871, Pedro Estournet tiene siete ú ocho años, mucha vivacidad y dos magníficos ojos.

XXIX.

Una jóven moribunda, instantáneamente vuelta á la vida.

En 1858, la señorita Broca, habitante en Borderes, cerca de Tarbes, estaba enferma veinte meses hacia á consecuencia de grandes disgustos de familia. Ya no se esperaba casi nada de la medicina. Su confesor le aconsejó que hiciese una novena á la Vírgen de la gruta, á lo cual repuso la señorita Broca: «¿Qué me pedís, Padre mio? ¿Creeis vos en eso?» Recuerda todavía estas palabras, y ciertamente no se las habia dictado la impiedad; pues toda su vida habia sido muy piadosa, y amaba tiernamente á la santísima Vírgen. Mas las apariciones de Lourdes eran entonces muy cuestionadas, y creian poco en ellas los que la rodeaban.

Fué necesario un mandato para hacerla decidir.

Su sirvienta fué á buscar agua del manantial de Massabieille, y la enferma bebió de ella durante nueve dias. Al concluir la novena, se le llevó el santo Viático; y durante la misa ofrecida á su intencion se sintió repentinamente aliviada; por la tarde observó que el mal se habia detenido, y al dia siguiente dejó la cama. Su fe en Nuestra Señora de Lourdes tornóse viva y profunda. Con todo, esto era solo una pequeña muestra de las gracias que habia de recibir mas adelante. Tres meses duró la convalecencia, quedándole á la jóven una fatiga habitual. En el fondo no estaba curada.

Habia prometido á la Vírgen ir á Lourdes á rendirle gracias. Desde entonces, en medio de las dolorosas preocupaciones que amargaban su existencia, el recuerdo de su promesa y el deseo de ver la gruta fueron su pensamiento dominante. Mas su constante debilidad y otros motivos contrariaron su proyecto. En octubre de 1862 una grave enfermedad vino á hacer imposible su ejecucion.

En 1.° de enero de 1863 la señorita Broca estaba sepultada en la cama. El médico habló de tísis. Atormentábala un dolor sordo, que frecuentemente se convertia en agudo, en el pecho y riñones. Al mismo tiempo la calentura la devoraba, y durante un año la tuvo en frecuentes delirios. Su debilidad era extremada. La pobre enferma no habia comido carne ni tomado caldo desde 1858; le era imposible comer, y se moria lentamente. Iba perdiendo uno á uno los sentidos, y exasperaba sus sufrimientos el no poder conciliar un instante el

sueño. En el mes de agosto se le administró la Extremauncion.

«No se murió, pero tampoco vivia,» dice la relacion hecha al Obispo de Tarbes. Se le permitia estar levantada una hora cada dia; pero puede decirse que la muerte habia empezado en todos sus órganos. Apenas oia, veia muy poco, casi no tenia voz, sofocábase andando lentamente tres pasos; parecia que su cuerpo queria doblarse, y su alimento consistia en un vaso de leche en dos dias. Debilitábase tambien su cabeza, y se entorpeció su memoria de tal modo, que perdió el recuerdo de las oraciones que habia rezado. De todas las ruinas que en ella se habian obrado, esta fué la mas desconsoladora para su alma profundamente cristiana. La piedad era la única dulzura de su vida, ó por mejor decir, era su misma vida.

En medio de este cúmulo de dolores físicos y morales un recuerdo se presentaba á menudo á su imaginacion, y la apesadumbraba vivamente. Era el remordimiento de no haber efectuado, cuando aun le era posible, la peregrinacion á Lourdes, y el temor de que su enfermedad fuese un castigo del cielo. Atormentábala mucho este pensamiento, y poco á poco el propósito de cumplir á toda costa su promesa llenaba su alma, y se hizo como una necesidad. Pero ir á Lourdes era imposible; quererlo, una locura.

Temblaba al pensar en decirlo; su conciencia empero la hizo atreverse en el mes de noviembre de 1864. Su confesor aplazó la peregrinacion para

la primavera; mas llegado en 1865 el momento, como el estado de la enferma era grave, no osó tomar sobre sí la responsabilidad de semejante resolucion, y pidió consejo al vicario general de la diócesis. La fe de la señorita Broca y su heróica confianza en Nuestra Señora de Lourdes sobrepujaron á la prudencia. La contestacion fué: «La confianza de la enferma suplirá las fuerzas que le faltan.»

Fíjase el dia; se empieza una novena y se continúa en medio de la calentura, de los dolores del pecho y de la cabeza, en medio de la mas alarmante debilidad. Diez y siete dias transcurrieron sin que la jóven hubiese podido tragar mas que una pequeña cantidad de agua, y aun con mucha pena. Temíase no verla volver viva de su peregrinacion; ella misma estaba persuadida de que iba á Lourdes á morir.

Antes de partir, dió sus últimas disposiciones. Dictó su testamento, designó el lugar de su sepultura, confesóse como si fuese la última vez, recomendó á la caridad de su director una anciana y fiel sirvienta, y esperó el dia siguiente diciendo: «Moriré, pero será cumpliendo mi promesa á la Vírgen santísima; moriré dichosa.»

El 22 de abril entraba un carruaje en el patio de la casa. Dos personas que habian de acompañar á la señorita Broca, la sostienen para bajar. Al llegar al último tramo de la escalera, se desmaya: se la reanima y coloca en el interior del carruaje sobre dos almohadones como una moribunda. El conductor espantado se arrepiente de haber venido, pues

cree tener que llevar un cadáver. Durante el camino, la sirvienta y la amiga de la enferma sufrieron contínuamente mortales ansias: la pobre enferma permaneció siempre como agonizando. Hacíanla aspirar éter, y se esmeraban en evitarle los vaivenes. El carruaje marchaba con extraordinaria lentitud, el conductor tuvo que detenerse tres veces; la infeliz, fatigada por las sacudimientos, se desmayaba.

Llegan por fin. Los caballos se aproximan todo lo posible á la roca. En aquella época no existia aun la larga pared que dirige á la gruta, y en el punto donde el camino tuerce y sigue el torrente, no habia mas que un sendero estrecho y difícil.

Colocóse á la enferma en una silla, ofreciéndose un obrero á llevarla en sus brazos; pero en su modestia habia ella pedido que no la tocasen hombres, por si llegase este caso. Levantáronla, pues, con la silla sus dos compañeras, y andando una de ellas hácia atrás, avanzan con pena y trémulas hácia la gruta. A los primeros movimientos la jóven Broca habia perdido el conocimiento.

Se pone la silla delante de la gruta, sin haber cesado el desmayo. La sirvienta corre á buscar los almohadones del carruaje, mientras que su ama moribunda recobra lentamente los sentidos, y la amiga ora y saca agua.

La jóven, entorpecida todavía, habia apenas recobrado sus sentidos, y su amiga le dijo: «Bebe.» Tomó un sorbo casi maquinalmente, y luego otro. Al tercero, súbitamente un dolor inconcebible, un

sacudimiento sobrenatural parecia que trituraba todos sus miembros. Fué una cosa rápida y terrible, como si un rayo atravesase su cuerpo.

Levanta los ojos, y se apercibe de la blanca imágen. Habia desaparecido todo dolor; un bienestar inmenso penetra su alma y cuerpo. La primera palabra de su atónito corazon fué : « ¡Oh María!... ¡no lo merezco!... ¡Curada!... ¡Sí, estoy curada!» exclamaba en su corazon, en tanto que la emocion penetraba en su alma. «¡Oh María! ¿por qué?... ¿por qué?...» Perdíase en el profundo sentimiento de su indignidad y en una dulzura desconocida. Al mismo tiempo una deslumbrante claridad iluminaba su alma y tal vez sus ojos (no supo decirlo). ¡Momento del cielo! duró apenas algunos segundos; pero en su vida ha experimentado otro semejante. Con todo, no habia aun hablado.

De repente, sentada todavía, con voz sonora y trémula, fijos los ojos en la imágen de Nuestra Señora, dice: «*Regina cœli, lætare...*» cuya oracion le viene de pronto á la memoria. Al concluirla, se levanta: su amiga apenas respiraba, como si viese una resurreccion. La señorita Broca cae de rodillas; hacia un año que no habia podido doblarlas.

Permaneció por largo tiempo inmóvil. Todo su ser nadaba en una calma dulce y profunda; su alma estaba tranquila, sosegada, y parecia la paz perfecta. Pronto corrieron las lágrimas; su amiga, silenciosa y admirada, lloraba á su lado. Rezan entrambas la Corona de los siete dolores. La señorita Broca, que hacia un año que no habia podido fijar sus ojos en un libro, lee los misterios.

Despues se levanta, y su amiga ve enderezarse en toda su altura aquel cuerpo por tanto tiempo encorvado. La querida resucitada anda sin ninguna dificultad, con entera libertad de sus movimientos. Las tres van á sentarse, y la jóven Broca come un huevo y pan. Era una multiplicacion de prodigios.

En aquel momento el párroco de Lourdes llegaba á la gruta. Se le refiere el suceso, y saca de su bolsillo un periódico para experimentar la vista de la señorita Broca, la cual lee con rapidez y sin la menor vacilacion.

Entre tanto habia llegado el momento de partir. Puede considerarse el fervor de las tres viajeras prosternadas pidiendo una nueva bendicion, y la ternura de la última mirada de la jóven Broca á la imágen de Aquella que acababa de volverla á la vida.

Anduvo con paso firme y sin apoyo por aquel sendero por donde una hora antes era llevada medio muerta. El cochero no la reconocia y no daba crédito á sus ojos. Sola sube al carruaje, siendo ya inútiles las almohadas y marchando con la velocidad que el conductor quiso. Durante el viaje, no experimentó incomodidad alguna. Llegada á su casa de Borderes, la señorita Broca atravesó el patio y subió ligeramente la escalera. Allí encuentra una amiga: «¡Buenos dias!» le dice. A esta voz la amiga mira sorprendida. «¡Qué! exclama, ¿eres tú?—¡Ciertamente que sí!» Y las dos amigas se abrazaron con vivo transporte. Cuando la jóven se hubo asegurado de que la señorita Broca estaba

curada, exclamó: «¡No queria creer... pero creo! ¡creo!»

El dia siguiente, el domingo de Cuasimodo, la jóven Broca recibia la Comunion en la misa primera y delante de la mitad de la parroquia. La víspera por la tarde empezó á esparcirse el ruido de la curacion. Desde entonces fué objeto de conversacion en todo el barrio, y la enferma, que ayer sucumbia á los dolores y á la debilidad, tuvo que darse todo el dia en espectáculo. Su gabinete estaba siempre lleno, y hablaba sin cesar hasta la noche, refiriendo lo que la Vírgen Inmaculada acababa de hacer en la gruta. De su terrible enfermedad no le quedaba mas que la palidez.

Desde el siguiente dia volvió á sus naturales ocupaciones, interrumpidas hacia tres años; pronto recobró los colores, y algunos dias despues pudo dar á pié largos paseos.

Con todo, al cabo de dos semanas quiso Dios probar su fidelidad, quitándole repentinamente la facultad de leer. Mas su curacion continuó completa y su salud se conservó habitualmente buena.

Grande fué la impresion producida en el país. La fe en Nuestra Señora de Lourdes ganó á los indiferentes y conquistó espíritus hostiles; acrecentóse la confianza, y se oró con mas esperanza que nunca ante la milagrosa gruta. Un hombre de mundo se convirtió completamente: no frecuentaba los Sacramentos, y la curacion de la jóven Broca lo hizo fiel católico y lo preparó para la muerte mas edificante.

Muchos médicos habian visto á la enferma durante sus prolongados sufrimientos. Todos opinaban que no podia curar. El de Borderes, descorazonado, habia dejado de visitarla tiempo hacia, dando por razon que su arte nada tenia que hacer en una persona impotente para tomar un remedio cualquiera. Despues del prodigio de la gruta, uno de ellos, hombre grave y distinguido, dijo: « Nada le es imposible á Dios; él puede salvar cuando la ciencia humana ha agotado todos sus recursos.» Otro exclamó despechado: « Esa devota ha debido ponerse de acuerdo con los curas.»

Desde su curacion la señorita Broca va todos los años á la gruta el dia 22 de abril á celebrar piadosamente su bello aniversario. La acompaña la amiga que en 1865 compartió con ella las angustias y los gozos de la primera peregrinacion.

Por un sentimiento fácil de comprender, se negó á dar publicidad á los preciosos detalles que acaban de leerse; y no se decidió á ello sino en consideracion á la mayor gloria de la santísima Vírgen María inmaculada, que se habia dignado obrar en ella y para ella tan grandes cosas.

XXX.

Curacion repentina de un anciano gendarme.

Juan María Fosses, natural de Trebons (Altos Pirineos), gendarme retirado y hoy dia posadero en Arzacq (Bajos Pirineos), se vió repentinamente

libre de un mal incurable, el dia 11 de noviembre de 1867, en la gruta de Lourdes.

En el primer dia de agosto de 1867 Fosses, convaleciente de una larga enfermedad, estaba sentado delante del portal de su casa, respirando el aire fresco de la tarde. De repente siente subírsele á la cara un gran calor, despues un sudor frio, envarándose en seguida su cuello. Pronto un fuerte dolor atacó con furia su cabeza. Desde aquel momento el pobre hombre no tuvo punto de reposo. Las noches sobre todo eran terribles; durante una porcion de horas, siempre las mismas, el suplicio se le hacia intolerable, extraño. Parecíale que el interior de su cabeza estaba atravesado en todas direcciones, mientras que era roida y como rastrillada en la superficie.

El médico hizo tentativas para combatir aquel horrible mal, pero sin resultado alguno. Para colmo de desgracia, el pobre enfermo era presa de ideas sombrías y fatigosas; domináronle la inquietud y la impaciencia, y cayó en una exasperacion permanente. Antes simpático, bueno, amable, dueño de su humor, Fosses se lamentaba de hallarse casi siempre, á pesar suyo, irritado é intratable. La impotencia para dominarse le hacia aun mas desdichado.

Aceptaba toda clase de remedios. Pero los medicamentos se multiplicaban, transcurrian las semanas, y nunca, nunca experimentaba el menor alivio.

En el mes de octubre casi nada comia. Devorado por su incesante dolor, privado del sueño,

empeoraba visiblemente, y se encontraba en un decaimiento horroroso.

Creyendo morir pronto, hizo venir á su hijo y á su hija, á la sazon ausentes, para abrazarlos por última vez. Algunos dias despues, habiendo tenido que volver la hija, le dijo llorando el enfermo: «Adios, pobre hija mia, adios; ya no te veré mas.»

Desalentado, irritado, Fosses no queria probar ya ningun remedio. El médico insistia inútilmente. «Sois bueno y diligente, le dijo con energía el enfermo, pero ninguno de vuestros remedios me ha aliviado; me matan, es inútil que dispongais otros.»

En este intermedio llega á la posada un buhonero. Fosses estaba junto al hogar, silencioso y abatido. Cuéntale su triste historia y su desconfianza. «Pues bien, dice el viajero, yo estaba como vos; como vos enfermo, desesperado como vos. Consulté á muchos médicos, practiqué remedios por espacio de tres años; todo en vano. Y sin embargo estoy curado. Pero no son los hombres quienes me han curado, nada debo á los hombres. Tenia en el cuello una llaga antigua y horrible, de la que fluia una abundante supuracion. Sufria cruelmente: mi estado y mi escasez de recursos me obligaban á viajar, sabe Dios con qué penalidades. Estuve en las aguas de Cauterets, de Bagneres de Bigorre, de Bagneres de Luchon; gasté mucho dinero: dinero y correrías inútiles.

«Se me habia hablado de Nuestra Señora de Buglose y sus milagros. No esperando ya nada de los

hombres ni de las aguas minerales, queria recurrir á la Vírgen santísima. Intentaba hacer en Bareges un postrer ensayo de las aguas, cuando se me dió noticia de la peregrinacion de Lourdes. Lo que oí me infundió una grande confianza, y decidíme á permanecer tres dias en dicha poblacion. Redobló-se mi confianza al ver la muchedumbre que acudia á la gruta. Las aguas de Bareges me habian dejado una llaga horrorosa. Fuíme á la gruta, oré, bebí, me lavé. Al instante pude quitar el vendaje que cubria mi mal; la carne se habia repuesto, habia cesado la supuracion y desaparecido el dolor. Repetí la operacion al siguiente dia, y apenas quedaba un resto de llaga. Estaba curado. Imaginaos mi dicha. Pasé no obstante á Buglose, y allí se secó enteramente mi llaga.

« Ved, añadió, descubriendo su cuello del todo sano; ¿ hay algun mal? Pues bien, aquí, aquí tenia una horrible llaga... Tened confianza en Nuestra Señora de Lourdes; yo os lo puedo decir, yo. Id á la gruta, id.»

Fué este un mensaje del cielo. Fosses era un fiel cristiano, y toda su vida habia amado é invocado á la Vírgen. Cuando el viajero hubo hablado, cuando le hizo palpar el milagro, el enfermo creyó, con una inmensa confianza que lo llenó de gozo, que Nuestra Señora de Lourdes lo curaria.

Resolvióse hacer una peregrinacion á la gruta. ¿Pero cuándo partiria y cómo llegaria? ¡Sentíase tan débil! ¡Eran tan crueles los sufrimientos! ¿Podria su cabeza soportar los vaivenes del carruaje?

Estos temores disminuian su gozo y hacian vacilar un poco su esperanza.

La santísima Vírgen le envió otro mensaje.

Mr. Dussau, dueño de una casa de pupilos en Arzacq, le refiere por casualidad una peregrinacion que habia hecho á Lourdes. « Yo sé, dice, lo que puede y lo que hace la Vírgen santísima en la gruta de Lourdes. Hallábame en la poblacion para descansar algunos dias entre mis parientes. Viendo que los forasteros iban á la gruta, fuí tambien. En aquellos dias sufria una indisposicion, no grave, es verdad, pero que me molestaba mucho. Ante la fe de los peregrinos que bebian y se lavaban en la fuente, el corazon me dijo que les imitase; confieso que pedia mi curacion sin grande fervor. Mas bebí y me lavé, y al instante mismo desapareció mi malestar. Fué esto súbitamente, como si me quitase un vestido, y lo dejase allí. Mi querido Fosses, soy vuestro amigo, creedme; los médicos no os curarán; dirigíos á la Vírgen, id á Lourdes.»

Esta vez fué acordada la peregrinacion, y á pesar del recrudecimiento de sus sufrimientos y de su postracion, el pobre Fosses se puso en camino con su mujer el dia 10 de noviembre de 1867.

El viaje fué horrible. Sin energía y sin fuerzas, el enfermo, encorvado en el fondo del carruaje, dejaba caer sobre el pecho su cabeza, que no podia sostener y que bamboleaba á cada movimiento de la carrera. Todo su ser se hallaba en el mas profundo abatimiento; ni tenia fuerza para articular una sílaba.

Llegado á Lourdes, descansó algunos instantes, y sostenido por su mujer, se encaminó penosamente á la gruta. Viéndole andar tan pálido y tan quebrantado, decian: « Este desgraciado no llegará á la gruta, ó por lo menos no volverá. »

Fosses avanzaba con cierto respeto: « ¡ Tan cerca, tan cerca del lugar en que ha aparecido la santísima Vírgen! » decia para sí muy conmovido.

Su vista descubre al fin la gruta, y repara en la estatua de la Vírgen. Ve, oye la fuente milagrosa, se detiene, mira, queda inmóvil. Algo solemne pasa en su alma.

Mucho tiempo despues, cuando referia su historia, los recuerdos de aquel momento le hacian palpitar aun. « Fuí presa, decia, de una emocion indecible. Estaba allí, sentado, gozoso, temblando. Sentia un gran respeto, mas que en un palacio, mas que en una iglesia. Al mismo tiempo tenia cierto temor, pero muy dulce: estaba como desvanecido. Mas, añadia con voz alterada, no sé darlo á comprender; si fuese alguna cosa natural, podria explicarla; tendria palabras; aquello no puedo decirlo. »

Dobló sus rodillas delante de la Vírgen, pero no podia orar; en su emocion no encontraba palabras. Todo oraba en él, sin que lo advirtiese.

La fatiga le obligó á levantarse, y lavó en la fuente su cuello y cabeza enfermos. Muy pronto experimentó un notable alivio. Probó otra vez á orar. El recuerdo de la aparicion llenaba su corazon. « ¡ Aquí la Vírgen santísima! pensaba; ¡ oh !

¡dichoso el que la ha visto! ¡Yo curaré! lo conozco. Mas no obstante, ¡estoy tan enfermo! ¡y despues, soy tan indigno!» Y se humillaba y oraba con todo corazon.

Para hacerse menos indigno de los favores de María, fué á confesarse. «Paréceme que tengo mas fuerza, decia á su mujer regresando á Lourdes. ¡Oh! creo muy bien que la santísima Vírgen me curará.»—«¡Bah! respondió su mujer, es que tienes esta idea.» Ella tenia poca esperanza.

A la mañana siguiente, á las cinco y media, Fosses oia misa en la cripta, y recibia la sagrada Comunion. Despues, bajando á la gruta, se arrodilló y oró un buen espacio, no tanto como su corazon hubiera querido, sino á medida de su debilidad. Bebió en la fuente con entera confianza en la bondad de María. «Si se me hubiese dicho, aseguraba él, que habia veneno, hubiera bebido sin temor; tanto confiaba en la Vírgen santísima.»

Entra en uno de los gabinetes de baños, y se dispone á meterse en la pila. Su mujer lo presenciaba temblando. Era el 11 de noviembre; el sol asomaba apenas por la cumbre de las colinas; una fuerte helada habia endurecido los bordes del torrente; la brisa que soplaba en los contornos de la gruta causaba un frio extremado.

El antiguo gendarme se mete resueltamente en el baño: el frio le corta la respiracion; sin embargo, se sumerge, el agua cubre su pecho, ciñe su cuello como un círculo de hierro aguzado; estaba helado; busca como respirar y calmar el temblor

de sus miembros. Jadeante, no pudiendo articular una palabra, decia interiormente á la Vírgen: «¡Oh! ¡Vos me curaréis!»

« Mujer, dice con voz entrecortada, ora, ayúdame á orar.» Ante este valor, aquella se siente tambien penetrada de confianza. «¡Será curado!» pensaba; y sin embargo, como el pobre hombre cambiase el color: «¡Oh! levántate,» le dice. Mas Fosses continuó en el agua helada para orar aun. Tiritaba; y tomando un lienzo para enjugarse, miró la pila. «Es menester, pensó el bravo gendarme, que acredite una vez mas mi confianza en la Vírgen santísima;» y á pesar de su mujer se sumerge otra vez hasta el cuello en el terrible baño, rezando siempre.

Un instante despues sale, y se enjuga; pero á despecho de toda su energía de soldado y de cristiano, no podia reprimir el temblor de sus miembros, ni el rechinamiento de dientes. «Sufria horriblemente, decia, sí, horriblemente, y no obstante nunca he tenido un momento semejante de dicha. Apenas enjuto, sentí pasar en mi cuerpo un no sé qué de dulce y de fuerte, que inundaba mis miembros; no puedo decir lo que era, cierta cosa como un *licor de vida*. Sí, circulaba en mí la vida. Me curaba; estaba curado. Mi rostro temblaba, vínome una sonrisa involuntaria, natural, dulce; todo me parecia bello; miraba con éxtasis la roca; sonreí á mi pobre mujer; le decia: Pero... ¡estoy curado!... estoy curado!...

«Palpaba mi cabeza tan sensible, que un instan-

te antes no podia tocar, y decia: «¡Querida mia, «ya no siento dolor!» A raíz de la nuca tenia desde algunos dias un grueso boton muy doloroso y alarmante; y habia casi desaparecido. «Toca, decia á «mi mujer; no hay casi nada, y no me duele.» Mi mujer, conmovida, temblorosa, me miraba, me ayudaba á vestirme, y no sabia qué decir. Yo sentia, sabia que estaba curado, bendecia á la santísima Vírgen; me apresuraba para ir á rendirle gracias á la gruta.»

Sale, en efecto, se arrodilla, y ora largo tiempo. Su mujer le da priesa; él se levanta, va á beber á la fuente, y ora todavía; su alma estaba inundada de gozo. «No podia irme, decia refiriendo el suceso; me marchaba y volvia. Una voz interior me decia: «Permanece aquí, permanece aquí,» y habria querido permanecer siempre, ser el guarda de la gruta. Mi mujer me arrastró al fin; pero aun me volví otra vez y me detuve tanto como pude.»

El dichoso Fosses marchaba contento y vigoroso. Hacia muchos meses que sus piés no podian doblarse; para moverse tenia que levantarlos bruscamente y de llano, y colocarlos del mismo modo. El menor tropiezo del talon le causaba un suplicio como de alfileres atravesados, que traspasaban la medula espinal y la cabeza. Despues la flexibilidad de los piés era perfecta, y andaba con la ligereza de su juventud. Para probar lo completo de su curacion, golpeaba fuertemente con el talon el suelo helado, sin sentir dolor alguno.

Su pecho, desembarazado, aspiraba con todos sus

pulmones el aire glacial de la mañana. Hacia á propósito fuertes aspiraciones, para ensayar el nuevo juego de sus órganos restaurados. Temia volver á sentir los agudos dolores que el dia anterior todavía le atormentaban cuando tenia necesidad de aspirar mayor cantidad de aire: antes era como una segur que traspasaba su cuerpo, y á menudo tenia que estar largas horas encorvado sobre sí mismo, con el resuello de la agonía. Despues respiraba con plena libertad, y se hartaba de aire con placer.

De regreso á la poblacion, repetia á su mujer: «¡Estoy curado!... ¡oh! pero completamente curado... Tengo una fuerza toda nueva.» — «No te envanezcas demasiado, y sé prudente,» repone ella. Habian llegado á una pequeña cuesta, cerca de Lourdes. «Y bien, dice el gendarme, para probarte que estoy bien curado, ¿quieres ver como corro?» Y ese enfermo hace poco vacilante, lívido y flaco todavía, echa á correr con agilidad. Su mujer, mas y mas admirada, le grita: «¡Oh! ¡verdaderamente estás curado! Pero detente, no hagas locuras.» Habia corrido unos treinta pasos.

Con un apetito desconocido nueve meses hacia, despachó un abundante almuerzo. La gente de la posada maravillada no podia dar crédito á sus ojos. Partió para Arzacq, loco de gozo.

Con él entró la alegría en su casa. Abrazó á su hijo, quien viendo andar lleno de fuerza á su pobre padre que la víspera habia dejado desfallecido y sumido en crueles dolores, fué presa de un júbilo de niño y se puso á saltar diciendo: «¡Oh! ¡pa-

dre! ¡padre! ¡estais curado! ¡estais curado!...»

Pronto fué conocido en todo el barrio la maravillosa curacion de Fosses. Los amigos y los curiosos llenaban su casa. A todos contaba lo que habia pasado. «Ved, decia en cierto momento; me encuentro tan bien curado, que me considero capaz de efectuar aun los saltos de agilidad de mi juventud. Quiero probar de saltar un palo, teniendo con mi mano la extremidad del pié, como me habeis visto hacer en otro tiempo.» Y saltó en efecto con pasmosa ligereza.

Su salud general vino á ser excelente. Nada de convalecencia, y desde entonces ni un asomo de neuralgía; continuaron el apetito, el sueño, el bienestar. Desterró completamente el mal humor. «Habia llégado á hacerme insoportable, decia; tenia horribles pesadillas; pero ya no soy aquel hombre; todo lo encuentro bueno, y me hallo amable y alegre como antes. Durante tres meses, sufrí horriblemente. El médico me habia manifestado que se pasarian á lo menos tres años antes de recobrar la salud. Los remedios me han arruinado; ya los habia dejado. En Lourdes con un baño de algunos minutos me curé *instantáneamente, radicalmente,* y hace nueve meses que mi curacion es *perseverante.*»

En el mes de junio de 1868, Juan María Fosses volvió á Lourdes: no era conocido. «Soy yo, decia riendo, yo que me curé en noviembre del año último, en la pila de la gruta.» Un médico extranjero, despues de haber interrogado á Fosses, decia en alta voz en la gruta que una curacion semejante,

instantánea, sin convalecencia, radical, no se explica sino por un milagro.

Desde el milagro Juan María Fosses está todo lleno de Dios y de su santa Madre. El recuerdo de su beneficio permanece en su alma vivo y tierno. A cada instante da gracias á la Vírgen. «Antes tenia arrebatos de genio, decia al Padre misionero de Lourdes á quien refirió todos los pormenores de esta historia; no paraba atencion en ellos. Ahora una grande idea me detiene: La santísima Vírgen no estaria contenta!... Esto me contiene, y si me domina *una prontitud*, le pido perdon.»

El bueno de Fosses no tiene mas que un sueño en este mundo: el de tener un dia una pequeña posicion que le permita establecerse en Lourdes para poder todos los dias bendecir y orar á su amadísima Madre en aquella gruta en que lo ha curado, y en que entre tanto él permanece por sus pensamientos y su corazon.

XXXI.

Curacion instantánea de una jóven obrera agonizante.

En el mismo año 1867, Nuestra Señora de Lourdes habia manifestado su misericordioso poder á la pequeña aldea de Maquens, situada á las inmediaciones de Carcasona. Una jóven obrera, llamada Francisca Pailhés, de veinte y un años de edad, fué el objeto de este favor de la *Inmaculada Con-*

cepcion. Era buena hija, amable, laboriosa, de sólida piedad. A los catorce ó quince años alteróse su salud á causa del trabajo malsano de una fábrica de tejidos. Aguantó durante diez y seis meses, y á contar desde Navidad de 1866 tuvo que guardar cama, presa de atroces sufrimientos. El asiento de su mal era el corazon. Crísis dolorosas, terribles convulsiones la redujeron pronto al mas lamentable estado. Por espacio de cuatro meses no pudo tomar mas que un poco de caldo.

En abril su estado era del todo alarmante. Todo el mundo consideraba próxima su muerte. Solamente Francisca esperaba, poniendo esta confianza en su devocion á la Vírgen santísima: su constante oracion, la única que le permitia su debilidad, era la célebre invocacion: *O María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!* Estaba convencida de que la Vírgen Inmaculada la favoreceria. Al principiarse el mes de María, se hizo arreglar por uno de sus hermanos una especie de altarcito de la Vírgen, en frente de su cama, con una pobre imágen de yeso y algunas flores. Francisca miraba á menudo la santa imágen, y se sentia entonces mas animosa y confiada.

Tan débil estaba, que no podia moverse en la cama. En sus convulsiones, que eran cada vez mas espantosas, estaba como loca; una vez su hermano tuvo que emplear por espacio de tres horas toda su fuerza para que se estuviese en la cama. La muerte se aproximaba á pasos agigantados.

El 6 de mayo una Hermana de la caridad fué á

verla, y para consolarla le refirió las apariciones de Lourdes y los milagros que obraba el agua de la gruta. «Ciertamente, decia despues la buena Hermana, creia en Nuestra Señora de Lourdes; pero entonces no pensaba en la curacion de aquella jóven, tan próxima y cierta me parecia su muerte.» «O Hermana mia, dice Francisca con voz apagada, traedme pronto de esa agua, ella me curará.» Retiróse la Hermana pensando darle el último adios, y pidiendo para ella una santa muerte.

«¡Ah! ¡si yo tuviese de esa agua!» fué desde entonces el pensamiento fijo de la pobre moribunda. Al dia siguiente, las crísis tomaron tal carácter que el excelente cura de la aldea se apresuró á administrar á Francisca los últimos Sacramentos. Empezó una lenta y dolorosa agonía. A intervalos la pobre Francisca perdia el conocimiento y se la creia muerta. Pasáronse la noche entera y el dia siguiente en estas alternativas de muertes momentáneas y de resurrecciones cada vez mas frágiles. Toda la aldea, que el buen párroco habia conducido á la piedad por la devocion á la Vírgen y á la frecuente Comunion, rogaba por la infortunada jóven. Esta en los raros intervalos que le dejaban sus crísis, hacia esfuerzos para decir y repetir: «¿La Hermana no envia el agua?... esta me curaria.»

Desde el principio de su agonía la pobre enferma no podia tomar nada. El médico, cediendo á repetidas instancias, fué el jueves, 9 de mayo, por mera condescendencia, declarando que su visita

seria completamente perdida. Intentó hacer tragar á la enferma algunas gotas de líquido, abriéndole el gaznate con una cuchara. Fué tan cruel el sufrimiento durante esta tentativa, que el médico volvió la cabeza no pudiendo soportar aquella escena. Todo fué inútil, y el doctor se retiró diciendo: «Bien lo sabia, está perdida sin esperanza.»

Dos amigas de Francisca, de paso para Carcasona, fueron á verla en su casa. «¡Oh! decid á la Hermana, murmuró la moribunda, decid á la Hermana que no me ha traido el agua de la gruta... No volvais sin traerla... ¡Oh! ¡cuánto la espero!»

Al fin llegó. Por la noche, cuando le fué presentada una pequeña botella del agua milagrosa, recogió sus fuerzas aniquiladas por la agonía, y asió convulsivamente la botella. La destapa, se encomienda á María; deslizanse por su boca algunas gotas del agua maravillosa y fresca; hace un supremo esfuerzo para tragarlas; se esfuerza de nuevo... La garganta se resiste. «No puedo...» murmura tristemente la agonizante. Los circunstantes se miran diciendo por lo bajo: «Seria necesario un milagro; y no habrá milagro.»

Francisca, no obstante, se obstina en conservar la botella en su mano. Por la noche, mientras se hacia el mes de María, fueron á decir al párroco: «Apresuraos, Francisca se va; tal vez no tengais tiempo de rezarle las últimas oraciones.» Corrió; la crísis que parecia precursora de la muerte cesó luego, agravando el peligro de la moribunda. Sus hermanos, viniendo de la fábrica, la encontraron tan

débil, que creyeron no llegar á tiempo para darle el último adios. Deshechos en llanto, no pudieron cenar.

La pobre jóven era víctima de una inflamacion insoportable. Manteníase firme en la esperanza. Toda la noche y el dia siguiente tuvo la botella en la mano. De cuando en cuando la soltaba para dejarla enfriar, y conociendo que no podria resistir la bebida, introducia aquella en su boca abrasada, para refrescarla por un momento. Sus labios casi inmóviles balbuceaban lentamente las sílabas favoritas: *¡Oh María, concebida sin pecado!*

Apercibiéndose una vez de que sus pobres padres lloraban, en medio de su agonía pudo decirles: «No lloreis. La Vírgen santísima me curará con esta agua.»

Su padre, hombre de fe, afligido por la enfermedad de su hija, pero sumiso á la voluntad de Dios, no fué á trabajar el viernes, á fin de recoger el último suspiro y la última mirada de su querida hija. Pasó el dia corriendo del dormitorio de la moribunda á la iglesia. Desolado por los dolores insoportables de Francisca, rezaba fervorosamente para obtener un alivio ó la terminacion por una muerte pronta, que sin embargo habia de desgarrar su corazon. Toda la aldea aguardaba á cada momento oir el toque á muerto; extrañábase la prolongacion de la agonía, y se compadecia á la amada jóven.

Hácia las dos horas de la tarde un profundo desfallecimiento hizo creer que se acercaban sus últimos momentos. Francisca balbuceaba:

«¡No puedo mas!... ¡Voy á morir!... Quiero ver á mi hermano.» Este llega al instante. Sin proferir una palabra, estrecha llorando la mano de su hermana, y se vuelve con vivo dolor á la fábrica.

Las Hijas de María preparaban sus vestidos blancos para el entierro. La misma Francisca algunos dias antes, á pesar de sus malogradas esperanzas, habia pedido á una de sus tias que fuese á buscar su traje de congreganta para que se lo pusiesen luego de muerta. El traje estaba preparado y Francisca lo habia visto, y ella misma habia indicado el puesto del armario en que su tia habia de ponerlo para que su madre no lo viese.

A eso de las cuatro horas de la tarde, el párroco le hacia su tercera visita de aquel dia. Francisca, con voz balbuciente y la vista encendida por la calentura, le dijo:

—¡Oh! señor cura, ¡yo ardo!... ¡ardo!... ¡Ah! ¡si pudiese beber un poco de agua!... Señor párroco, ¡vos debeis curarme!...

—Pobre niña, yo no puedo; ¡solo Dios puede hacerlo! Tened confianza en María; ofrecedle vuestros dolores; orad. Yo voy á la iglesia á orar tambien por vos.

Francisca quiso orar; mas los que la asistian veian que se acercaba mas y mas á la muerte.

La hermana del cura, que hacia tiempo no se movia del cuarto de la enferma, se retiró un momento. Detúvose á la puerta de una vecina hablando de Francisca, cuando de repente una voz conmovida y vibrante la llama. Era la madre de Francisca. Com-

prende que ha llegado el momento supremo, y se apresura para llegar á tiempo de recibir el último suspiro.

En el umbral la madre le dice temblando y con vivo y penetrante acento: « Francisca ha bebido, subid.» Llegaba apenas al cabo de la escalera, cuando sale un grito de alegría del lecho en que habia dejado á la agonizante: «¡Curada, Margarita, estoy curada!» En efecto, ve á Francisca sentada en la cama, radiante, dichosa, brillando de alegría sus ojos, la cual repite con voz sonora: «¡Sí, curada! ¡bien curada! Ved, Margarita, ved, es esta agua, la santísima Vírgen! Corred á decir al señor párroco que venga.»

Cuando un momento antes la hermana de este habia desaparecido, Francisca, exasperada por el dolor, habia reunido el resto de su energía para decir á su madre: «¡Oh! ¡no puedo mas!... ¡Me abraso!... ¡Me abraso!... ¡Madre, es preciso que beba agua fria! ¡Es preciso que beba!» Su madre la instaba para que probase algunas gotas de tisana. «No, quiero agua de la gruta. Ella ha de salvarme ó acabar conmigo... ¡Ah! la Vírgen santísima me curará.»

La madre llena de agua de la botella una cucharita y levanta á la moribunda. Francisca se refresca la boca con algunas gotas de esta agua; levanta la cabeza para ayudar á que penetrase en la garganta... Su cabeza cae un instante sobre el pecho. De repente, bajo la influencia de la inmaculada Vírgen aquel cuerpo agonizante se reanima, como por

un golpe eléctrico, alza la cabeza, el rostro se encaja, la vista recobra su brillo, desaparece el abatimiento, la voz desfallecida poco há resuena gozosa y vibrante: «¡Estoy curada, madre mia; estoy curada! ¡dadme mas agua, pues quiero beberla toda!» Y vació ella misma la botella en su boca. «Sí, curada, bien curada, repetia, ya podria levantarme.» Desde las primeras gotas habia experimentado que una inundacion de fuerza y de bienestar corria por todos sus miembros.

Eran las cinco y algunos minutos del viernes, 10 de mayo de 1867. Francisca bendecia á Dios, y su alma atendia solo á dar gracias á la santísima Vírgen, que acababa de salvarla.

Llega el padre, mira á su hija, cae de rodillas, y cuando puede dominar su corazon: «¡Es un milagro, un gran milagro! exclama; demos gracias á la Vírgen santísima.» Y oró hasta que lo hizo levantar la necesidad de abrazar á su hija resucitada.

El párroco vino á añadir su admiracion y oraciones á esta escena de alegría. «Yo he esperado, le dice Francisca, he creido, he orado, he bebido algunas gotas de agua, y estoy curada. Y si dijese que me duele ni la punta del dedo, mentiria.»

Entre tanto los dos hermanos nada sabian aun. El padre corrió á la fábrica. Al verle, los pobres jóvenes palidecieron, creyendo que su hermana habia muerto. No podian pensar otra cosa, tal como la habian dejado. Pero, ¡qué alegría! ¡qué lágrimas! ¡qué gritos de gozo!

Acudian en tropel los vecinos, y pronto fué co-

mo una procesion la concurrencia á la bendita casa. Francisca decia á todos: «La Vírgen santísima me ha curado; hé aquí la botella que contenia el agua de la gruta de Lourdes.»

Cuando el número de visitantes era crecido, decia con una fuerza de voz que excitaba la admiracion general: «Este milagro no se ha obrado para mí sola, sino tambien para vosotros. En cuanto á mí nunca podria amar bastante á la Vírgen; es menester que vosotros la ameis tambien. Todos, todos debemos amarla.»

A no resistirlo sus padres, Francisca se hubiera levantado de la cama, pues se sentia con fuerzas. Sin la menor dificultad tomó una gran taza de caldo. Durante la noche conversaba, reia con sus compañeras; despues de un apacible sueño comió naranjas y algo de pastelería; al dia siguiente pan y carne, siendo así que hacia tres meses que no habia podido tragar nada sólido.

Su hermano, al volver antes del medio dia, la encontró levantada y adornando un poco el altarcito del mes de María, que tanto la habia ayudado á orar y sufrir.

Todo el sábado y todo el domingo fué un ir y venir á ver á la jóven del milagro, la cual estaba gozosa, despejada y llena de vigor.

Hízose saber la curacion al médico, quien no queria creerla. Cuando no le fué ya posible dudar, dijo á una persona que le referia los pormenores:

—Pero ¿qué es, pues, esa agua? En verdad hace milagros. Pero ¡bah! sobrevendrá una crísis á no

tardar, y la jóven y el milagro se irán juntos.

—Pues si la curacion subsiste, le responde su madre, ¿creerás?

—¡Oh! entonces sí!

La curacion permaneció, evidente, espléndida; vió el médico á Francisca, que dos ó tres dias despues fué á pié á darle gracias á Carcasona. Vió, examinó, tocó aquel cuerpo declarado por él irrevocablemente perdido. «Verdaderamente, le dijo, no teneis el menor mal; estais perfectamente curada.»

Vió y dijo todo esto, y á ejemplo de tantos otros *sábios*, se declara vencido (es su palabra), mas no se atreve á confesar el milagro. Así son muchos; ante lo sobrenatural su pretendida ciencia retrocede espantada; y entonces, por huir de la evidencia que les empuja, que les aplasta, se refugian en el absurdo; entonces dos y dos no hacen cuatro, lo blanco es negro, lo cierto es impudentemente negado. Sí, digámoslo muy alto, entre diez médicos colocados frente de un milagro que hiere la vista, hay nueve á quienes una insigne mala fe ó el miedo impide que rindan gloria á Dios.

He conocido uno, cristiano práctico, que ante un hecho evidentemente sobrenatural me decia:

—Como cristiano, digo que esto es un milagro; como médico, digo que es inaudito, inexplicable.

— Y como médico cristiano, le preguntaba yo, ¿qué decís?

No me contestaba, tenia miedo á la facultad.

Dos meses despues de la milagrosa curacion de Francisca Pailliés, el digno párroco de Maquens

terminaba su relacion oficial de este modo: «Desde el dia de su admirable curacion Francisca trabaja todos los dias y goza de perfecta salud. De suerte que podemos certificar, y con nosotros toda la parroquia, que la curacion de esta jóven ha sido *repentina, radical y perseverante.*»

A fuerza de economías sobre los jornales de su trabajo, la buena Francisca pudo al fin hacer su peregrinacion á Lourdes en accion de gracias. En 29 de abril de 1868, á la caida de la tarde, se prosternaba delante de la sagrada gruta, loca de contento y llorando de amor.

XXXII.

Maravillosa curacion de un muchacho de quince años, mudo y paralítico.

El sábado, 18 de julio de 1868, hácia las seis horas de la tarde, un conmovedor espectáculo excitaba en Lourdes la compasion pública. Dos extranjeros llevaban por las calles de Lourdes una silla de manos, y sentado en ella un muchacho de quince años que apoyaba sus brazos en el cuello de los dos hombres. Uno de estos era su padre. El jóven se sostenia con trabajo, su cabeza tambaleaba, sus piernas pendian como muertas, balanceándose al movimiento de la marcha. ¿A donde iban? En Lourdes todo el mundo lo adivinaba: «Van á la gruta, decíase: ¡pobre niño! ¡pobre padre!»

Iban en efecto á esa gruta á donde corren los

pobres desesperados; á donde los atrae la Vírgen santísima, porque quiere ejercer en ella el poder de su bondad.

El muchacho Juan Pucheou era oriundo de Gouze, canton de Lagor, departamento de Orthez (Bajos Pirineos). Habia sido siempre de carácter tranquilo, amable, recto. Hacia cerca de dos años que se menoscababa su salud. Experimentaba extraña é invencible repugnancia á los alimentos ordinarios; enflaquecia visiblemente, y su debilidad era muy grande.

El dia de Pascua, 12 de abril de 1868, antes de vísperas, Juan estando de pié cayó de improviso, sin poder ya levantarse. Su madre le tomó en sus brazos y le puso en la cama. Desde entonces el pobre niño ha sido poco mas que un cadáver. Sus piernas flacas se resistian á sostenerlo; su cabeza bamboleaba sobre sus espaldas sin poder sostenerse; únicamente sus antebrazos habian conservado su movimiento; segun expresion de su padre todos sus miembros estaban «desligados.» Era necesario llevarlo como cuando era niño de teta. En tan triste estado era como un fardo, amado sin duda, pero bien pesado para sus padres, cuyo único recurso era el trabajo, y los cuales hubieron de constituirse prisioneros á su lado. De dia no podia estar en la cama, y lo colocaban en un hatillo de paja, en el cual le era imposible sostenerse sobre su espinazo. Encorvábase por sí mismo, y tenian que sentarse á su lado para darle un apoyo.

Un dia el rostro del enfermo tomó una ex-

presion extraña. Su boca se abria en ademan de querer hablar, y de su garganta solo salia el ruido de una respiracion trabajosa. Su lengua se habia arrollado en el fondo de la boca. ¡Pobre niño! ¡era ya paralítico, y se vuelve mudo!

Sus padres quedaron profundamente afligidos. Era su hijo primogénito, y habia sido siempre con ellos extraordinariamente tierno y afectuoso. Esa buena gente nó poseian tierras, ni casa, ni oficio; el padre no era mas que un jornalero del campo, y su mujer no aprendió sino los quehaceres domésticos. El muchacho, en edad de bastarse á sí mismo y de ayudar á su familia, habia de ser asistido como un huésped: el porvenir se presentaba muy sombrío.

Sin embargo, no habia perdido el conocimiento. Juan pudo ponerse en comunicacion con sus padres por medio de signos y por las violentas respiraciones que hacia para llamar la atencion. Mas su nudez, afligiendo su corazon, hacia mas difíciles sus cuidados y aumentaba una carga ya pesada.

Agudos dolores en el vientre atormentaban á menudo al jóven enfermo. Cuando eran muy fuertes, sentia como iban subiendo por su cuerpo hasta llegar á la cabeza. El sufrimiento de esta le hacia olvidar todo lo demás, y entonces daba lástima el verlo. Su respiracion ruidosa y fatigada, único llanto posible para él, destrozaba el corazon de sus padres. No sabiendo qué hacer para proporcionarse un alivio, dábase en la frente con los puños que le habian quedado libres. Si la crísis duraba mucho tiempo, ponia sus manos sobre el pecho con mues-

tras de angustia, y señalaba su causa. Comprendíanlo luego, y se cumplian sus deseos. Quedaba por espacio de diez ó doce minutos inmóvil, cerrados los ojos, la boca entreabierta y resollando; despues, vuelto en sí, señalaba su asiento de paja, en el que lo colocaban de nuevo. Esto ocurria una ó dos veces al dia.

Por la actitud del médico que lo visitaba, se habian persuadido los padres de que no comprendia nada tocante á una enfermedad tan rara y grave, y que no abrigaba la menor esperanza de salvar al niño. La madre habia preparado la ropa para el acontecimiento que todos creian cercano. Esta especie de agonía duró mas de dos meses.

Hácia el fin de junio, el muchacho llamaba á menudo por medio del ruido de su resuello, y hacia una gesticulacion muy animada, que llamó la atencion de sus padres. Hacia seña de un sitio lejano que no podian adivinar; luego meneaba sus brazos como si los tuviese rociados de agua, figuraba la accion de beber, juntaba sus manos como recogiéndose para orar, y con una viveza extraordinaria indicaba sus piernas; con sus gestos imitaba el andar y despues agitaba sus labios para simular el habla. Durante esta pantomima manifestaba una alegría inexplicable. Sus padres, que interpretaban sus necesidades y pensamientos de cada dia, estaban desorientados en vista de las manifestaciones impotentes de ideas para ellos impenetrables. Cuando despues de haberle mirado con ojo atento le decian: «No comprendemos;» el muchacho se apesa-

dumbraba y mostraba un profundo desaliento. El padre y la madre se preguntaban á menudo cuál podia ser el deseo de su querido enfermo.

Un dia, despues de la renovacion de esta penosa escena, á uno de ellos se le ocurrió de repente el decirle: «¿Quisieras tal vez visitar á Nuestra Señora de Lourdes?» Una alegría inmensa inundó todo el ser de aquel jóven. Al fin habia sido comprendido, al fin triunfaba. Agitó un buen rato la cabeza, sonrióse, exhaló su dicha en ruidosas respiraciones. «¿Qué quieres ir á hacer á Lourdes?» Y respondia por señas: «Lavarme, beber, orar.—¿Por qué?» Con gestos respondia: «Podria andar, podria hablar... Si no voy, no me curaré.» Es fuerza decir que el nombre de Nuestra Señora de Lourdes es popular en estas religiosas comarcas, y que antes de su enfermedad el muchacho habia oido hablar de las curaciones que obra el agua en la gruta.

Despues que hubo sido comprendido, el pobre Juan reiteró todos los dias y muchas veces cada dia su súplica de efectuar la peregrinacion. Túvose la ocurrencia de preguntarle: «¿Quién te ha sugerido la idea de ir á Lourdes para curarte?» Sin vacilar el niño levantó un dedo hácia el cielo. «¿Es la santísima Vírgen quien te lo ha dicho?» Hizo una seña de asentimiento. Desde su enfermedad nadie le habia hablado de Nuestra Señora de Lourdes. Era una inspiracion del todo sobrenatural, tanto mas notable, cuanto que aquel muchacho tenia póco desarrollada la inteligencia.

Prometiósele llevarlo á Lourdes, sin que hubiese

de ello verdadera intencion. La fe no dominaba todavía el alma de sus padres, pero el hijo instaba mas y mas de cada dia; la súplica de su mirada era mas tierna, y algunas veces sus gestos eran apremiantes y vivos hasta la impaciencia. Entonces su padre reflexionó sobre una esperanza, que consideraba como una puerilidad, y dijo para si: «El muchacho ha sido siempre prudente; se ha conservado inocente: la Vírgen santísima le escuchará.» Y resolvió en su corazon el viaje á Lourdes, cuyo dia indicó á su hijo. Grande fué su alegría, haciendo animadas demostraciones de confianza en su curacion, y desde entonces diciendo por señas á cada momento: «¡Irémos... y seré curado!...»

Mas llegado el dia convenido, dice el padre que le era imposible partir. El pobre muchacho, vivamente contrariado, se cayó de su poltrona al suelo, cuyo accidente se repitió constantemente desde entonces.

Por fin quedó fijado el viaje para el sábado 18 de julio, y se alquiló una carreta. Juan se volvia loco de contento cuando supo que su peregrinacion era cierta, y no pudo conciliar el sueño en toda la noche del viernes. A intervalos dispertó á su padre con el ruido violento de su respiracion, y á duras penas pudo retenérsele en la cama hasta el amanecer. Cuando estuvo colocado con su pequeña poltrona en el carruaje, su júbilo llegó á su colmo.

Aproximábase la carreta á Lourdes, cuando no una verdadera voz, pero sí una respiracion articulada, dice: «¡Padre, padre!...» El padre mira á Juan

y este repite: «Padre, ¿voy á curarme?...» Y sacó su lenga fuera de los labios. Estremecióse el padre, se sintió lleno de esperanza, y dió gracias á Dios por esta primera bendicion. El hijo no tenia mas movimiento que la víspera, ni su garganta producia sonido ninguno; pero articulaba su respiracion, movia su lengua y parecia admirado. Desde aquel momento oró pronunciando las palabras y juntantando con fervor las manos. De cuando en cuando se interrumpia para decir, siempre de la misma manera: «Padre, voy á curarme..., andaré, hablaré;» cada una de cuyas palabras acrecentaba la confianza del padre.

Llegan por fin á Lourdes. El pobre muchacho fatigado es llevado con su silla por su padre y el carretero, siendo muchas las personas que encontraron á este cortejo de dolor. Delante de la gruta y una vez colocada en tierra la silla, los dos hombres se arrodillaron y los tres rezaron con fervor. El muchacho murmuraba el *Padre nuestro* y el *Ave María*. El corazon del pobre padre se dirigia á la misericordiosa Vírgen. El enfermo es transportado á uno de los aposentillos que encierran la piscina del agua milagrosa. Desnúdanlo, y su padre lo toma en sus brazos, mas inerte que un niño que acaba de nacer, dislocado y doblándose en todos sentidos. Lo sumerge en el agua, y lo sostiene. Ora el hijo, el padre ora lleno de ansiedad y de esperanza, y echa agua sobre la cabeza de Juan. Pocos minutos despues se oye una palabra, clara, sonora: «¡Padre!» A esta voz, que no habia oido dos meses

hacia, queda inundado de felicidad el pobre padre, quien de pronto no puede hacer mas que dar un grito de admiracion: «¡Oh, Dios mio!»—«Padre, dice la voz, podeis sacarme: ya estoy curado.»

El muchacho habia sentido renacer la vida en sus piernas; se doblaban, se mantenian firmes en el fondo del baño; al mismo tiempo se fortalecia el resto del cuerpo; habla sin premeditarlo, por instinto; se eleva impelido por el agua y se pone en pié. De los ojos del padre saltan dos gruesas lágrimas, y caen en aquella agua que le devolvia sano su hijo. Juan se sienta al borde de la pila.

«Yo tenia el corazon *cerrado*, decia su padre; las lágrimas me impedian ver á mi hijo.» Lo toma de la mano, y el hijo por la vez primera despues de tres meses está allí de pié, delante de él, sin apoyo de nadie, hablando y sonriendo. El muchacho se viste y calza él mismo; y en aquel momento el carretero, que habia salido un poco antes, entra y exclama: «¡Dios mio! ¡oh! ¡esto es un milagro!»

Van todos á postrarse delante de la santa gruta, y pronto el jóven, sin ser sostenido, sube por la peña y llega á la casa de los misioneros.

Cuando el misionero que ha recogido estos interesantes detalles dijo al padre: «Sois muy dichoso,» este no pudo contestar sino por un sonido inarticulado; su palabra y su mirada quedaron un momento embargados por las lágrimas. La emocion sufocaba á cada instante su voz mientras referia la enfermedad y la curacion de su hijo. Lo que no podia expresar era su reconocimiento hácia

Aquella que lo salvaba del llanto y de la miseria.

El muchacho parecia que experimentaba la dulce sorpresa del dispertar despues de un fatigado sueño. Entró en la poblacion á pié, sin apoyo de brazo alguno. El movimiento de sus piernas, extremadamente delgadas, era lento y poco seguro. Al dia siguiente, á las cinco y media de la mañana anduvo el trayecto de la poblacion á la gruta. Confesó y comulgó; estaba contento y gozoso.

Al ver que un obrero llevaba al misionero una limosna para la construccion de la capilla, el padre de Juan miraba con santa envidia las monedas de oro que brillaban sobre la mesa: «¡Ah! dijo, ¡qué dichosos son los que pueden dar! Yo tambien quisiera dar para la bondadosa Vírgen santísima... pero, ¡pobre jornalero, nada tengo!»

Como en la víspera, Juan volvió á Lourdes sin apoyarse en nadie. Los peregrinos subieron al carruaje, y á las once de la noche llegaban á la puerta de su casa. Mientras que al oir el ruido de la carreta la madre, que esperaba ansiosa, encendia una luz é iba á recibir á los viajeros, Juan bajaba casi sin ayuda de nadie. Su madre lo encuentra, y á su presencia se para. «¡Madre, estoy curado!» dice Juan. La pobre mujer sintióse desfallecer y creyó caerse. Pasada esta peligrosa emocion, miraba silenciosa, sin poder dar crédito á sus ojos. Era, sin embargo, su hijo; pero que salia de los brazos de otra madre, la santísima Vírgen.

El ruido de la carreta y la voz de la madre, cuyas primeras palabras fueron de felicidad, hizo que

muchos vecinos se levantasen y fuesen á tomar parte en aquella alegría. No podian figurarse que el muchacho que andaba, hablaba, reia á su vista, fuese el mismo que en la víspera habia partido paralítico, mudo, amenazado de una cercana muerte. Al cabo de pocos dias toda la comarca sabia la curacion del muchacho de Gouze, y bendecia á Nuestra Señora de Lourdes.

Cerca de dos meses despues el jóven Juan volvió á la gruta. Habia ya andado buenos trechos, y empezaba á dedicarse al trabajo. Su alegría, su buena salud, su dicha, encantaban á su padre.

Juan ama mucho á la Vírgen santísima y se goza en hacerle oracion. A veces deja la comida y desaparece; búscalo su padre, y lo encuentra con sorpresa en un rincon arrodillado y orando. La poderosa y dulce mano que ha curado su cuerpo, ha impreso su sello en esta alma inocente.

No hay, pues, que admirarse de ver estos milagrosos favores, otorgados casi exclusivamente á los pequeños del mundo, á los niños, á los pobres: este es el órden equitativo de la divina Providencia. Los ricos tienen los médicos y boticarios; pueden pasearse en Cauterets, Bareges, Luchon, Aguas Buenas, en todos los baños de mar: los pobres y los pequeños solo tienen á Dios, la santísima Vírgen y los milagros. En cuanto á las madres y á las jóvenes, se concibe por qué la Vírgen María se complace en tratarlas como privilegiadas, aun cuando sean ricas.

XXXIII.

Curacion de una madre de familia, atacada de un cáncer en la lengua.

El dia 3 de noviembre de 1869 habia delante de la gruta de las apariciones un grupo de peregrinos que pedian con fervor á la Inmaculada Vírgen la curacion de una jóven madre de familia, cuya situacion era casi desesperada, y cuya pérdida hubiera sido la muerte de toda una familia. Dos clérigos habian querido asociarse á esta piadosa peregrinacion, y oraban con fervor, arrodillados en medio de sus amigos.

La existencia de María Lassabe, de Montfaucon (Altos Pirineos), estaba en efecto amenazada por un cáncer muy alarmante. Era todavía jóven, hija única, muy querida de todos los suyos y madre de un hermoso niño.

De repente la señora Lassabe habia experimentado en el fondo de la garganta la sensacion de la película de un grano de trigo, cuya punzante espina se hubiese clavado en la carne. Su dolor aumentaba por momentos, y no podia ya comer con regularidad. Hinchósele la lengua, se le volvió dolorosa y dura, particularmente de un lado, y tomó aquel temible color que revela el cáncer. No podia menearla sin gran pena; casi no podia hablar, y experimentaba gran dificultad para comer: el 3 de noviembre habia pasado diez y siete dias sin haber

podido tragar nada sólido; su vida se sostenia con sopa, papilla y otros alimentos de esta clase. Nada se omitió para combatir al mal. Viéronla médicos que ordenaron los remedios aconsejados para tales casos; mas á despecho de los medicamentos el mal se agravaba.

Era tan abultada la lengua y tan apremiante la necesidad de aplicar á todas sus partes los linimientos, que tuvieron que quitársele los dientes para que estuviese mas libre.

Acompañada la señora Lassabe de su médico, fué á consultar á los de Tarbes. Los unos hablaron de cauterizar la lengua, si llegase á abrirse; otros indicaron otros medios; mas todos estuvieron unánimes en reconocer la gravedad del mal. No pudieron disimular del todo su impresion, y la pobre enferma comprendió muy bien que temian por su vida.

Al salir de estas visitas, la señora Lassabe estuvo en casa de una de sus amigas, y habló de su mal con toda la emocion que le habian comunicado las palabras harto transparentes de los médicos. «Y bien, dijo aquella señora tomando de una cómoda un frasco; puesto que estais aquí, tened confianza en Nuestra Señora de Lourdes y bebed de esta agua, que viene de la gruta.» Estaba expresamente recomendado á la enferma que no bebiese nada frio; tomó con ánimo el agua, y muy pronto se encontró aliviada. Mas esto no era sino un pequeño aliento que le daba la Vírgen santísima, porque dos dias despues una recrudecencia del mal renovó todas las inquietudes.

Empezóse á reconocer que los medios humanos serian impotentes; y la idea de ir á Lourdes á buscar una curacion poco menos que desesperada, habia ya ocupado vagamente el alma de María Lassabe y la del párroco de Montfaucon. El haberse agravado la enfermedad hizo que se resolviese el proyecto, fijándose la peregrinacion para el dia 3 de noviembre. La víspera el párroco preguntaba á uno de los médicos:

—¿Puede esta enfermedad curarse repentinamente?

—Nó, le respondió.

—Y si la enferma se cura mañana de improviso, ¿qué diréis?

—¡Ah! diré que la curacion no proviene de nuestros remedios.

Aquel dia, 2 de noviembre, la enferma se encontró peor que los demás dias. Habíase aumentado su sufrimiento; apenas podia tomar algunos líquidos: tuvo el antojo de comer un grano de uva, y no pudo tragarlo.

El miércoles, al momento de la partida, nada se habia cambiado: los mismos dolores, la misma debilidad en extremo penosa. La señora Lassabe tuvo que guardar silencio todo el camino; se evitaba el hacerla hablar para ahorrarle el dolor que cada palabra le causaba. Cuando proferia una palabra, apenas se dejaba oir su debilitada voz.

Los dos clérigos que iban á ayudarla en sus oraciones, celebraron la misa en la cripta á las diez y media. Durante el santo sacrificio, María sufria

horriblemente, mas que nunca: parecíale que le arrancaban la lengua. Llena de fe y energía, recibió no obstante la sagrada Comunion, pero con dificultad suma. Todos los esfuerzos de su voluntad no pudieron hacer menear la lengua, y no puede decir cuándo tragó la santa Hostia.

Desde el principio de su mal sus piernas estaban habitualmente doloridas; pero en aquel momento apenas podian llevarla, y bajó á la gruta con extraordinario trabajo.

Allí oró largo tiempo con una confianza ilimitada. Antes habia dicho: «Me curaré; lo creo así.» A pesar de la recrudecencia de sus dolores, no obstante el carácter fatal de su enfermedad, conservaba firme su esperanza.

Despues de haber orado, se levantó para beber un vaso del agua milagrosa; en lo cual hubo de emplear largo tiempo, pues no podia tragar á la vez mas que un pequeño sorbo, y aun con un verdadero suplicio. Se arrodilla; sus compañeros oraban á dos coros y en alta voz, pero ella en silencio. Empezaron las Letanías de la Vírgen, á las cuales se une de corazon en la imposibilidad de hacer otra cosa. Hácia la mitad, un frio repentino recorre todos sus miembros; siente que su lengua se desata y adelgaza, conoce que va á poder hablar. Lo ensaya... y suavemente responde: «¡Rogad por nosotros! ¡Rogad por nosotros!» Su lengua estaba ágil. Conmovida, incierta, no osaba proferir un sonido. Mas, concluidas las invocaciones, una voz clara y firme articula libremente estas palabras: «Dad-

me otro vaso de agua; quiero beber mas.» ¡Era la voz de María Lassabe! Sus compañeros miran atónitos; preséntanle un vaso, y lo bebe de un sorbo sin la menor dificultad.

La primera sorpresa se convirtió en una inmensa alegría. Todo dolor habia desaparecido; no le dolian la lengua, la cabeza, las piernas, ni otra parte del cuerpo.

Todos estaban en ayunas, y era tarde. La señora Lassabe sentia una necesidad desacostumbrada de alimento. Se ponen las provisiones sobre la yerba, y se presentan á la querida enferma los alimentos líquidos preparados para ella. No los quiere; toma un pedazo de pan, y lo come; toma carne, la mastica, la traga sin el menor sufrimiento, y mastica con preferencia por el lado mas dolorido de su lengua. Acuérdase de que hacia diez y siete dias que su estómago no habia recibido un solo alimento sólido, y que el dia anterior le habia sido imposible tragar un grano de uva.

En este intervalo los dos clérigos vuelven á la gruta, yendo en pos de ellos el padre.

—¡Y bien! dice el Párroco.

—¡Está curada! responde el padre.

—¿Es posible? Os chanceais; no debiérais hacer estas bromas.

—Señor párroco, mi hija está curada, ha comido; venid á verla.

El bueno del Párroco se adelanta, no acabando de creer todavía. La jóven lo recibe alegre y sonriendo; habla, refiere con emocion el momento de

sible leer. Desalentada por la ineficacia de los remedios, al cabo de dos meses abandonó toda clase de medicacion, y el mal empeoraba cada dia.

El sábado 20 de noviembre llegó triste con su hermana al colegio: habia confesado á sus padres que ya no veia, y el desconsuelo de la familia habia llegado á su colmo. Las dos hermanas lloraban, y con ellas sus compañeras, conmoviéndose tambien las maestras: acordaron hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes, la que se empezó aquel mismo dia, y á cada ejercicio el fervor de la infantil reunion parecia redoblarse, rogando á Aquella que nunca fué invocada en vano.

Terminó la novena el domingo, dia 28. La niña enferma, su hermana, muchas alumnas y todas las religiosas recibieron la sagrada Comunion, con el propósito de hacer al cielo una santa violencia. Despues del santo sacrificio, una de las religiosas se fué al lado de la pobre niña para bañarle los ojos con agua de Lourdes, y la encontró apoyada en una mesa, llorando y temblando todos sus miembros. «Ya veo, exclama la niña; despues de la Comunion he visto que hacia un hermoso dia, y he tenido miedo; despues, este dia ha continuado.» Su emocion se convirtió en lágrimas y en un temblor general.

Un grito de alegría estalla en toda la casa: su hermana, las profesoras, las compañeras lloraban abrazándola y felicitándola. El venerable Pastor de la parroquia, que habia compartido el dolor de su pequeña feligresa, acudió presuroso á tomar

parte en la general alegría, y para hacer constar por sí mismo la verdad del hecho, pues la enferma de la víspera leyó en su presencia libros elegidos á propósito, cuyos caracteres eran muy diminutos.

Desde aquel dia la dichosa niña sigue sus clases en medio de sus compañeras admiradas, y estudia las lecciones teniendo el libro á una distancia regular de la vista y sin fatigarse. En accion de gracias á la inmaculada Vírgen María, salud de los enfermos, se empezó una novena.

XXXV.

Curacion de un guarda-barrera, referida por él mismo.

Guillermo Jaffart, guarda-barrera de la estacion de Lespouey-Laslades, en el ferrocarril del Mediodía, en los Altos Pirineos, tuvo la dicha de ser curado milagrosamente por la Vírgen de Lourdes en 23 de abril de 1869. Hé aquí cómo él mismo ha contado al misionero de Lourdes lo que le pasó. Lo copiamos textualmente:

«He sido siempre robusto, pero largos trabajos á la intemperie me ocasionaron, hace mas de siete meses, dolores que pronto me impidieron la accion. El médico decia que era un reumatismo crónico. Guardé cama, incapaz de menearme, tres meses enteros. Cuando queria mover una pierna, llamaba á mi mujer ó á uno de mis hijos menores, el cual subia á la cama. Mis sufrimientos eran atroces. Al

«caerás.—No, andaré tan bien como tú.» Tomé mi linterna de servicio y partimos. Mi mujer me dijo: «¿Y quieres que dejemos á los niños?—La Vírgen «santísima los guardará!» Llegamos á casa del vecino, distante unos 200 metros, por un mal camino. Levantáronse, y ¡juzgad si quedarian sorprendidos! ¡seria preciso verlo! Son gente muy buena y religiosa; á todos hice beber un poco del agua que habia traido. El dia siguiente llegué sin necesidad de baston á la estacion de Lespouey, habiendo andado dos kilómetros. Al verme, la señora del jefe exclamó: «¡Es posible! ¡ved á Jaffard cómo anda! «¡Oh! ¡es un gran milagro!» Todo el mundo quedó admirado. Yo iba por las cercanías de la línea. Mirábanme mis camaradas, no pudiendo persuadirse que fuese yo, y me decian: «Habeis hecho bien en «ir á Lourdes, Jaffard; dígase lo que se quiera, hay «un Ser supremo. La confianza es todo. Vos la ha«beis tenido en la Vírgen. Hé aquí un milagro.»

«Habia prometido venir á traer las muletas, y hoy he llegado.

«En toda la línea me felicitaron mis camaradas. En Lourdes, cuando me vieron con las muletas en la mano, me dijeron: «Mirad á Jaffard que lleva «sus muletas á la gruta.» Nadie me dirigió una palabra mal sonante. La primera vez se me habia dicho que haria mejor en irme al hospital de Valence-d'Agen, en mi país, y ni siquiera lo escuché. Partí desde la poblacion llevando mis palos en la mano.

«Sufro todavía un poco, no estoy del todo bien,

pero confio. Mis piés eran enormes, vedlos deshinchados. No podia doblar del todo el espinazo, estaba tieso como una estaca: de repente me metí en el baño, y despues me doblé hasta el suelo. ¡Oh! la Vírgen santísima me pondrá en estado de ganarme la vida y alimentar á mis pobres hijos. Entre tanto oraré siempre, y no será necesario decir á mi mujer y á mí, os lo fio, que cumplamos nuestros deberes de buenos cristianos. ¡Oh! me curaré enteramente, y vendré aquí todos los años.»

XXXVI.

Curacion instantánea de una jóven aldeana, tísica.

Algunos dias despues de haber curado al guarda-barrera, á quien acabamos de oir, la Vírgen santísima devolvia la vida á una jóven aldeana de Julos (Altos Pirineos), llamada Magdalena Latapíe. Parecia que esta jóven piadosa y buena tenia todo lo necesario para atraer las miradas de la Inmaculada Vírgen y alcanzar un milagro.

Hácia el fin del año 1866, Magdalena Latapie, que contaba entonces quince años de edad, estaba ya en tal estado de languidez y padecimiento, que se la creia perdida. Tenia una tísis pulmonar. Encorvada bajo el peso de sus dolores, pálida y decaida, pudo no obstante durante algunos meses ir penosamente hasta la iglesia, á la cual desde su

casa se llega en dos minutos, empleando ella media hora en hacer este camino. Pronto fué necesario llevarla, y últimamente haciendo sus fuerzas traicion á su celo por Dios y á su amor á la santísima Vírgen, debió guardar cama, de la que en concepto de sus padres, amigos y médicos no podia salir mas. Era esto á fines de junio de 1867.

«Durante esta enfermedad, que se prolongó hasta el setiembre, escribia su confesor, le llevé todos los domingos la sagrada Comunion. Entonces mas que nunca edificaba á los que, acompañando al Santo Sacramento, iban á orar al pié de su cama. «Qui-«siera morir, me decia alguna vez, pues que soy «una carga para todo el mundo.»

Sin alimento, porque su pobre estómago nada podia soportar, permaneció cuatro meses entre la vida y la muerte. A instancia del padre de Magdalena, la visitó un médico extranjero, y de acuerdo con el de cabecera, dijo al salir hablando del mal: «Esta jóven no vivirá mas de cuatro dias.» Al dia siguiente Magdalena recibió los últimos Sacramentos. «¡Pobre niña! decia el padre de la moribunda; ¡pobre niña! ¡morir tan jóven!» Mas Dios, que burla la ciencia de los hombres, tenia otros designios sobre aquella jóven.

Magdalena creia tambien que iba á comparecer delante de Dios. Su confesion la habia dejado en una paz profunda. La gracia llenó su alma del solo deseo de amar siempre á Jesucristo. Tenia diez y seis años, y el pensamiento del mundo la espantaba. Temiendo pecar al volver á la vida, pidió la

muerte, y prometió á la santísima Vírgen hacerse Religiosa, si no la alcanzaba.

En el mes de mayo de 1869 se hizo conducir á la gruta de Lourdes; mas no consiguió alivio, y la pobre jóven continuó arrastrando una «vida moribunda» con los padecimientos, sostenida únicamente por los consuelos de la piedad.

Hácia el principio del año 1869, un sueño misterioso vino á regocijar á su alma y á alentarla en su languidez. Una persona muy conocida le decia: «Vé á la gruta: serás curada.» El sonido de esta voz penetró todo su ser, y un sentimiento de alegría la hacia repetir, hasta durmiendo: «Seré curada.»

Se despertó, y con ella todos sus dolores; la opresion del pecho, la fatiga en la respiracion, la debilidad de todos sus miembros. Pero la impresion de la promesa continuaba muy dulce y sensible. El recuerdo del sueño, y las palabras: «Anda á la gruta, serás curada,» le venian contínuamente á la memoria y dejaban en su corazon una singular esperanza. Con todo, no era esto mas que un sueño. Pero los sueños ¿no vienen alguna vez de Dios?

Algunos dias despues, la enferma pidió con temor á sus padres que le permitiesen hacer una peregrinacion á Lourdes, y se lo prometieron vagamente para cuando se presentase ocasion oportuna. Mientras la esperaba, aumentábase su deseo y venia á ser una de esas necesidades impacientes, tan frecuentes en los desgraciados á quienes devora la tísis.

Magdalena tenia una amiga querida y devota, la maestra de la aldea, su antigua preceptora, á la cual debia sus hábitos de piedad. Quiso ser su compañera de peregrinacion. Despues de haberla aplazado de jueves en jueves, por fin se fijó definitivamente para el 29 de abril.

La pobre tísica fué colocada sobre una borrica, á quien seguia la maestra á pié, acompañada de otra amiga, llamada Paulina. Magdalena estaba gozosa; la voz del sueño, cuyo eco resonaba aun en su corazon, no la dejaba dudar de su curacion. Mas luego la fatigó el tranquilo andar de su cabalgadura. El viaje duró á lo sumo hora y media. Llegada á Lourdes, estaban ya agotadas sus fuerzas, y era necesario atravesar las calles con gran lentitud. Bajó delante del portal de la poblacion, y emprendió á pié el camino hasta la roca. Apoyada del brazo de su amiga, jadeante y con el pecho dolorido, empleó quizás una hora en recorrer una distancia de diez minutos. Su extremada fátiga no fué bastante para impedir en su alma una impresion de dicha y de esperanza, á la vista de los muros de la capilla.

La primera visita fué para la cripta. En un descanso de una hora, ocupado todo en la oracion, Magdalena sintió vivamente el hastío del mundo con deseos de dejarlo, renovó su voto de la vida religiosa y pidió su curacion, mas á condicion de que fuese provechosa á la salvacion de su alma.

Una circunstancia hizo que bajase sola el sendero de la gruta. A pesar de la lentitud de sus pasos,

llegó fatigada y se arrodilló. Desde sus primeras miradas á la imágen de la Vírgen, enterneciése en gran manera su corazon, y le arrancó abundantes lágrimas. Oró un buen espacio, y de nuevo se ofreció á María Inmaculada para tomar el velo. La necesidad de tomar algun alimento arrancó de la gruta á las tres compañeras, y sin haber aun bebido en la fuente, fueron á comer sobre un banco de piedra, en medio de la yerba.

Era cerca de medio dia cuando volvieron á la roca. Magdalena oraba todavía, pero luego se dirigió al manantial. Mientras andaba aquellos pasos con dolor y encorvada por la debilidad y por la enfermedad del pecho, decia para sí y casi sin advertirlo: «¡Esto es ahora!»

Bebió dos vasos del agua milagrosa con cierta impresion tranquila. Su ser no experimentaba ya sacudidas ni emocion: únicamente se sintió de pronto descansada, admirándola este súbito bienestar. Sin embargo, nada dijo, y se arrodilló otra vez para continuar rezando con sus compañeras.

Serian las dos de la tarde, cuando la lluvia las echó de la gruta. La maestra digo á Magdalena: «Salid vos primero; yo os alcanzaré á los pocos pasos.» Obedeció la tísica, pero un instante despues retrocede. «¡Estoy curada! ¡estoy curada!... ¡ando!... no me alcanzaréis.» La maestra, estorbada por el ruido de la lluvia y del viento, no entendia aquellas palabras; pero vió que Magdalena se sonreia, que retrocedia y andaba con suma ligereza. Aturdida, se preguntaba vagamente: «¿Veré yo un milagro?»

Magdalena subia, subia rápidamente; estaba como atónita, y no podia fijar su pensamiento; no se reconocia á sí misma. No sentia dolor ni fatiga alguna, el pecho estaba dilatado, la respiracion fácil, su bienestar era completo y profundo, rebosando el corazon de una alegría desconocida. Iba subiendo, y al fin experimentó como una gran sacudida en su alma, prorumpiendo en llanto. «¡Oh Madre mia, Vos me habeis curado!» exclamó, y precipitando el andar, caminaba dando gracias á la Vírgen santísima.

Sus dos compañeras se habian quedado atrás. Al llegar á la cripta, vieron á su tísica arrodillada, y la dejaron para orar. Magdalena lloraba. La emocion de una felicidad repentina, inmensa, y el amor á la Vírgen María penetraban su corazon. No podia articular una sola sílaba; mas su alma bendecia á Nuestra Señora de Lourdes y de nuevo se entregaba á su Madre celestial por el voto de religion que ella sin embargo consideraba como un favor. La afortunada Magdalena lloró largo rato.

La maestra se levantó al fin, y fué á decir á su amiga: «Envio á Paulina á que traiga la borrica. —¡Oh! no, responde con presteza Magdalena, ya no la necesito; Paulina la montará.» La maestra hizo un gesto que queria decir: «¡Vamos, pues, niña loca!» Salen luego las tres. La maestra toma el brazo de la jóven; bajan por el sendero, por el lado de la casa de los misioneros, y se sientan encima de la muralla que rodea el camino real. Al cabo de un rato Magdalena dice conmovida: «Señorita, debo

declarároslo: estoy curada, bien curada. Ya no tengo mal; andaré hasta la aldea; ¡la Vírgen santísima me devuelve la vida!» Y se arroja en brazos de su amiga.

Despues de los besos, de las lágrimas y risas de felicidad, se encaminaron rápidamente á Lourdes. La maestra estaba aturdida; la poco antes tísica hacia cosas, algunas horas antes imposibles para ella; veíala curada, y aun dudaba. Sus compañeras obligaron á Magdalena á montar la borrica para atravesar la poblacion; pero al poco rato se apeó y se puso á andar con ligereza. La maestra, persuadida como toda la aldea de que la muerte de la jóven tísica estaba próxima, y familiarizada con esta idea, luchaba desde la salida de la capilla con la evidencia de la curacion. La veia con sus propios ojos, la tocaba con sus manos, y no podia aun dar crédito á su amiga ni á sí propia; pero en vista de este espectáculo no pudo dudar mas. «¡Oh! ¡Magdalena! exclamó; ¡Magdalena, verdaderamente la Vírgen santísima os ha curado!»

Magdalena llegó á pié hasta Julos. Al dia siguiente se fué al campo, y por la vez primera en su vida se encorvó hácia la tierra para trabajar con sus padres. Hubo en la aldea una admiracion y una alegría generales.

Desde entonces no sintió Magdalena la menor opresion ni sombra de dolor en el pecho.

Pocas semanas despues de sn curacion, hacia en compañía de la maestra otra peregrinacion en accion de gracias, y toda gozosa bajaba una cuesta

corriendo. «Magdalena tiene diez y ocho años, dice un misionero que la vió entonces. Es de estatura alta, y parece haber completado su desarrollo. El color natural de su cara indica una salud perfecta. Cuando niña, no pudo trabajar apenas; hoy desempeña, sin fatigarse, todos los quehaceres de una numerosa familia labradora. Su amiga la acompañó en siete ú ocho viajes que hizo á pié y sin cansarse á la roca de Massabieille. Creia no poder rendir jamás tantas gracias como ella quisiera á Nuestra Señora de Lourdes. ¡Y sin embargo, cuán recogida y fervorosa parecia su oracion en la gruta, y cuánto parece amar esta dichosa jóven á esa Señora que le ha dado la vida!»

Hé aquí la declaracion del médico que ha seguido todas las fases de la enfermedad:

«El infrascrito declara que Magdalena Latapie, del término municipal de Julos, de diez y ocho años de edad, atacada de una fuerte anemia y de tísis de segundo grado, se hallaba cuatro años hacia en un estado tal de postracion, que los recursos del arte eran impotentes para contener el mal, conforme lo han declarado muchos médicos de acuerdo conmigo.

«Sin saber la causa, la he visto repentinamente curada; y afirmo que esta curacion excita en el mas alto grado mi admiracion, igualmente que el de todo el distrito.

«Adé, 19 de mayo de 1869.

«*C. Larré.*»

Francamente, motivos habia para admirarse.

XXXVII.

Notables curaciones de niños, obradas recientemente por el agua milagrosa de Lourdes.

Digámoslo desde luego: parece que la dulce y maternal Vírgen de la gruta tiene una predileccion especial á los niños; á una niña, la pobre Bernardica, quiso aparecerse en las rocas de Massabieille, y á los niños, vivos imágenes de su Infante Jesús, dispensa con preferencia sus milagrosos favores. De este modo llena entonces un doble objeto, curando el corazon de la madre con el mismo poder con que cura el cuerpo del hijo.

Hé aquí agrupados, como un pequeño ramillete de capullos de rosas, cinco hermosos milagros, evidentes, esplendentes, que con amor depositamos en la santa gruta, á los piés de Aquella que se ha dignado obrarlos. Estas rosas son todas frescas, contando apenas dos años de fecha las gracias que vamos á referir.

El primero de estos milagros ocurrió en el mes de junio de 1869 en Clermont-Lodeve, diócesis de Montpeller, en un muchacho de seis años, llamado Enrique Michel.

Este pobre niño habia sido atacado de una calentura perniciosa que desde los primeros momentos puso su vida en peligro. Habian pasado los dos primeros accesos, y los médicos esperaban con ansiedad el tercero, que se presentó terrible. Enrique

entró en un abatimiento que parecia ya la inmovilidad de la muerte. Su figura era cadavérica. El abuelo de Enrique habia muerto de igual calentura en la postracion que siguió á la tercera sesion.

El médico habia dicho ya á la hermana mayor: «Es perdido;» y á la Religiosa que cuidaba al enfermo acababa de decir confidencialmente: «Id á encontrar á su madre, preparadla, y del mejor modo que podais anunciadle que su hijo tiene los instantes contados.»

La pobre madre, atónita, se habia retirado á su aposento donde oraba hacia tres horas, esperando que la Hermana viniese á traerle la fatal noticia. De repente siéntese inspirada de hacer un voto á Nuestra Señora de Lourdes, y promete hacer una peregrinacion con su hijo, si la Vírgen Inmaculada se digna salvarlo. Levantóse en seguida diciendo á su hija: «Ahora ¡cúmplase la voluntad de Dios! voy á dar á Enrique agua de Lourdes. Es la primera cosa que bebió al nacer; será la última antes de su muerte.» Aquel mismo dia habia desaparecido todo peligro.

Tres meses despues esta piadosa señora, cumpliendo su voto, referia delante de la gruta lo que la santísima Vírgen habia hecho por su querido hijo; y el mismo Enrique estaba allí, fresco, vigoroso, gozoso, oyendo su historia. «Mamá, dijo, he rezado tres veces la oracion á la Vírgen santísima. ¿Qué debo hacer ahora?» Su madre lo introdujo en la gruta, en la que la familia rezó el Rosário con un fervor fácil de concebir.

En Tolosa quiso la Vírgen coger la segunda rosa de nuestro ramillete; y hé aquí cómo un piadoso hijo de san Francisco, el P. María Antonio, trasladó el hecho al director de los *Anales de Lourdes:*

«Mientras yo predicaba el Jubileo en una de las grandes parroquias de Tolosa, se me presentó una jóven madre de familia, hablándome con viva emocion de Nuestra Señora de Lourdes, y diciéndome que queria confesarse para ofrecerle una Comunion en honra suya y pagarle una deuda de reconocimiento. Refirióme la interesante historia que acompaño. Será muy útil su publicacion para bien de las almas, porque en ella se verá cuánto atiende Nuestra Señora de Lourdes á la pureza de conciencia, y que una Confesion y una Comunion bien hechas son los medios por excelencia para alcanzar sus favores.

«Hé aquí el hecho al pié de la letra:

«Los cónyuges Montcassin, habitantes en Tolosa, tienen un niño llamado Luis, nacido en 25 de julio de 1867, y enfermo desde su nacimiento. Esta enfermedad que, segun los médicos, provenia de una gran debilidad de los riñones, lo habia postrado de tal modo, que no podia valerse. Aunque tenia ya cerca de tres años de edad, no solo no podia sostenerse derecho, pero ni poner los piés en tierra sin prorumpir en gritos de dolor.

«Despues de muchos cuidados, los médicos habian renunciado á curarlo; sin embargo, por consejo de uno de ellos, su madre lo llevó á las aguas de Bigorre. En ellas, lejos de mejorarse, se agravó su

enfermedad, y el médico inspector de las aguas dió todavía menos esperanzas de su curacion que los médicos de Tolosa.

«La madre desolada convierte entonces todos sus pensamientos y esperanzas hácia Nuestra Señora de Lourdes; pero á fuer de buena cristiana, no queria pedir á la santísima Vírgen un favor sin merecerlo en lo posible, purificando su alma de todo pecado para hacer una fervorosa Comunion en honor de María. Mas, hallándose ausente su confesor, se vió obligada á dejarlo para el regreso.

«Parte para Lourdes con su hermana y el niño; allí oye misa con la mayor devocion, hace arder un cirio en la gruta durante la misa, y deja otro para luego despues; mete dos veces á su hijo en el baño, una antes y otra despues de la misa. No se obtuvo la curacion; mas hubo de maravillarla, y con ella á todos los peregrinos que se hallaban al rededor de la pila, la circunstancia de que el enfermo sumergido distintas veces en el agua hasta la cabeza, no quedaba mojado, ni experimentaba sensacion alguna estando el agua muy fria, y su cuerpo muy delicado.

«Atónita, pero sin tratar de explicar este misterio, la madre hizo su provision de agua de la gruta, y regresó á Bigorre.

«Al siguiente dia, por la mañana, hizo beber de aquella agua al muchacho; frotóle con ella los riñones, y fué á confesarse. Recibió la absolucion, y no obstante su impaciencia por ver el milagro que esperaba despues de la Comunion que

habia prometido, creyó mejor aguardar al dia siguiente. Por la noche y á la mañana siguiente, hizo beber otra vez agua al niño, y le frotó los riñones; despues, llena de confianza en la Vírgen santísima, se fué á hacer su Comunion con todo el fervor posible. Era el domingo 26 de setiembre. Inundóla de consuelo aquella Comunion, y volvió al lado de su querido hijo con la certeza de que seria curado.

«Apenas llegó al portal de su casa, oyó que su hijo gritaba detrás de ella, y andaba solo con paso firme y apresurado, y poniéndosele delante, extendia sus bracecitos, y clamaba gozoso: «¡Venid, mamá, venid!» Viendo el milagro la mujer que cuidaba al niño durante la ausencia de su madre, y de cuyos brazos se habia escapado, cayó de rodillas y se puso á gritar y llorar. La madre lloraba aun mas, postrada tambien, y levantaba los ojos y manos hácia María. «¡Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡cuán grande sois! ¡cuán buena!» Y el niño saltaba de gozo, y repetia: «¡Mamá, yo quiero besar á la santísima Vírgen!» Y desde entonces no cesa de repetir estas palabras cuando su madre le habla de la Vírgen, ó cuando ve alguna imágen. Para él todas son la Vírgen santísima, y siempre quiere besarlas.

«Su enfermedad ha desaparecido completamente; su curacion ha sido instantánea, radical; se encuentra perfectamente, y anda mejor que cualquiera. Yo mismo le he visto andar, y he admirado su agilidad y su gracia.

«La feliz madre escribió al instante la buena no-

ticia á su marido; llevó su hijo al altar de la Vírgen del Cármen; y se le escapó de las manos para ir á encontrar á María, á quien queria abrazar; púsole al cuello, al pié del altar, la medalla de Nuestra Señora de Lourdes, que el niño no cesaba de besar con amor. Hizo la promesa de llevarlo á Lourdes tan pronto como pudiese, en accion de gracias, y de hacer allí una fervorosa Comunion, sabiendo por experiencia cuán agradable es á María inmaculada.

«Hé aquí los hechos escritos tales como los refirió la madre, y cuya autenticidad garantizo.»

Nuestra tercera rosa es la mas hermosa de las cinco. Es la del centro de nuestro ramillete de milagros. Representa una buena y amable niña de catorce á quince años de edad, hermana de un alumno del colegio de Padres jesuitas de Amiens, el cual refiere del modo siguiente cómo Nuestra Señora de Lourdes favoreció á su hermanita el dia 15 de julio de 1870:

«Mi hermana se llama María. Habiéndose caido de lo alto de un mueble á la edad de cuatro años, se hizo un ligero daño en una pierna. Pero empeorando luego él mal, á pesar de los remedios y de los tormentos que le hicieron sufrir continuamente, fué condenada por la docta facultad á cojear toda su vida.

«Once años habian transcurrido. Hace tres semanas que estando en el colegio de Lambersart (cerca de Lille), empezó á sentir dolores mas y mas

agudos; por lo que mis padres fueron á buscarla. Consultóse de nuevo á muchos médicos, y al cabo de ocho dias de remedios, empezó á formarse un absceso. Era lo peor que podia sobrevenirle, y se empezó ya á desesperar. Habiendo mi madre oido hablar de la eficacia del agua de Lourdes, hizo traer una botella de aquel líquido milagroso que brota de los piés de la Vírgen de bondad.

«Aquí copio textualmente la carta que me escribió mi buena madre:

«Ayer, viernes (15 de julio), empezamos nuestra «novena, que consistia en tres rosarios, letanías é «invocaciones á Nuestra Señora de Lourdes. Un «rosario por la mañana, y fricciones en la pierna. A «las dos otro rosario, y nueva friccion... ¡Oh mila«gro! veo estirarse la pierna de tu hermana, el dolor «desaparece, Mariquita hace movimientos. Menea «en todos sentidos su pierna, y quiere bajar de la «cama. Viendo su insistencia, la dejé ir, y anduvo «sin dolor; su pierna estaba flexible. Iba, venia, «corria por su cuarto. Nosotros todos llorábamos, y «puedes comprender con qué sentimiento dábamos «gracias á Dios y á la Vírgen santísima, tan bonda«dosa para nosotros. Yo no podia dar crédito á mis «ojos, ¿pues quién mejor que yo podia conocer la «magnitud del milagro que Dios obró á favor nues«tro?»

«Tal vez algunas personas pedirán los nombres de los testigos. Yo les suplico crean que no faltan testigos: hay mas de diez médicos, algunos de los cuales han adquirido gran nombradía, y dos cole-

gios, en uno de los que mi hermana estuvo por espacio de cuatro años. ¿No es mas de lo que se necesita para justificar que mi pobre hermanita era coja é incurable?

«Y ahora, ¿qué puedo hacer, ó Vírgen inmaculada, sino rendiros gracias con todo mi corazon, alma y fuerzas, á Vos que todo lo alcanzais de vuestro divino Hijo, y cuya bondad iguala al poder? Sí, os lo juro, bondadosa Vírgen; mientras viviré, tendré á orgullo llamarme hijo y servidor vuestro del todo adicto.»

La curacion de la niña coja ha sido, como tantas otras, repentina, sin transicion, y no ha dejado huella alguna de una enfermedad que á ciencia y vista de todo el mundo duraba once años hacia.

La Vírgen santísima ha encontrado medio de coger nuestra cuarta flor en un jardin protestante. El lunes 4 de julio de este mismo año 1870, ha curado sobrenaturalmente y sin convalecencia, en Mornac, parroquia mixta de la diócesis de la Rochela, á un pobre niño de dos meses que estaba atacado de *mijo*.

La boca, labios y garganta del pobre niño estaban cubiertos de innumerables granitos purulentos, que amenazaban con una rápida gangrena. Era una horrible llaga que exhalaba un fétido olor.

Sin tardanza fué trasladado el niño á casa de un médico. Este no se hallaba en casa, y su mujer manifestó que la enfermedad le parecia grave, y que á ella habian sucumbido, á pesar de los cuidados

empleados y de los mejores remedios, dos ó tres niños de la vecina comarca.

¡Qué dolor para los pobres padres! De regreso á su casa no saben qué hacer para aliviar al menos á su hijo, ya que no tienen esperanza de salvarlo.

En su tribulacion, la tia del enfermo lo toma en sus brazos, y lo lleva á algunas casas pidiendo recursos. Entra en la de una señora católica, y en ella, cinco ó seis personas son testigos del triste estado del pobre niño.

«De repente, escribia esa buena señora, pienso en Nuestra Señora de Lourdes; mas, ¿cómo hablar de ella á una protestante? «—¿Quereis, le dije, que «haga tomar al niño una agua que tengo, y que le «refrescará?» —«Si, sí, exclamó; lo quiero y en «seguida, si os parece bien.» Díle una cucharadita que saboreó, despues otra, y luego abre los ojos, verificándose en él un cambio visible.

«La tia se va á su casa, llevándose una porcion de aquella agua, con la cual le humedece de cuando en cuando los labios. ¡Prodigio admirable! el mal desaparece á ojos vistos; el niño empieza á tomar el alimento ordinario, que habia desechado hacia algunos dias. A la mañana siguiente estaba curado, tan bien curado, que su boquita, enteramente sana y colorada, no presentaba señal alguna de la horrorosa llaga de la víspera.

«Loca de contento y admirada, la protestante paseaba por todas partes al niño resucitado, enseñándolo á quien queria verlo, y diciendo á quien queria oirlo, que solo el agua que le habia dado lo ha-

bia curado, pues que no se habia valido de ninguna otra cosa, ni el médico fué á visitarlo.

«Esperemos, añade la católica bienhechora, que la santísima Vírgen completará su obra, y que tarde ó temprano conducirá al pobre niño á la verdadera fe, curando su alma como ha curado su cuerpo.»

Quinto capullo de rosa, igualmente del año 1870, año tan fecundo en prodigios de gracias y de misericordia, como en manifestaciones terribles de la justicia divina contra los reyes y los pueblos.

Es otra tia, pero esta vez una tia muy católica y piadosa, la que va á darnos cuenta de un doble milagro obrado en su sobrino por medio del agua mil veces bendita de la gruta de Lourdes.

«Este querido niño, escribia al Superior de los misioneros de la peregrinacion, cuenta la edad de diez años. Atacado á la vez de un derrame seroso en el cerebro y de una albuminería aguda, estaba reducido á tal extremo, que el sábado, 11 de junio, los dos médicos que lo visitaban habian declarado formalmente que todo habia acabado para él, y que á menos de un milagro no era posible su curacion.

«El domingo, 12 de junio por la mañana, despues de haber hecho en Viático su primera Comunion y recibido los últimos Sacramentos, mientras su padre, su madre y yo aguardábamos su último suspiro, sentíme interiormente inspirada para invocar á Nuestra Señora de Lourdes, á la cual dirigi en mi corazon esta corta y sencilla súplica: «O María,

«concebida sin pecado, Nuestra Señora de Lourdes, «puesto que se necesita un milagro, ¿no podeis Vos «hacerlo? Curad á ese niño, yo os lo pido.» Despues, tomando un frasquito del agua milagrosa que una de mis parientas me habia dado, hice tragar algunas gotas á nuestro niño moribundo; hícele con ella fricciones por tres veces distintas en su rostro terriblemente hinchado; cada vez disminuia la hinchazon, y pronto desapareció del todo. Declaróse desde entonces una extraordinaria mejora, y pasó tranquila la noche. El lunes por la mañana con gran sorpresa de los médicos, que no podian dar crédito á sus ojos ni oidos, el niño pedia de comer, y comia en efecto sin experimentar la menor indisposicion.

«Con todo, la curacion no era completa; en el decurso de la enfermedad el niño habia perdido la vista, en términos de no poder distinguir el dia de la noche. Animada por los milagros que habíamos ya alcanzado, y bien convencida de que Nuestra Señora de Lourdes no querria dejar incompleta su obra, continué las fricciones del agua milagrosa en los ojos del cieguecito, y el martes por la mañana, al dispertarse, exclamó gozoso: «Veo como veia an«tes de estar enfermo.»

«Hoy dia está completamente restablecido.»

Si despues de esto las madres y los hijos no aman á la *Inmaculada Concepcion*, no sé en verdad qué mas deberia hacer la bondadosa Vírgen de Lourdes para ganar sus corazones.

XXXVIII.

Un obrero de sesenta años, súbitamente curado de úlceras y varices declaradas incurables.

El reverendo Coux, vicario de Saint-Alain, en Lavaur (diócesis de Albi), dirigia al Padre Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relacion que se recomienda muy especialmente á los librepensadores.

«Lavaur, 20 de setiembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«Lo sobrenatural rebosa por todos lados en nuestro siglo ciego: hélo aquí justificado por la ciencia médica.

«Francisco Macary, carpintero de Lavaur, de edad de sesenta años, hacia unos treinta que padecia en las piernas enormes y crueles varices. El mal se complicaba frecuentemente con grandes y profundas llagas. Tenia resguardadas con unas polainas de piel de perro las piernas envueltas en muchas tiras. Obligado Francisco á un descanso absoluto, ha recibido, segun él mismo nos ha dicho, á causa de sus frecuentes y largas huelgas, mas de mil francos de la sociedad de San Luis, á la cual pertenece.

«Ha consultado á todos los médicos de Lavaur,

algunos de Tolosa, entre ellos el doctor Lavigue-rie; todos le han respondido: *Vuestro mal es incurable.*

«Su alma no estaba menos enferma. El pobre Macary habia abandonado toda práctica religiosa; no asistia á otras misas que á las prescritas por la sociedad de socorros mútuos; y durante las largas noches de insomnio causadas por atroces dolores, mientras que su piadosa mujer lloraba y oraba, Macary furioso blasfemaba.

«En julio último, postrado en su poltrona, deseaba la muerte. Habia oido hablar de Nuestra Señora de Lourdes y del libro de Mr. Enrique Lasserre, cuya lectura le sugirió una idea. Leyólo en dos dias, conmoviéndose á menudo hasta asomarle las lágrimas.

«Su mujer tuvo felices presentimientos; y él mismo sintió que su ulcerado corazon se abria á la esperanza.

«Por la tarde del 16 de julio se apoderó de él una agitacion extraordinaria; no pudiendo permanecer en su silla, dijo: «Mujer, es menester salir. — Pero es una imprudencia. — No importa, salgamos; no puedo soportar mas.»

«Sale apoyado del brazo de su mujer, sin saber á dónde iba. En vez de ir á los paseos, á pocos pasos de su morada entra en la de una de sus hermanas, cerca de la iglesia de Saint-Alain.

«Hallándome de vicario en dicha parroquia, entré tambien en la misma casa.—Mañana, dije á las personas que allí se hallaban, voy á Nuestra Señora de

Lourdes, y me encargaré con gusto de vuestras comisiones. — ¿Vais á Lourdes? exclama Macary. Pues bien, os suplico digais á la Vírgen que en Lavaur hay un pobre diablo de obrero que tiene sus piernas enfermas, *podridas,* y que no puedo resistir á los padecimientos. ¡Que me cure, ó me mate! — Confesad que me haceis un encargo muy particular: ¡pedir á la santísima Vírgen que os mate! No se dignará escucharme.»

«Entonces Macary en tono formal me pidió le hiciese el obsequio de rogar por él y de traerle un poco de agua de la gruta. Se lo prometí; y tres dias despues, en 19 de julio, le remití un frasquito de la milagrosa agua.

«Escuchad ahora á Francisco Macary.

«Cuando tuve en mis manos aquella agua bendi«ta, me apresuré á entrar en mi aposento. Me arro«dillé, é hice á la Vírgen una súplica corta, pero fer«vorosa. Quitéme mis polainas y vendajes; echando «agua á la palma de la mano, lavé mis pobres pier«nas; bebí el agua que quedaba en el frasco, metí«me en cama y me dormí.

«A cosa de media noche me disperté; ya no sen«tí dolor alguno en mis piernas; tocábalas con am«bas manos; las varices habian desaparecido.

«Mi mujer se hallaba en un aposento contiguo «que tenia comunicacion por una puerta.—Mujer, «le dije, estoy curado.— Te vuelves loco; vamos, «duerme...

«Se apoderó de mí un sueño como no lo habia «tenido desde mucho tiempo. El dia siguiente, al

«dispertarme, me apresuré á reconocer mis piernas: «varices, úlceras, todo habia desaparecido. La piel «estaba mas lisa que la de mis manos, como lo veis «ahora.»

« Dos dias despues Macary me decia: «Ahora, soy «vuestro; la Vírgen ha curado mis piernas; á Vos «debo la curacion de mi alma.»

«El 18 de setiembre, dia de la procesion de Castres, habeis visto, mi reverendo Padre, á Francisco Macary en la gruta, llevando en *ex-voto* sus polainas, actualmente pendientes en la gruta. Él os enseñó sus piernas perfectamente sanas. Habeislo visto llorar en la gruta y en la sagrada Mesa, á la que se acercaba por cuarta vez desde su curacion. La parroquia le ha visto acompañando al santísimo Sacramento, contento y orgulloso de llevar el palio.

«Hé aquí ahora el testimonio que dan del milagro tres médicos respetables. Es notable en particular la irresistible demostracion del sábio doctor Bernet. En cuanto á nosotros, nos asociamos al bueno de Francisco Macary y á toda la poblacion de Lavaur y sus cercanías, para tributar gracias á la *Inmaculada Concepcion* de Lourdes, que se ha dignado dar al mundo esta nueva prueba de su poder y de su bondad. ¡ Ojalá que abriese ella los ojos á los ciegos y tocase los corazones endurecidos!

«J. Coux, *presbítero,*

Vicario de Saint-Alain, en Lavaur (Tarn).»

El abajo firmado declaro: que desde hace treinta años, el Sr. Francisco Macary, carpintero, estaba atacado de varices en las piernas. Estas varices, que eran del grueso de un dedo y mezcladas con cordones anudados y supurentos, muy desarrollados, habian necesitado hasta ahora una compresion metódica, ejercida por medio ya de un vendaje arrollado, ya de una polaina de piel de perro. A pesar de estas precauciones, aparecian frecuentemente ulceraciones en ambas piernas, y exigian cada vez un reposo absoluto y un tratamiento muy largo. Hoy lo he visitado, y no obstante téner libres de todo aparato sus miembros inferiores, no he podido percibir sino algunos vestigios de sus enormes varices.

Este caso de curacion espontánea me parece tanto mas sorprendente, cuanto que los anales de la ciencia no mencionan hecho alguno de esta naturaleza.

Lavaur, 16 de agosto de 1871.

SEGUR, *doctor en medicina de la Sociedad de seguros mútuos de San Luis.*

Visto para legalizacion de la firma del doctor Segur,

Lavaur, 3 de setiembre de 1871.

El Alcalde, ET. DE VOISIN.

Visto para legalizacion de la firma de Mr. Estéban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur,

En Lavaur, 5 de setiembre de 1871,

El Sub-prefecto,

CELLIERES.

El que suscribe certifico: que desde hace unos treinta años, el señor Macary, carpintero de Lavaur, estaba atacado de varices en las piernas con enormes nudosidades, que con frecuencia se complicaban con grandes úlceras, á pesar de la constante compresion ejercida por polainas ó vendajes; cuyos accidentes han desaparecido de repente,

sin quedar hoy mas que una nudosidad notablemente disminuida en la parte interna y superior de la pierna derecha.

Lavaur, 25 de agosto de 1871.

ROSSIGNOL, *doctor en medicina.*

Visto para legalizacion de la firma anterior,

Lavaur, 3 de setiembre de 1871.

El Alcalde, ET. DE VOISIN.

Visto para legalizacion de la firma de Mr. Estéban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur,

Lavaur, 5 de setiembre de 1871.

El Sub-prefecto,

CELLIERES.

Francisco Macary, de sesenta años de edad, carpintero de Lavaur, miembro de la sociedad de San Luis, nos consultó hace cerca de veinte años, con motivo de unas varices que ocupaban la cavidad del jarrete y la parte interna de la rodilla y pierna izquierda. —Notábase entonces hácia el tercio inferior de este miembro una úlcera varicosa con bordes callosos, é hinchazon considerable y dolorosa de los tejidos. —Existian además fuera y dentro de la parte superior de la pantorrilla dos grandes y antiguas cicatrices que nada tenian de comun con la afeccion que nos ocupa, y que eran el resultado de una quemadura sufrida por el enfermo veinte años antes. Tenia dilatadas gran número de venas, y en tales términos, que en nuestro concepto los medios quirúrgicos que se empleaban contra esta enfermedad eran formalmente contraindicados.

Nos pareció, pues, que Macary estaba condenado á una enfermedad perpétua, y solo aconsejamos los paliativos que por lo demás habian ya aconsejado muchos de nuestros comprofesores.

Diez y ocho años mas tarde, esto es, hace dos años, Macary volvió á consultarnos. —El mal estado de su pierna ha-

bia empeorado.— Le confirmamos nuestro primer pronóstico, y le declaramos que era urgente, para que la úlcera llegase á cicatrizarse, el someterse como único medio á un descanso absoluto y prolongado en la cama, y al sistema de curas metódicas.

Hoy, 15 de agosto de 1871, Macary se nos presenta por tercera vez.—La úlcera está perfectamente cicatrizada. Ningun aparato comprime la pierna, y sin embargo, no existe rastro de hinchazon.—Pero, lo que sobre todo nos admira es que las varices han desaparecido completamente; que en su lugar se perciben al tacto pequeños cordones, duros, vacíos de sangre y que corren al tocarlos. La vena safina tiene su direccion y su volúmen normal.—El mas atento exámen no descubre señal alguna de operacion quirúrgica.

Segun relacion de Macary, efectuóse en una noche y por la sola influencia de la aplicacion de compresas embebidas en agua de la fuente de Lourdes.

Concluimos afirmando que, hecha abstraccion del relato de Macary, la ciencia es impotente para explicar este hecho, pues los autores no citan ninguna observacion semejante ó análoga.—Todos están acordes en que las varices abandonadas á si mismas son incurables; que no se curan con paliativos y menos espontáneamente; que van agravándose contínuamente, y por fin, que no puede esperarse una curacion radical, haciendo correr graves peligros al enfermo, sino por medio de operaciones quirúrgicas.—Así, aunque el hecho afirmado por Macary no estuviese probado por testimonios auténticos tomados sin su intervencion, no dejaria de ser para nosotros un hecho de los mas extraordinarios, ó por mejor decir, sobrenatural.

En fe de lo cual firmamos la presente relacion.

Lavaur, 15 de agosto de 1871.

D. BERNET, *doctor en medicina de la facultad de Paris.*

Visto para legalizacion de la firma que antecede,

Lavaur, 3 de setiembre de 1871.

El Alcalde, ET. DE VOISIN.

Visto para legalizacion de la firma de Mr. Estéban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur, que precede.

Lavaur, 4 de setiembre de 1871.

El Sub-prefecto,

CELLIERES.

XXXIX.

El seminarista de Liége.

El Miércoles Santo, 13 de abril de 1870, un jóven y piadoso seminarista de la diócesis de Liége, en Bélgica, fué curado instantáneamente, la primera vez que hizo uso del agua de Lourdes, de una enfermedad de consuncion que lo conducia rápidamente á la tumba. Era subdiácono, y se llamaba Enrique José Grenier. Hé aquí cómo él mismo refiere al Superior de los misioneros de la santa gruta su enfermedad y su milagrosa curacion:

«Despues de una enfermedad de consuncion de cerca de tres meses, fuí curado repentinamente la primera vez que hice uso del agua de Lourdes, el Miércoles Santo, 13 de abril, á las ocho y media de la tarde.

«Desde primeros de enero padecia una tos que descuidé por espacio de un mes. Acosábame á menudo un hambre canina, un vértigo estomacal; y la respiracion era muy penosa. A principios de febrero comprendí la necesidad que tenia de cuidarme. El médico, no viendo de pronto mas que un catarro, extrañó encontrarme tan débil. Combatió

los desórdenes del estómago, pero mi tos degeneró en una inflamacion del pecho, y tuve una fiebre catarral que fué necesario cortar por medio de una completa abstinencia bastante larga. Curada la calentura, pude comer; puesto que ya no padecia, creíme curado, y desde entonces probé emprender de nuevo mis estudios; pero estaba cansado y no pude continuar: hambre canina, vértigos, debilidades, dolores de cabeza, digestiones difíciles, todo habia reaparecido: las opresiones eran casi contínuas.

«Arrastré en el Seminario, hasta el 13 de marzo, una vida de cada dia mas penosa. Regresé entonces á mi casa, á la aldea de Hermalle, á dos leguas de Liége, para rehacerme por medio del descanso y un método fortificante. Durante unas tres semanas se sostuvo el apetito, sin que recobrase las fuerzas. Despues de mas de quince dias de un régimen tónico, el médico me encontró aun mas débil que á mi regreso.

«Desde el 3 de abril desapareció aquel apetito ficticio: pronto sentí que se me iba la vida con mis fuerzas. En 10 de abril abandoné las drogas del doctor, que me inspiraban una extrema repugnancia, y cediendo á las instancias de mis desesperados padres, consentí en recurrir al agua de Lourdes.

«Resolvimos empezar una novena el Miércoles Santo, 13 de abril, por la tarde. Confieso que me decidí con pena á recurrir á este medio: nunca habia pedido mi curacion á Dios, y mi resolucion era dejarle obrar como quisiese. En el referido

dia 13 de abril me encontraba bajo todos conceptos mas débil y decaido que nunca. Me hice violencia para confesarme, y tenia la intencion de comulgar en Viático el dia siguiente. El Cura párroco me decia, entre siete y ocho horas de la tarde, que yo era «un pájaro para el gato;» la persuasion general era que, despues de haber ido acabándome por algun tiempo, pasaria dulcemente á la eternidad. A las ocho y cuarto la familia estaba reunida para empezar la novena. ¡Oh Vírgen Inmaculada! dije yo interiormente, creo que si Vos lo quereis podeis curarme: si lo haceis, iré en peregrinacion á Montaigu (distante catorce leguas de mi lugar).

«Concluidas las oraciones, tomé algunas gotas de agua de Lourdes en una cucharita de tomar café. Desde luego, sin crísis ni dolor, sentí un perfecto bienestar; en vez de la laxitud mortal de un momento antes, experimentaba un frescor, una agilidad nueva, cuya necesidad sentia al propio tiempo; mas no acababa de creer aun; dejo á mis padres orando, bajo lentamente la escalera, y me siento enteramente cambiado, bajando con facilidad. Vuelvo á subir, corro como un rayo, y me echo en brazos de mi familia atónita y como anonadada. Cojo el libro de Mr. Lasserre, y respirando á mi gusto, leí en alta voz durante un buen rato y recé el Rosario con voz clara y sonora, yo que el dia antes habia intentado en vano el rezar la mitad del *Ave María*. Despues, corrí á dar la feliz noticia al Cura párroco, y volví á comer, escribir, orar, etc. Hácia las once y media me dormí con un

sueño tranquilo, profundo y perfecto, y vinieron á dispertarme á las diez de la mañana. Muchos años hacia que no habia podido descansar de este modo.

«Era el Jueves Santo. Fuí á la iglesia, canté en ayunas en los divinos oficios sin la menor fatiga, y observé la abstinencia de los tres últimos dias de Cuaresma. Mis únicos momentos desocupados los dedicaba al rezo del breviario, que habia tenido que dejar hacia mucho tiempo. Toda debilidad habia desaparecido repentinamente el primer dia de la novena y á la primera gota de agua.

«La curacion subsiste inmejorablemente. Desde el 13 de abril he hecho una porcion de jornadas, que en tiempo de plena salud me habrian puesto enfermo: en 19 de abril emprendí á pié la peregrinacion á Montaigu, y al regreso, despues de haber andado veinte y ocho leguas, estaba fresco y apto como á la salida.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria tambien á la Inmaculada Concepcion, que remueve así al mundo para cambiarlo, para convertirlo!»

XL.

Curacion instantánea y radical de una jóven aldeana, que se moria de convulsiones.

A consecuencia de un accidente en apariencia insignificante, una jóven de Trebons (Altos Pirineos), llamada María Rousse, fué atacada de una

enfermedad cerebral que pronto puso sus dias en peligro. María tenia cerca de veinte años. Era amable y piadosa; toda su familia era profundamente cristiana; su padre en particular tenia una fe capaz de trasladar las montañas.

Desde que tuvo que acostarse, la pobre María era presa de terribles convulsiones que duraban hasta que habia agotado sus fuerzas. Así transcurrieron algunas semanas; la familia no estaba aun del todo inquieta: creíase que era una de aquellas enfermedades de nervios muy dolorosas, pero que no amenazan la vida, que se van como han venido, y que no dejan huella en el organismo. Pronto se desvaneció esta seguridad. El mal adquirió un carácter orgánico muy grave. María no tomaba casi alimento, su debilidad era excesiva, y su cerebro era el asiento de un dolor permanente y agudo.

Veíanla dos médicos, que estaban acordes acerca de la naturaleza del mal y su tratamiento. Mas los remedios no producian mas que alivios momentáneos é insignificantes. La vida se iba extinguiendo, y se temia que la pobre jóven sucumbiese á una de las crísis que le torcian los miembros. La pobre niña mostraba una resignacion grande.

Los sacerdotes de la parroquia la habian ya visitado muchas veces, y viendo inminente el peligro, se le administró el santo Viático y la Extremauncion. Toda la aldea se interesaba por la jóven enferma, que se hacia amar por su excelente carácter y la edificacion de toda su vida, acrecentando el sentimiento sus veinte años. Se esperaba el

estertor de la agonía, y ni uno de cuantos la habian visto conservaba la menor esperanza.

Su padre estaba sumamente afligido; cada vez que salia del aposento de su hija, derramaba lágrimas mas amargas. Casi sin esperanza, fué una mañāna á Bagneres á consultar á uno de los médicos que habian visitado á la enferma, y trajo un nuevo remedio. «¿De qué servirá? se preguntaba durante el camino. Cuando nada han podido los remedios hasta aquí, ¿qué hará este ahora que la muchacha apenas vive?» Y lloraba.

De repente un pensamiento de fe viva se apoderara de su corazon: «Iré á Lourdes: allí está el remedio. ¡Tan solo Dios me dé tiempo para llegar allí!»

Desde aquel momento estuvo orando todo el dia. Vuelve á su casa y dice á su hija: «Traigo otro remedio; pero escucha, María; ¿quisieras agua de la gruta? Quiero ir á buscarla. — ¡Oh! sí,» murmuró la pobre moribunda con voz apagada, pero que tenia el acento de la confianza.

El padre acababa de andar ocho kilómetros, y sin descansar, emprende otra vez la marcha para recorrer dos veces diez y seis ó diez y siete, siendo rápido su andar. No reparaba en si subia una cuesta; no tenia mas que un pensamiento, ¡el llegar á tiempo! Contínuamente sus labios y su corazon invocaban á María. «Para comprender lo que fué su súplica cuando se arrodilló delante de la gruta, es necesario haber visto humedecerse sus ojos, haber oido su voz, temblorosa todavía cuando habla de

ello,» dice el misionero de Lourdes á quien se dirigió aquel buen hombre.

Despues de sus súplicas á la Madre de Dios, en quien tenia una confianza sin límites, llenó una botella del agua milagrosa y emprendió otra vez su camino. Su corazon, desde los primeros pasos, se encontró mas aliviado. La oracion lo habia consolado, y se sentia como arrastrado por la esperanza. Sin detenerse, sin reparar sus fuerzas, ni apercibirse de lo largo del camino, regresó á la aldea.

Su querida hija se hallaba en una postracion profunda. Era casi incapaz de emocion. Este fué para el pobre padre un momento muy angustioso. Aguardaba un milagro: en su concepto ningun remedio humano podia devolverle su hija. Mas el remedio divino estaba allí. «Vamos, María, dijo con cariño, aquí tienes el agua; ten confianza en la Vírgen de la gruta; yo le he suplicado mucho.» María hizo un esfuerzo para orar un poco. Su padre le hizo beber una cucharadita del agua milagrosa, y le aplicó en la frente una compresa... Al mismo instante se reaniman todos sus miembros, se alegra su vista y se sonrie... Los dolores habian desaparecido sin sacudimiento; habia recobrado toda su vida. Siéntase en la cama, exclamando: «¡Estoy curada! —¿Pero nada te duele? le dice su padre, ¿la cabeza? ¿los nervios?—¡Nada, absolutamente nada!» Calcúlese la dicha del padre, la alegría de toda la familia.

Luego despues María comió. Sucedia esto por la tarde, y al dia siguiente se levantó de la cama.

Quedábale alguna debilidad, pero nada de sus dolores, ni experimentaron sus miembros estremecimiento alguno. La enfermedad habia desaparecido como si la hubiesen quitado con la mano.

Ocurrió esto en los primeros dias de octubre. Seis meses despues, no habia reaparecido ningun síntoma de aquella enfermedad tan violenta y que iba á ser mortal; la jóven aldeana ha gozado del mas constante bienestar, y ha trabajado valiente y vigorosamente. No se acuerda de haber llegado á las puertas de la muerte, sino por la dicha de saber que la ha librado Nuestra Señora de Lourdes.

La Vírgen santísima ha recompensado asi magníficamente la fe del padre. Por esto el venerable cura de la parroquia ha dicho despues mas de una vez á María Rousse: «La Vírgen de Lourdes te ha salvado, hija mia, pero no por causa tuya; tú no has entrado para nada, á lo que creo, porque no podias hacer gran cosa en tu estado. A tu padre lo debes, María, á su gran fe, á sus súplicas y lágrimas.»

XLI.

Curacion milagrosa de Pedro Hanquet, maestro albañil de Liége.

No obstante mi deseo de no cansar á mis lectores con repeticiones, no puedo prescindir de referir ahora otro milagro de la Vírgen Inmaculada de Lourdes, obrado recientemente en Bélgica y que

ha hecho mucho ruido en aquellas católicas provincias.

Hé aquí cómo Pedro Hanquet, albañil de Liége, narra su maravillosa curacion:

«Con las manos levantadas al cielo, juro no decir mas que la verdad.

«Mi enfermedad data de mas de diez años; pero en mayo de 1862 fué cuando me apercibí de que habia perdido casi todas mis fuerzas. Contaba entonces la edad de cuarenta y un años. Me fué preciso renunciar á toda fatiga, y particularmente al movimiento de brazos. Muchas veces probé el volver á mi antiguo régimen de vida, pero no era posible. Arrastrando como pude, llegué al fin de dicho año 1862. Habia consultado á los médicos, pero debo confesar que con el prévio propósito de no sujetarme á ningun tratamiento regular. Confiaba en que el invierno me pondria bien, como anteriormente habia ya sucedido.

«Por la primavera de 1863, no experimentando mejoría alguna en mi estado, resolví seguir el consejo de Mr. Michotte, médico de nombradía. Encontró un reblandecimiento de la médula espinal, y me ordenó fricciones tres veces al dia.

«A fines de diciembre del mismo año recrudeció mi mal, y por vez primera recibí la sagrada Comunion en mi aposento. Habia perdido enteramente el apetito. Un poco de harina cocida con leche una vez al dia, fué mi único alimento durante algunas semanas.

«Desde el mes de febrero hasta julio de 1864,

no tomé casi nada, excepto un poco de té ó café. Hasta entonces podia dejar la cama y estarme algun tiempo sentado; mas despues del 6 de julio me fué ya imposible. Pasé en mi lecho de dolor los tres años siguientes, sin poder volverme del lado derecho ni del izquierdo. Unicamente cuando el aire era muy frio, podia moverme un poco, pero esto era rara vez. Debo permitirme decir que lo que agravaba extraordinariamente mi triste estado era la cesacion completa durante quince, veinte y hasta treinta y seis dias, de una funcion del todo necesaria á la vida.

«Sin embargo, á beneficio de nuevas prescripciones del doctor Gilkinet, experimenté algun alivio y pude tomar algun alimento, concluyendo por hacer una ligera comida cada dia. Esto me sustentaba suficientemente, sin darme fuerzas para abandonar la cama. La vida entonces me pareció soportable.

«En este intervalo el doctor Termonia vino tambien á visitarme con una solicitud que me admira todavía. Hizome, entre otras, dos largas visitas, en virtud de las cuales no pudo dejar de decirme que estaba atacado de una porcion de enfermedades. «Puedo afirmar que las teneis de todas clases,» me dijo amigablemente. Y antes de partir dijo á mis padres, con todo el miramiento posible, que su presencia seria en adelante inútil.

«Al cabo de los tres primeros años que pasé en cama, antiguos tumores hemorroidales degeneraron en horribles abscesos, los cuales se sucedieron sin

interrupcion durante cinco ó seis meses, obligándome á estar de lado. A lo menos encontré el alivio de no tener que guardar dia y noche la posicion supina.

«Los abscesos en 1867 fueron reemplazados por una erisipela que se agravó de dia en dia y me causó terribles tormentos, especialmente por la noche. Esta nueva enfermedad hizo de mi cuerpo una hoguera. Aun en invierno no podia aguantar sobre mi pecho mas que una sábana. Mis piernas flacas y privadas de sangre tuvieron que ser calentadas constantemente con botellas de agua caliente durante seis años, hasta en medio del verano.

«Durante los dos últimos años, mi espinazo estaba encorvado como un aro de tonel. No podian bajarme de la cama por mas de cinco ó seis minutos, y únicamente cada diez, quince ó veinte dias para removerla un poco y cambiar las ropas.

«A contar desde el mes de febrero de este año 1869, el mal empeoraba de dia en dia y ganaba terreno; mi pobre cuerpo sucumbia á la podredumbre. Ni de dia ni de noche tenia un instante de reposo. Al fin comprendí que era preciso entregar mi alma á Dios, y tal fué desde entonces el término de mis deseos. Calculando las fuerzas que me quedaban, me persuadí de que en el mes de diciembre tendrian fin mis penas. Mis padres estaban, á mi ver, en la misma persuasion. El cielo empero lo habia decidido de otra manera.

«El dia 15 de octubre último, uno de mis hermanos me trajo para distraerme el libro recientemen-

te publicado de Mr. Lasserre: *Nuestra Señora de Lourdes*. Aquel dia acababa yo una novena, cuyo resultado me parecia mas distante que nunca. Casi desesperaba, pues, de ser oido, cuando mi hermano, que nada sabia de la novena, me trajo aquel libro admirable.

«Púseme luego á leerlo, y me conmovió hasta las últimas fibras de mi ser. Cada vez que recorria algunas páginas, se anegaban en lágrimas mis ojos, tapándome entonces el rostro para ocultarlas, pero era imposible disimular mi emocion. Cuando llegué á las curaciones que refiere el libro, oí por tres veces una voz interior que decia: *¡Tú tambien serás curado!*

«Algunos dias despues mi hermano me preguntó si habria medio de procurarse agua de Lourdes. —Sin duda, le contesté.—En tal caso, dijo, nosotros la tendrémos,» y escribió en seguida al abate Peyramale, cura de Lourdes.

«Apenas hubo marchado la carta, me asaltó una duda: «¿Crees tú, me decia, que un trago de agua «y una simple locion podrán curar tus males cró-«nicos? ¿Cuentas con que la Vírgen santísima «va á obrar por tí un milagro? ¿Mas seria tal vez «por tu familia? Pero ¿no puede pasar fácilmente «sin tí?» Sin embargo, todos estos pensamientos desaparecieron en vista de la botella de agua de Lourdes, que nos llegó el 27 de noviembre. Cuando la pusieron encima de mi cama, la besé. «Paré-«ceme, decia, que me habla.»

«Hácia las seis de la tarde mi hermano me pre-

guntó si queria las lociones aquel dia. «Sí, le dije, «pero mas tarde, cuando todos se habrán retirado, «excepto mi padre y tú.» Habia perdido de nuevo la confianza y tenia miedo á las chanzas. A las diez y media de la noche quedamos solos y tranquilos: mi hermano encendió entonces un cirio bendecido y rezó en alta voz las Letanías de Vírgen Inmaculada.

«Un poco antes yo habia hecho secretamente en mi corazon un acto de completa resignacion á la voluntad de Dios. «Vírgen santa, habia dicho, no «puedo casi orar, mas dignaos pedir por mi á vues«tro divino Hijo la gracia que mas me convenga: «ó morir, ó sufrir, ó curarme, con tal que sea á ma«yor gloria de Dios, de lo cual depende mi mayor «bien. Venga ahora la operacion.»

«Mi hermano destapa la botella y me llena un vaso, que bebo de un sorbo. Toma un lienzo, y lo empapa en aquella milagrosa agua. «Empieza, le «dije, por el pescuezo y frota el espinazo y todos los «huesos hasta los piés.» Cuando llegó á las regiones del corazon, perdí la palabra y empecé á exhalar dolorosos gemidos. Resollaba como un agonizante. Mi buen hermano se apresuraba, y á cada miembro que tocaba repetia: «Nuestra Señora de Lourdes, «rogad por nosotros.» Mas en el fondo de su alma pensaba que habia llegado mi última hora y que iba á tener en sus manos un cadáver.

«Apresuróse, pues, á arreglar las ropas y quiso taparme. Yo aparté la sábana, porque sufria atroces dolores. En aquel momento puse en el suelo la pun-

ta del pié, y luego, gimiendo siempre, puse el otro: en seguida afianzándome con las manos en la cama, me levanté gritando mas y mas hasta que me hube enderezado del todo. En aquel solemne momento mi hermano me abandona un instante para tomar un frasco de agua de Colonia; pero con la cabeza le hice seña de que no la queria, cesando entonces mis gritos.

«Mi anciano padre, que al principio de la operacion se habia colocado en un rincon para rezar el Rosario, estaba delante de mí con mi hermano lleno de creciente asombro.

« De repente exclamé: «¿No veis como vuelvo á « la vida?—Sí, respondió mi hermano; hace muchos «años que no te habia visto tan derecho.» Algunos segundos despues, corrí al medio del cuarto, me dirigí de nuevo á mi cama, púseme un paletó y volví á andar.

«Mi cuarto me parecia pequeño en demasía, y alargué mi paseo al vecino aposento. ¡Oh! Me acordaré siempre de los gritos de contento que salian de mi pecho: «Veis, decia, cuán poderosa es la « santísima Vírgen; ya veis que es preciso amarla «y adorarla; ya veis que los impíos son unos impos- « tores;» y otras expresiones semejantes. Estaba loco de alegría.

« En vista de semejante milagro, dijo mi herma- « no, no podemos permanecer aquí solos,» y se fué á buscar á la demás familia.

« Se me olvidaba indicar el tiempo: empleáronse cerca de cinco minutos en las lociones. En cuanto

á mi curacion, que siguió inmediatamente, calculo que se efectuó en el espacio de un minuto y medio.

«Mi hermano volvió á entrar á eso de las once, acompañado de mis otros hermanos Enrique y Augusto y de mi sobrino Enrique. Mi cuarto se llenó luego de parientes y amigos.

«Uno de mis hermanos, reparando en un fusil de guardia nacional, me dijo: «Pedro, puesto que «es así, es menester que hagas el ejercicio;» y me hace manejar el arma en tres tiempos, cosa que ejecuté con facilidad y hasta con destreza.

«Permanecimos de pié hasta las tres de la madrugada. Dos veces nos postramos para dar gracias á Dios y á la Inmaculada Vírgen. Habia yo bebido un vasito de licor y uno de vino, y además fumé una deliciosa pipa.

«Dormí muy poco, pues á las siete estaba ya en pié. Ocurrióseme entonces la idea de ir á hacer el duende en casa de mi cuñada y sus hijos. Para ello era necesario subir una escalera de diez y siete peldaños, lo cual hice con presteza. Bajé por otra escalera para ir á dispertar á mi buen padre, anciano de cerca de ochenta años de edad. Solo él, á lo que despues supe por una parienta, estaba en la conviccion de que me curaria milagrosamente, y hacia mucho tiempo que todos los dias oraba para alcanzarme esta gracia. Mas al momento en que llamé á su puerta para dispertarlo, creyó de pronto que habia sido juguete de un sueño, pues se guardó de abrir, aun despues de haberme preguntado mi nombre, porque no conoció mi voz. Realmente me habia sido devuelta la vida.

«Ya la gente afluia para verme. El viejo paletó que me habia puesto la víspera, era hacia tiempo la única pieza de mi ajuar; lo demás habia sido dado á los pobres. Fué por tanto preciso que mis hermanos y mi sobrino me prestasen pantalones, zapatos, etc.

«Estuve de pié aquel dia hasta las siete y media de la tarde, que por consejo de mis amigos fuí á acostarme, no pudiendo dormir mucho. A las dos de la madrugada salté de la cama, porque el hambre me acosaba.

«Felizmente habia allí cerca provisiones. Esperé, pues, que amaneciese, comiendo, leyendo, y sobre todo, rezando á la Vírgen santísima.

«Por la mañana hice un buen desayuno, lo cual no impidió que antes de la noche hiciese otras tres comidas. La afluencia de gente á mi casa aumentaba mas y mas. Recibí entre otros á los doctores Termonia y Davreux. Retíreme á las ocho y dormí perfectamente.

«Todos mis males han desaparecido en un instante, como un sueño. Encorvadura, tísis, erisipela, hinchazones y otros tormentos del cuerpo y del alma, todo ha desaparecido. Apenas me reconozco á mí mismo.

«El martes recibí á mas gente que los dos dias anteriores. Convenimos en familia ir todos á comulgar el dia siguiente en accion de gracias. El miércoles, pues, nos hallábamos reunidos mis padres, algunos amigos y yo en la iglesia de San Dionisio, donde tuve la dicha de recibir á mi Dios y

de asistir por vez primera, despues de mucho tiempo, á la celebracion del santo Sacrificio. Una hora despues, entrábamos en casa; arrojéme en brazos de mis queridos padres, y nos sentamos á la mesa llenos de alegría.

«Durante los primeros once dias, recibí, segun dicen, á mas de quinientas personas, á quienes tuve que contarlo todo con sus detalles.

«Quince dias hace que estoy curado. Duermo siete ú ocho horas de un sueño, mi apetito es excelente, y deberia remontarme á veinte años atrás para hallar un bienestar semejante al de que ahora disfruto.

«Honraré y amaré mas que nunca á María, la Reina de cielo y tierra. Hago esta relacion para agradarle y pagarle un ligero tributo de reconocimiento. ¡Sea por siempre alabado su nombre!

«Liége (Bélgica) (calle Cheravoie, 17) 12 de diciembre de 1869.

«P. J. Hanquet.»

Siguen dos certificados muy explícitos de los doctores Termonia y Davreux, acreditando por una parte el estado crítico é incurable de Mr. Hanquet, y por otra el carácter instantáneo, inaudito, absolutamente inexplicable, bajo el punto de vista del arte, de su curacion completa y radical.

Repitámoslo al terminar estos relatos: los milagros se multiplican sin número en la sagrada gruta de la Inmaculada Concepcion; y el agua milagrosa

de Lourdes, remitida cada dia á los cuatro lados de la Francia, y mas lejos todavía, es frecuentemente la bendita mensajera de curaciones, de favores sobrenaturales, debidos á la muy santa, muy poderosa, muy misericordiosa é inmaculada Vírgen María.

XLII.

¿Qué debemos deducir de todas estas maravillas bajo el punto de vista de la fe?

Ante este resplandeciente conjunto de milagros, acumulados, por decirlo así, unos sobre otros, y cuya evidencia se impone á la crítica mas exigente, alégremonos de ser hijos de la santa Iglesia católica, que Dios no cesa de visitar, y á la cual continúa dando el testimonio divino por excelencia, el testimonio de los milagros. En su orígen el milagro era la gran prueba de la verdad de la fe; y aunque actualmente no sea ya necesario, no es menos útil á nuestra inteligencia, demostrando la experiencia con qué fuerza reanima y consuela nuestra fe.

Mas si la fe es divina y absolutamente cierta, seamos consecuentes con nosotros mismos: practiquémosla fielmente, enérgicamente, cueste lo que cueste, sin regatearla. Estamos dentro de la verdad, poseemos la verdadera luz y la verdadera vida: seamos cristianos, seamos fervorosos.

En segundo lugar, conforme lo hemos indicado ya mas arriba, concluyamos de todas estas maravi-

llas, no solo la legitimidad, sí que tambien la excelencia del culto á la santísima Vírgen. Vivimos en un tiempo de semiracionalismo en que muchos cristianos están llenos de preocupaciones respecto á la piedad: no nos dejemos coger por ese semiprotestantismo, y como verdaderos hijos de la Iglesia católica, sirvamos, amemos, honremos con todas nuestras fuerzas á la Vírgen santísima, Madre de Dios y Reina de los escogidos. Con tal de que no la *adoremos* (pues sabido es que la adoracion á Dios solo es debida), estamos siempre por debajo de lo que le *debemos:* decidme, ¿qué cristiano amará, honrará á la bienaventurada Vírgen tanto como la ha amado y honrado su divino Hijo nuestro Señor?

En tercer lugar, saquemos de la contemplacion de las maravillas de Lourdes una ardiente renovacion del espíritu de fe y de fervorosa devocion al misterio de la Inmaculada Concepcion, el cual es la perla preciosa de nuestro siglo y el escudo de la Iglesia en la luchas de los tiempos venideros.

En efecto, ¿qué es la gracia del misterio de la Inmaculada Concepcion sino la gracia del triunfo total de la santísima Vírgen contra Satanás? Ella le aplasta la cabeza, y por esto nada puede contra Ella. Desde María, esta gracia de inocencia y de victoria, pasa á la Iglesia, á fin de que pueda triunfar completamente de la astuta serpiente que seis mil años hace seduce al mundo. Ayudada de la gracia de la Inmaculada Concepcion, asistida de su Reina la Vírgen María, concebida sin pecado, la

Iglesia aplastará la cabeza de la serpiente y triunfará del Anticristo. Nosotros, fieles católicos, hijos de María, miembros vivientes de Jesús, armémonos de esta misma gracia, marchemos guiados por esta luz, y siguiendo las huellas queridas de la Inmaculada, de la Vírgen sin mancilla, llevemos una vida inocente y pura: fuertes con la fe, fieles á la Eucaristía, fervorosos en la oracion.

El gran milagro de Lourdes, único en su género, es como el coronamiento celeste de la definicion dogmática del 8 de diciembre de 1854, de la cual parece que es el eco, el divino reflejo. La Vírgen inmaculada y Pio IX, el misterio de la Inmaculada Concepcion y el de la infalibilidad pontificia no deben estar separados ni en nuestro espíritu, ni en nuestro amor.

La consoladora evidencia de la fe católica, la excelencia del culto y del amor á la Vírgen santísima, la fidelidad á la soberana gracia del misterio de la Concepcion: tales son, bajo el punto de vista de la fe, las tres primeras consecuencias que brotan, como tres rayos de luz, de las maravillas que la misericordia de Dios ha hecho aparecer en estos últimos años en la gruta de Lourdes.

XLIII.

Lo que enseña á nuestra piedad la celeste Aparicion de la gruta.

Bajo el punto de vista de la piedad podemos y debemos sacar de la contemplacion de Nuestra Señora de Lourdes consecuencias prácticas de la mas alta importancia.

Cuantas veces se ha aparecido á la niña Bernardica, la Vírgen inmaculada se ha mostrado bajo una misma forma, con el mismo ropaje, rodeada de la misma luz; en una palabra, con el mismo conjunto de misteriosos detalles que son para nosotros otras tantas enseñanzas mudas.

Desde luego se aparecia siempre envuelta en luz, la cual era tan pura, tan brillante, tan suave, que no se conoce otra semejante en la tierra. — Es el símbolo de la divina luz de la fe, en la cual nos sumerge, por decirlo así, el Bautismo, que alimenta la sagrada Eucaristía, y de la que un verdadero cristiano debe siempre estar penetrado y rodeado. La fe es la verdadera luz, «la luz de vida,» con que debemos brillar delante del mundo. Sí, debemos hacer resplandecer la fe por la santidad de nuestra vida, y esto, fuerza es repetirlo, en todo y por todo. La fe es la atmósfera celeste del cristiano: no salgamos jamás de ella. La luz de la Aparicion era tranquila y profunda: tal es tambien la fe católica, en la cual hallamos el reposo de nuestras almas.

En sus milagrosas apariciones la Vírgen de Lourdes era bella, tan bella, que la vista de Bernardica no pudo jamás encontrar nada que pudiese compararsele.—La santísima Vírgen, nuestra Madre, nos enseña con esto que hemos de trabajar por adquirir la verdadera belleza, á fin de que el cielo pueda contemplarnos con complacencia. La verdadera belleza no es la que cautiva los ojos de los hombres, como la verdadera riqueza no es la que encierran las arcas: la belleza verdadera es la del alma, es la que Dios ve, que encanta á Jesucristo, que atrae las miradas de su Madre y de los Angeles. No depende de nosotros el ser bellos á los ojos de los hombres; pero de nosotros depende, uniéndonos muy íntimamente á Jesús por medio de la gracia, el participar de lo que es él. Pues bien, Jesús es la belleza infinita; y la de la Vírgen santísima, de los Ángeles y de los Bienaventurados no es mas que el reflejo de su divino esplendor. Cuanto mas nos parecerémos á Jesucristo, tanto mas nos revestirémos de él por la santidad, y tanto mas serémos bellos con su belleza, la única que no se marchita. La hermosa Vírgen de Lourdes es delante de nuestros ojos el perfecto modelo de aquella celestial belleza con la que quiere ver que resplandece el interior de todos sus hijos.

El ropaje de la Aparicion era blanco, pero de un blanco tan puro, tan delicado, tan resplandeciente, que jamás tela alguna ha podido imitar su brillo.

La purísima Vírgen enseñaba á Bernardica, y á todos nosotros en su persona, de qué pureza per-

fecta y delicada ha de estar revestida delante de Dios nuestra alma bautizada. El pecado mancha nuestro blanco ropaje; el menor pecado venial, la menor imperfeccion voluntaria empaña su brillo. Evitemos, pues, el pecado, y conservémonos puros, para parecernos á nuestra Madre del cielo. Sobre todo conservemos con escrupuloso cuidado, con rigurosa vigilancia, la pureza propiamente dicha, la santísima y hermosísima castidad. Casto en su cuerpo, casto en su corazon, casto en sus miradas, en sus palabras, en sus pensamientos, en todo su ser: tal debe ser el verdadero siervo de Jesús y de María.

Un largo velo blanco, tan puro, tan esplendente como el vestido, envolvia por completo á la Aparicion, caia desde los hombros hasta los piés.—¿No era esto la imágen de lo que envuelve y conserva la inocencia: el pudor? El pudor es aquel conjunto de precauciones, de vigilancia, de mortificaciones, que envuelven, por decirlo así, y conservan la pureza. Si queremos permanecer castos, seamos modestos; y la modestia de Cristo sea, como dice san Pablo, el modelo y la regla de todas nuestras acciones.

El ropaje blanco de la Aparicion de la gruta estaba ceñido á la cintura por medio de una cinta azul celeste. Bernardica decia que el mismo azul del cielo no era, ni tan azul, ni tan celeste.—Imágen de lo que debe ser el corazon de un fiel que quiere conservarse para el servicio de su Dios. Pues bien, la oracion, el recogimiento interior y la union

con Jesús son los que ya en este mundo nos hacen celestes. «Si quieres, serás un cielo para Jesucristo,» decia en otro tiempo san Ambrosio. Y san Pablo habia dicho en nombre de todos los fieles: «Nuestra vida está en los cielos.» Vivamos anticipadamente por las aspiraciones de nuestra alma allí donde somos llamados á vivir eternamente.

Además, la cinta que recoge el vestido y lo levanta para poder andar libremente, es el símbolo de lo que hemos de ser respecto de la salvacion eterna: siempre prontos á partir, desligados de la tierra, mortificados, sóbrios, libres y ágiles en el camino de los Mandamientos de Dios.

La Vírgen se aparecia con los piés desnudos, brillando sobre cada uno de ellos una rosa luminosa. —Los piés desnudos de María nos predican la pobreza evangélica, esta bella y sublime virtud á la cual el Salvador ha prometido el reino de los cielos. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» ¿Y qué es el espíritu de pobreza sino el desapego sincero de todas las cosas de la tierra, la humildad de espíritu y de corazon, la sencillez que se adhiere únicamente á Dios, y que sin vacilar le sacrifica lo que no se aviene completamente con su santo amor?

Nada mas edificante que esa humildad, que esa sencillez y pobreza de espíritu: como las rosas de la Aparicion, difunden por todas partes el buen olor de Jesucristo, el divino perfume del Evangelio.

Finalmente, la inmaculada Vírgen tenia siempre

las manos unidas para la oracion, y llevaba, ora en sus sagradas manos, ora pendiente de su brazo, el hermoso rosario de que antes hemos hablado, segun refiere Bernardica. —Con ello ha querido Nuestra Señora de Lourdes recordarnos «que es necesario orar siempre sin cansarnos nunca;» que la oracion debe ser á nuestra alma lo que la respiracion á nuestro cuerpo; y que la pureza, el fervor, la santidad se resumen en esta sola palabra: la oracion.

La Aparicion no rezaba el Rosario, pero nos lo presentaba, ya como un excelente modo de orar con fruto, de orar bien, ya porque el Rosario es la oracion de los sencillos, de los pequeños y de los pobres. La bondadosa Vírgen nos recomendaba así la fidelidad al Rosario. ¿Tenemos todos un rosario? ¿Lo llevamos habitualmente encima de nosotros? ¿Lo rezamos cada dia? ¿Lo rezamos con devocion y recogimiento?

Tales son las mudas enseñanzas que nos da la *Inmaculada Concepcion* de la gruta de Lourdes. No las olvidemos.

María tenia ordinariamente fijos sus admirables ojos en Bernardica: esa mirada de la Reina de los cielos está dirigida á cada uno de nosotros; sí, María nos mira, como nos mira Jesús... No debe hacerse nunca cosa alguna que pueda contristar su maternal corazon.

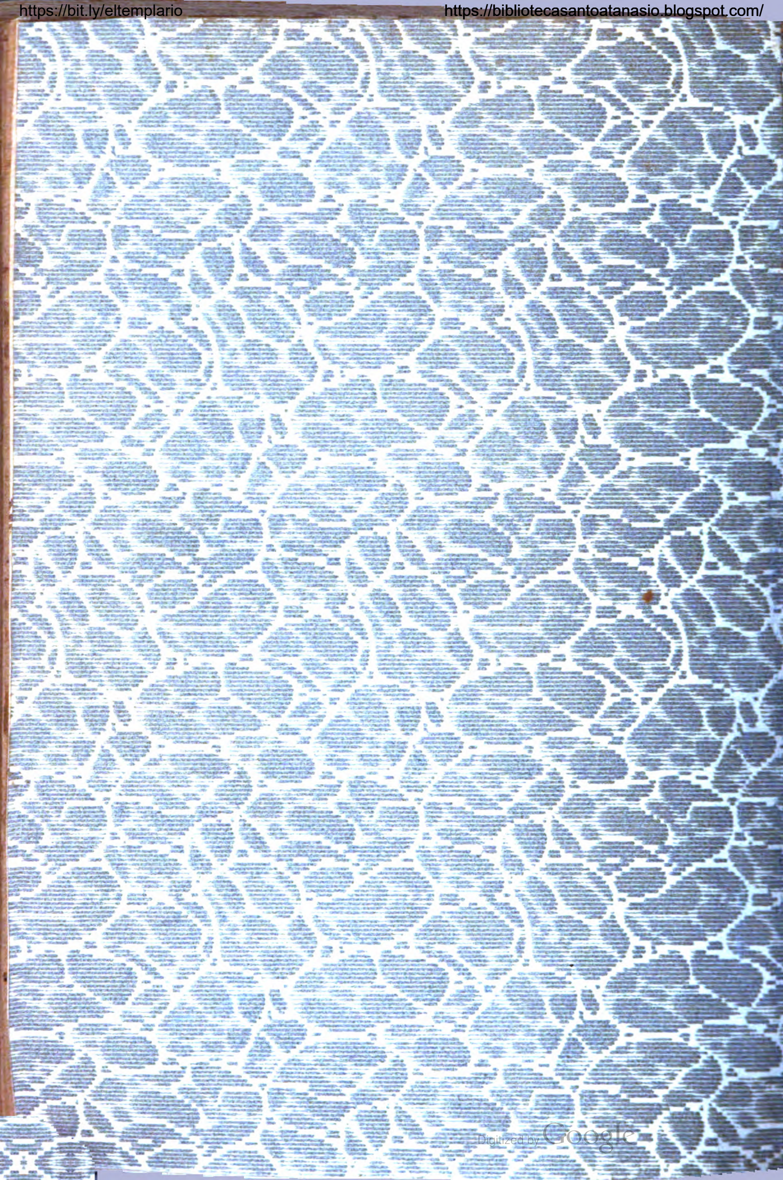
¡Oh dulce Vírgen, libradnos de los peligros de los tiempos actuales! ¡Librad al sumo Pontífice, librad á la Iglesia, librad á todos vuestros hijos!

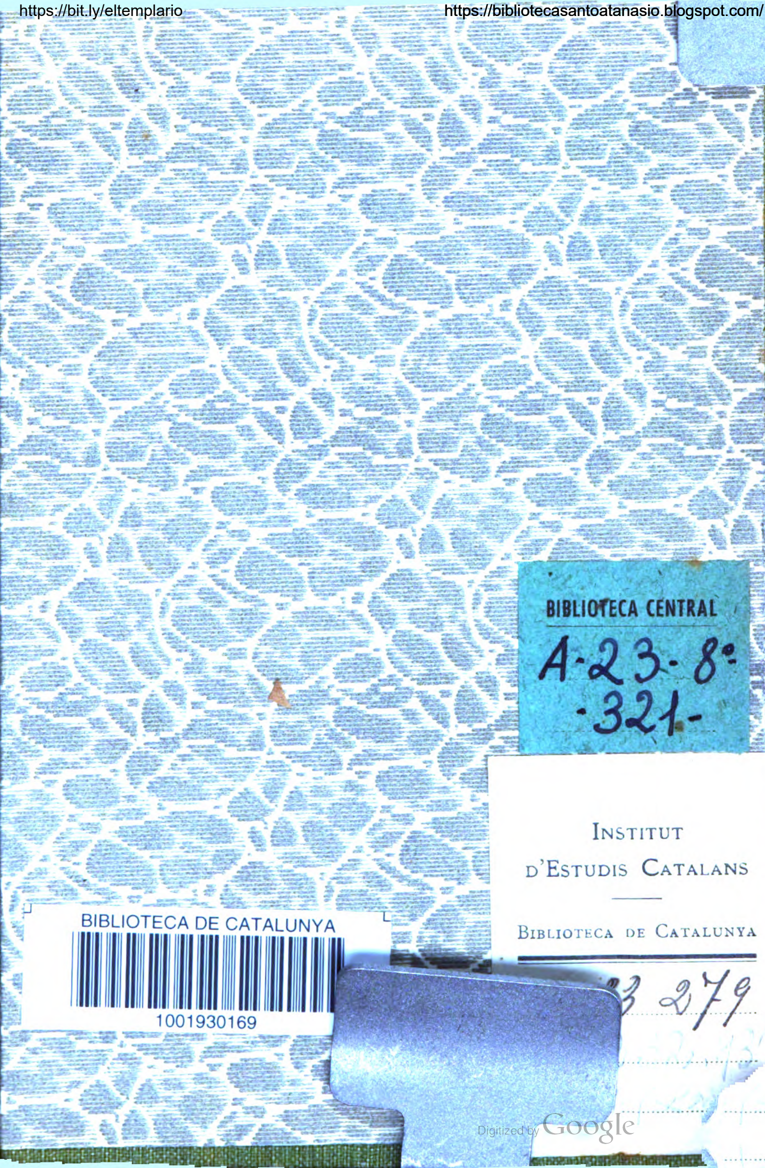
Concedednos que podamos imitaros tan fielmente en la tierra, que tengamos la dicha de vivir y morir en el amor de vuestro Hijo nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

¡Gloria en el cielo y en la tierra, gloria á la Inmaculada Concepcion!

FIN.

ÍNDICE.




BIBLIOTECA CENTRAL
A-23-8°
-321-
INSTITUT
D'ESTUDIS CATALANS
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001930169
Digitized by Google

